

ANÓNIMO

LIBRO DEL CABALLERO ZIFAR

ÍNDICE:

PRÓLOGO de la edición de Sevilla de 1512

De la muger y hijos del Cavallero Zifar y de cómo las cosas que en este libro están no deven ser juzgadas hasta bien vistas

De las virtudes del Cavallero Zifar, e de cómo era muy amado del rey de la tierra a donde vinía, aunque era muy costoso: y por esto induzido el rey por enbidiosos no lo llamava a las guerras

De cómo el Cavallero Zifar se quexa entre sí a Dios porque ya el rey no le embía a llamar para las guerras como solía

De cómo Grima, muger del Cavallero Zifar oyó las cosas que entre sí su marido dezía, e le preguntó qué pena tenía y cuál era su pensamiento: y qué le respondió él

De los enxemplos que dixo el Cavallero Zifar a su muger para induzirla a guardar secreto; y el primero es del medio amigo

Del otro enxemplo que dixo el Cavallero Zifar a su muger de cómo se provó el otro amigo

De cómo dixo el Cavallero de Dios a su muger que le quería dezir su poridat

De cómo el Cavallero de Dios dixo a la su buena muger todo lo que le avía dicho su agüello

De cómo la muger del Cavallero gradesció mucho a su marido la poridat que le dixo

Aquí cuenta de qué linaje era este Cavallero de Dios, e de qué tierra

Dize el cuento de cómo el Cavallero Zifar e su muger se fueron con sus fijos a bevir a tierra estraña

De cómo el Cavallero Zifar mató al sobrino del conde enemigo de la señora de la villa que la tenía çercada

De cómo el Cavallero Zifar mató al sobrino del conde que la tenía çercada

De cómo los cavalleros de fuera fallaron muerto al sobrino del conde, su señor, e se lo llevaron muerto

De cómo la señora de Galapia sopo de la muerte de aquel su enemigo que muriera

De cómo la señora de la villa se pagó mucho del buen razonar e del buen sosiego del cavallero e de la dueña

De cómo la muger del Cavallero Zifar rogó a su marido que fincase allí un mes, que venían cansados, e él gelo otorgó

De cómo un cavallero de los más poderosos de la villa rogó al Cavallero Zifar quel fincase allí, e que le daría dos fijas que tenía para que él las cassase con sus fijos

De cómo la señora de la villa rogó al Cavallero Zifar que le ayudase en todo aquello que él sopiese e entendiese

De cómo la señora de Galapia fue luego çercada de sus enemigos

De cómo el Cavallero Zifar aconsejó a los de la villa que saliesen a ferir en los de la hueste

De cómo el Cavallero Zifar e los de la villa estaban mirando sobre los muros de la villa de cómo estaban sentados en su solas

De cómo los de la hueste venieron a combatir a los de la villa, e cómo se defendieron bien los de dentro

De cómo los que estaban en la villa fueron ferir en la hueste ante del alva

De cómo el señor de la hueste fue contra los de la villa, e él fue mal ferido e un su fijo fue llevado preso a la señora de la villa

De cómo un cavallero de los de la hueste fue a preguntar a los de la villa por el fijo de su señor, si era preso o muerto

De cómo el señor de la hueste se falló mal de aquella guerra e lo dixo a sus vasallos

Aquí dexa de fablar la istoria del señor de la hueste, e fabla de la señora de Galapia

Del pesar que ovieron todos los de la villa que salieron a pelear con los de la hueste, porque era muerta su señora.

De cómo tornó en su acuerdo la señora de la villa por miraglo que mostró allí la Virgen

María, que alcançó de Nuestro Señor su Fijo

De cómo la señora de la villa enbió por el fijo del conde que tenía preso, e de las cosas que allí fablaron delante todos en uno

De cómo la señora de la villa dixo al Cavallero Zifar si faría el casamiento, e él e los otros le dixieron que lo feziessse

De cómo el señor de la hueste enbió sus mandaderos para que fablasen con la señora de la villa e con los del su consejo

De cómo los mandaderos fablaron con la señora de la villa el mandado de su señor el conde

De cómo el casamiento de la señora de Galapia e del fijo del conde fue firmado de aquellos cavalleros

De cómo los mandaderos fueron a su señor el conde con la respuesta de la señora de la villa

De cómo se fizo el casamiento de la señora de la villa con el fijo del señor de la hueste

Agora dexa la fabla de todo lo acaesçido e fabla del Cavallero Zifar, de cómo se partió de aquella tierra con su muger e fijos

De cómo una leona llevó a Garfín, el fijo mayor del Cavallero Zifar

De cómo el Cavallero Zifar e su muger perdieron el otro su fijo en la çibdat de Falac

De cómo los marineros se llevaron a la muger del Cavallero Zifar en la nave, e dexaron a él solo

De cómo el Cavallero se partió de la ribera de la mar e se fue muy triste e muy desconsolado

De cómo el burgés dixo a los de la ribera de cómo fallara los sus fijos de aquel cavallero, e de cómo los profijara él e su muger

Agora dexa la istoria de hablar del Cavallero Zifar e fabla de su muger que fue levada en la nave por la mar

De cómo la muger del Cavallero Zifar falló muertos a los que la llevaban en la nave, e los lançó en la mar fonda

De cómo entró un ome en una nave por saber quién venía en ella, e de cómo falló a la dueña e lo fue a dezir al rey su señor

De cómo el rey de Orbín subió a la nave e supo toda la fazienda de la dueña e cómo arribara allí a aquel reino

De cómo la dueña, muger del Cavallero Zifar, fizo un monesterio de monjas en el reino de Orbín donde ella estava

De cómo la muger del Cavallero Zifar se partió de aquel reino de Orbín e se fue bevir a otra tierra estraña

De cómo apareció a la dueña el niño que le solía aparecer en el mástel de la nave que gela guiava las otras vegadas

Dexa la istoria de fablar de la dueña e fabla de lo que contesció a su marido el Cavallero Zifar con el hermitaño

De cómo el ribaldo dixo al hermitaño que se quería ir a solazar un poco con aquel cavallero

Del enxemplo que dio el hermitaño al ribaldo sobre lo que dixo que diría al Cavallero Zifar

De las preguntas que fizo el ribaldo al Cavallero Zifar e de lo que él le respondía a todas ellas

De cómo se fue el ribaldo con el Cavallero Zifar e se acordaron en uno

De la visión que vido el hermitaño sobre lo de su huésped el Cavallero Zifar

De cómo el ribaldo se barajó con su amo el pescador e se partió dél

De cómo el ribaldo libró al Cavallero Zifar una noche de unos ladrones que lo querían robar, e cómo mató a los dos

De cómo el Cavallero Zifar libró al ribaldo, que lo querían colgar, e cómo le cortó la sogá

De cómo prendieron al que avía furtado la bolsa con el oro e de cómo lo llevavan a colgar

De cómo colgaron al que furtó la bolsa e de cómo el ribaldo se fue con su señor el Cavallero Zifar

De cómo se escusó el ribaldo del señor de la huerta quando lo falló cogiendo los nabos e los metía en el saco

De cómo se acordaron el Cavallero Zifar y el ribaldo de cómo entrarían a la villa

De cómo el Cavallero Zifar se vistió los paños del ribaldo, e se metió dentro con los de la villa, e el ribaldo se finco de fuera

De cómo el Cavallero Zifar mató al un fijo del rey de Ester que los tenía çercados

De cómo el rey de Mentón sopo que un cavallero estraño avía matado a un fijo del rey de Ester

De cómo el Cavallero Zifar mató al otro cavallero, que era sobrino del rey de Ester

De cómo el Cavallero Zifar mató al otro fijo del rey e se llevó los cavallos

De cómo el ribaldo se entró con el cavallero dentro en la villa con los cavallos

De cómo el rey enbió saber quién era el otro cavallero que entró a la villa con el Cavallero Zifar

De cómo el rey dixo a la infante su fija que le convenía de casar con aquel cavallero

De cómo el mayordomo troxo al rey nuevas del cavallero e del otro su compañero que vino con él

De cómo dixo el rey de Mentón que aquellos que el Cavallero Zifar matara, que eran los dos fijos del rey de Ester, e el otro que era su sobrino

De cómo el Cavallero de Dios dixo al mayordomo del rey que por qué non salían a pelear con los de fuera del real

Del consejo que pidió el rey de Mentón a los condes sobre lo que dixo el Cavallero de Dios al su mayordomo

De cómo el Cavallero de Dios e los otros de la villa desbarataron al rey d'Ester que los tenía çercados, e lo vençieron

De cómo el Cavallero de Dios vençió el real, e el rey de Mentón preguntó a su fija si le plazía de otorgar en aquel casamiento

De cómo un cavallero de los quinientos dixo al rey que aquel Cavallero de Dios avía desçercado la villa e non otro cavallero ninguno

De cómo un fijo de un conde dixo al rey que oviese su acuerdo si gela daría El rey de Mentón

De cómo el Cavallero de Dios fue casado con la fija del rey de Mentón e murió el rey e alçaron a él por rey

De cómo este rey de Mentón dixo a su muger que por un pecado que avía fecho que le avían mandado que guardase castidat dos años continuadamente

Agora dexa la istoria de fablar del rey e de la reina, e torna a fablar de la muger del cavallero, cómo le aconteçió después que se partió del reino de Orbín

De cómo el ome bueno contó a la dueña toda la fazienda del rey de Ester, e otrosí la del Cavallero de Dios

De cómo la muger del Cavallero Zifar se fue aportar aquel reino de Mentón con toda aquella conpañia que con ella iva

De cómo el ome bueno del ospital contó a la dueña toda la fazienda del rey

De cómo estava el rey de Mentón, e de cómo la reina sopo toda la fazienda della e de cómo andava por tierras estrañas

De cómo el rey e la dueña se conosçieron e non se osavan descubrir el uno al otro

De cómo la buena dueña fizo en aquella çibdat do era el rey e la reina, el ospital para los fijos dalgo

Aquí dexa la istoria de fablar del rey e de la reina e de la dueña, e fabla de sus fijos

De cómo el burgés e su muger enbiaron sus criados al rey de Mentón para que los armase cavalleros

De cómo la buena dueña conosçió a sus fijos e se amorteçió con el gozo que ella ovo con ellos quando los vido

De cómo los donzeles conosçieron a aquella buena dueña por su madre, a ella otrosí a ellos por sus fijos

De cómo el portero falló dormiendo a la dueña con los donzeles, e lo fue a dezir a la reina

De cómo el rey sopo que era verdat lo que le dixiera el portero e mandó que luego quemasen a la dueña por ello

De cómo el rey conosçió que eran aquellos sus fijos e mandó luego soltar a la dueña

De cómo el rey fizo Cavalleros a sus fijos e les dio tierras e vasallos e mandó soltar a la madre

De cómo el conde Nasón se levantó contra el rey, e fueron sus fijos del rey contra él, e de allí adelante llamaron al cavallero ribaldo, Cavallero Amigo

De cómo enbiaron Garfín e Roboán al Cavallero Amigo por escucha a la hueste del conde Nasón

De cómo el conde Nasón fue desbaratado e de cómo lo tomó presso Garfín

De cómo el Cavallero Amigo llegó con el mandado del conde Nasón a su señor el rey

De cómo Garfín e Roboán llegaron al rey de Mentón con el conde Nasón que levavan preso e mal ferido

De cómo un sobrino del conde Nasón se aperçibió con él de gente contra el rey de Mentón su señor

De cómo Roboán pidió por merçed a su señor el rey que le dexase ir a fazer alguna cavalgada

De cómo Roboán desbarató al sobrino del conde Nasón, e le quebró los ojos de un golpe que le dio

De cómo el Cavallero Amigo llegó al rey de Mentón con el mandado de cómo Roboán avía vençido la batalla

De cómo Roboán llegó al rey con el preso que le llevaba, con todos los otros que levavan presos e feridos

De las cosas que se dixieron delante del rey e delante de todos los cavalleros de la corte el conde Nasón e otrosí su sobrino

De cómo el rey de Mentón dio por traidor al conde Nasón delante de todos, e lo mandó luego llevar a quemar

De cómo el conde Nasón fue quemado e fecho polvos, e lançaron los polvos en un lago fondo

Aquí dexa la istoria de fablar de la compañía del rey e fabla de un cavallero atrevido, de cómo vino allí e entró en aquel lago

De cómo el Cavallero Atrevido tomó por su muger a la señora de aquel lago

De las maravillas quel Cavallero Atrevido vido dentro en el lago, de lo qual él fue mucho maravillado

De cómo el Cavallero Atrevido ovo un fijo en aquella dueña señora de aquel lago, en siete días

De cómo el Cavallero Atrevido fue luego engañado de una muger yendo por la çibdat

De las preguntas que fizo un padre a su fija, sobre los amores de las mugeres

De cómo el Cavallero Atrevido e su fijo fueron amos ados en un punto lançados fuera de aquel lago por el mesmo lugar por do entró

De cómo fallaron los escuderos del Cavallero Atrevido fuera del lago muy espantados

De cómo el rey dio el condado del conde Nasón a Garfín su fijo, e cómo murió la reina

De cómo el rey mostró a los de su reino a su muger e a sus fijos, e todos los del reino los resçibieron por señores

De cómo el rey enbió su presente con el Cavallero Amigo a la hermita do era el hermitaño

De cómo el Cavallero Amigo fizo mucho bien al pescador su amo con quien él solía bevir

De cómo Roboán rogó a su padre el rey que le dexasse ir a buscar su honra e pres, e cómo el rey gelo otorgó

Castigos del rey de Menton

De cómo el rey se apartó con sus fijos e les mostró cómo serían de mantener en sus casas

Del enxemplo que dio el rey a sus fijos de un rey que iva a caçar e falló a un predicador que estava predicando al pueblo

Del enxemplo que dio el rey a sus fijos, del rey e un físico que estava catando unos orinales

Del enxemplo que dio el físico al rey del caçador e de la calandria

De cómo el rey de Mentón dezía a sus fijos que fuesen sienpre bien acostunbrados

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos de cómo sienpre fuesen nobles

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos que mantoviesen sienpre castidat, e otrosí les castigava de como sienpre fuesen linpios

Del enxemplo de un filósofo, que dio el rey de Mentón a sus fijos sobre las naçençias de los omes

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos que sienpre temiesen e amasen a su señor terenal

Del enxemplo que dio el rey de Mentón a sus fijos del rey Tabor, e otrosí de los sus privados que eran en el su palacio

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos de que guisa se avían de mantener con el rey si con él beviesen

De cómo cada uno deve de amar a todos, y más a los suyos e castigarlos muy bien

Del enxemplo que dio el rey de Mentón a sus fijos de una dueña que nunca quiso castigar a sus fijos e de lo que contejó a la dueña sobrello

De cómo el rey de Mentón demostrava a sus fijos de todas las cosas que pertenesçen a las buenas costumbres

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos que sienpre aprendiessen el bien, e les demostró todas las virtudes del aprender

De cómo el rey de Mentón demostrava a sus fijos que sienpre usasen del bien e que sienpre fuesen muy corteses

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos de cómo sienpre fuesen omildosos

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos que usasen más de su seso que non de su voluntad

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos que sienpre usasen del themor de Dios si fuesen reys e señores de otros

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos que sienpre amasen verdat e que sienpre se mantoviesen en ella

De cómo el rey de Mentón dezía a sus fijos que la nobleza de los reys era ganar amor de Dios

De la nobleza que deve aver en los reys e los otros grandes señores

De la guarda que los reys e los otros grandes señores deven poner en las sus lenguas e en los otros çinco sesos

De cómo el rey de Mentón castigada a sus fijos que non fuesen maldezientes

De cómo el rey de Mentón dezía a sus fijos de cómo los reys deven ser justiçieros

De cómo el rey de Mentón dezía a sus fijos que feziesen toda vía justiçia con piedat

De cómo el rey de Mentón dezía a sus fijos que todos los reys deven aver sus consejos con los perlados de la madre Santa Iglesia

De cómo el rey de Mentón dezía a sus fijos cómo devían guardar la tregua e el pleito e omenaje que fuese puesto entrellos

De cómo el rey de Mentón dezía a sus fijos cómo devían guardar la ley

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos que sienpre diesen buen consejo a los que lo pediesen

De cómo el rey de Mentón dezía a sus fijos que catassen primeramente si derían su poridat a alguno

De cómo se deven guardar los omes de aquellos que una vez les han herrado

De cómo se deven de guardar los reys de poner sus fechos en poder de judíos nin de otro estraño de ley

De cómo el rey de Mentón demostrava a sus fijos de cómo devían ganar sienpre amigos e de cómo los supiesen sienpre guardar

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos que sienpre usasen de franqueza con todos los omes

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos e les dezíe en cómo todos los omes se deven de trabajar de tener algo, e de ser de buena provisión

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos de cómo ellos devían dar e despende los sus dones

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos que non quisiessen usar con los omes que sirven con maestría

Del enxemplo que dixo el rey de Mentón a sus fijos de lo que le contesçió a un rey de Efeso con uno de los sus vasallos

De cómo el rey de Mentón dezía a sus fijos de cómo todo ome deve sufrir al desconoçido por lo tornar a él fasta que él mesmo se conosca en sí

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos e les dezía que diesen los sus dones sin faserio, e otrosí que catasen a quien los davan

De cómo ay dos maneras de largueza: una que se llama prodigalidad, y otra liberalidad

De cómo el rey de Mentón dezía a sus fijos que todo ome devía conosçer el bienfecho

De cómo el rey de Mentón demostrava a sus fijos e les dezía de cómo todo ome se devía de apresçebir contra sus enemigos e contra los que le quieren mal

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos e les dezía de cómo todos los omes deven de ser firmes en todos sus fechos

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos e les dezía de cómo todos los omes del mundo deven partir sus ganancias

De cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos e les dezía de cómo se deven guardar las pleitesías que los omes fizieren maguer las fagan contra los sus enemigos

De cómo el rey de Mentón dezía a sus fijos de cómo los señores deuen de guardar todas las sus tierras e todos los lugares de despechamientos

De cómo los señores no deven tener muchos oficiales en los oficios, ni muchos guardadores de sus bienes

Del enxemplo quel tesorero dio al rey moro del lobo e las sangujuelas

Del consejo que dio un cardenal a un Padre Santo de Roma

Del cómo el rey de Mentón castigava a sus fijos e les dezía el dapño que venía a la tierra por se poner en renta los ofiçios del rey o de los señores

De cómo Garfín e Roboán gradesçieron mucho a su padre los castigos que les auya dado

Los hechos de Roboán

De cómo el infante Roboán pidió por merçed al rey de Mentón su padre que le otorgase la ida e lo dexase ir

De cómo el rey dixo a la reina de la ida de su fijo Roboán

De cómo la reina e el rey otorgaron la ida al infante Roboán, su fijo, para que se fuese

De cómo el infante Roboán se despedió del rey e de la reina e de Garfín su hermano, e del guisamiento que llevó consigo, e se fue

De cómo el infante Roboán llegó al reino de Pandulfa donde era señora la infanta Seringa

Del departimiento que fue entre el infante Roboán e una dueña que avía nombre Gallarda

De cómo el conde Rubén dixo a la infanta Seringa delante del infante Roboán, de cómo el rey de Grimalet le corría la tierra

De cómo el infante Roboán enbió a desafiar al rey de Grimalet con el Cavallero Amigo su vasallo

De cómo la dueña Gallarda se arrepentió por las preguntas que fizo al infante Roboán

De cómo la dueña Gallarda loava mucho a la infanta Seringa al infante Roboán

De cómo el Cavallero Amigo tornó con la respuesta que le dio el rey de Grimalet

De cómo el infante Roboán e la infanta Seringa e sus cavalleros ovieron su acuerdo de cómo fuesen contra el rey de Grimalet

De cómo el infante Roboán e los vasallos de la infanta pelearon con el rey de Grimalet e los vencieron

De cómo el infante Roboán fizo cojer todo el canpo, e se tornó luego para la infanta Seringa

De cómo el conde Rubén movió casamiento a la infante Seringa con el infante Roboán

De cómo el Cavallero Amigo fue con el mensaje al rey de Brez

De la respuesta que enbió el rey de Bres al infante Roboán sobre lo que le enbió rogar con el Cavallero Amigo

De cómo se fizo la paz entre el rey de Grimalet e la infanta Seringa, señora del reino de Pandulfa

De cómo el conde Rubén fabló con Roboán sobre el casamiento de entre él e la infanta, por consejo della

De cómo el Cavallero Amigo tornó con la respuesta del rey de Brez al infante Roboán

De cómo la infanta Seringa rogó al infante Roboán que estuviese allí fasta otro día, por algunas cosas que avía de librar con él

De cómo el infante Roboán se dispidió de la infanta Seringa e de todos los de su casa

De cómo el infante Roboán llegó al condado de Turbia

Del enxemplo quel infante Roboán dio al conde de Turbia sobre el mal que tenía con sus vasallos

De cómo el infante llegó a la tierra del enperador de Trygrida

De cómo el enperador de Trigrida armó cavallero al infante Roboán

Aquí se cuenta a cuál parte es este inperio de Trigrida

Del consejo que dio el infante Roboán al enperador de Trigrida sobre un físico

De cómo el infante Roboán preguntó al enperador por qué non se reía

De cómo el emperador en pena de la pregunta desterro al infante Roboán al imperio de las Islas Dotadas, adonde fue muy bien recebido, e casó con la emperatriz e fue hecho emperador

Título del infante Roboán, de cómo entró en las Ínsolas Dotadas, e cómo casó con Nobleza, señora de allí

De cómo el infante Roboán pidió el alano a la enperatriz

De cómo el infante se fue a caça con su alano, e de cómo le aparesció el diablo

Del enxemplo que dio la enperatriz al enperador del agua e de la verdat e del viento, sobre lo que le pedía el infante Roboán

De cómo el infante Roboán pidió a la enperatriz el cavallo, por consejo del diablo

De cómo la enperatriz rogava muy afincadamente al infante Roboán que non se fuese de allí

De cómo el infante Roboán se fue en el cavallo, e del duelo que la enperatriz fizo

De cómo el infante Roboán llegó en el batel al inperio de Trigida e le falló el enperador muy triste e llorando

De cómo aparesció el diablo al enperador e al infante Roboán en un vergel en figura de donzella

De cómo el enperador fino e fincó el infante Roboán por señor de todo el inperio de Trigida

De cómo el rey de Garba y el rey de Safira e siete condes se rebelaron contra el enperador Roboán

De cómo el emperador apercibió gente para contra los dos reyes, y les embió a mandar otra vez que viniesen donde él estava

De cómo el enperador embió al Cavallero Amigo con el su mandado a aquellos dos reys que se alçaron contra él

De cómo el Cavallero Amigo fue preso, e lo compró un mercador

De cómo el Cavallero Amigo desbarató al conde Farán e lo malferió en la cara

De cómo el Cavallero Amigo prendió a la muger e a la fija del conde Farán

De cómo la condesa falló al conde Farán su marido malferido, e de las cosas que le dixo que le contesçiera con el Cavallero Amigo

De cómo el enperador peleó con los reys e los vençió

De cómo el enperador tornó otro día a la batalla e la vençió e arrancó todo el canpo

De cómo el enperador mandó cortar la cabeça al conde Farán e lo dio por traidor

De cómo el enperador andido por la tierra con todos los condes e con todos los otros a quien heredara

De cómo el enperador enbió al conde Amigo a la infanta Seringa

De cómo a cabo de un año ovieron un fijo, el qual fue llamado por nonbre Fijo de Bendición

De cómo el emperador Roboán y la emperatriz Seringa fueron visitar el reino de Pandulfa y a ver su padre y madre del enperador y a su hermano Garfín

LIBRO DEL CABALLERO ZIFAR

PRÓLOGO

En el tienpo del honrado padre Bonifaçio VIIIº, en la era de mill e trezientos años, en el día de la naçencia de Nuestro Señor Iesu Cristo, començó el año jubileo, el qual dizen çentenario porque non viene sinon de çiento a çiento años, e cúnplese por la fiesta de Iesu Cristo de la era de mill e quatro çientos años; en el qual año fueron otorgados muy grandes perdones e tan conplidamente quanto se pudo estender el poder del Papa, a todos aquellos quantos pudieron ir a la çibdat de Roma a buscar las iglesias de Sant Pedro e de Sant Pablo quinze días en este año, así como se contiene en el previllejo de nuestro señor el Papa, onde este nuestro señor el Papa, parando mientes a la gran fe e a la gran devoçión que el pueblo cristiano avía en las indulgençias deste año al jubileo, e a los enojos e peligros, e a los grandes trabajos, e a los enojos de los grandes caminos, e a las

grandes espensas de los peligrinos, porque se podiesen tornar con plazer a sus compañeros, quiso e tovo por bien que todos los peligrinos de fuera de la çibdat de Roma que fueron a esta romería, maguer non conpliesen los quinze días en que avían de vesitar las iglesias de Sant Pedro e de Sant Pablo, que oviessen los perdones conplidamente, así como aquellos que las vesitaran aquellos quinze días. E fueron así otorgados a todos aquellos que salieron de sus casas para ir en esta romería e murieron en el camino ante que llegasen a Roma, e después que allegaron e vesitaron las iglesias de Sant Pedro e de Sant Pablo; e otros; a los que començaron el camino para ir en esta romería con voluntad de la conplir e fueron enbargados por enfermedades e por otros enbargos algunos por que non pudieron ý llegar, tovieron por bien que oviesen estos perdones conplidamente así como aquellos que ý llegaron e conplieron su romería.

E çiertas bien fue ome aventurado el que esta romería fue ganar atantos grandes perdones como en este año sabiéndolo, o pudiendo ir allá sin enbargo; ca en esta romería fueron todos asueltos a culpa e a pena, seyendo en verdadera penitencia, tan bien de los confesados como de lo olvidado. E fue ý despendido el poder del Padre Santo contra todos aquellos clérigos que cayeron en yerro o irregularidat, non usando de sus ofiços, e fue despendido contra todos aquellos clérigos e legos e sobre los adulterios e sobre las oras non rezadas que eran thenudos de rezar, e sobre aquestas muchas cosas salvo ende sobre debdas que cada uno de los peligrinos devían, tan bien lo que tomaron prestado o prendado o furtado; en qualquier manera que lo toviesen contra voluntad de cuyo era, tovieron por bien que lo tornasen; e porque luego non se podía tornar lo que cada uno devía segund dicho es, e porque lo podiesen pagar e oviesen los perdones más conplidos, dioles plazo a que lo pagasen fasta la fiesta de Resurrección, que fue fecha en la era de mill e trezientos e treinta e nueve años.

E en este año sobredicho Ferrand Martines, arçediano de Madrid en la iglesia de Toledo, fue a Roma a ganar estos perdones. E después que cunplió su romería e ganó los perdones, así como Dios tovo por bien, porque don Gonoçalo, obispo de Aluaña e cardenal en la iglesia de Roma, que fue natural de Toledo, estando en Roma con el este arçediano sobredicho, a quien criara e feziera merçed, queriéndose partir dél e se ir a Toledo donde era natural, fízole prometer en las sus manos que si él, seyendo cardenal en la iglesia de Roma, si finase, que este arçediano que fuese allá a demandar el cuerpo, e que feziese y todo su poder para traerle a la iglesia de Toledo, do avía escogido su sepultura. El arçediano, conosçiendo la criança quel feziera e el bien e la merçed que dél resçibiera, quiso le ser obediente e conplir la promesa que fizo en esta razón, e trabajose quanto él pudo a demandar el su cuerpo. E commoquier que el padre santo ganase muchos amigos en la corte de Roma, tan bien cardenales commo otros onbres buenos de la çibdat, non falló el arçediano a quien se atreviese a lo demandar el su cuerpo, salvo al Padre Santo. E non era maravilla; ca nunca fue ende enterrado en la çibdat de Roma para que fuese dende sacado para lo levar a otra parte. E así es estableçido e otorgado de los padres santos que ningunt cuerpo que fuese y enterrado que non sea ende sacado. E ya lo avía demandado muy afincadamente don Gonçalo arçobispo, sobrino deste cardenal sobredicho, que fue a la corte a demandar el palio, e non lo pudo acabar; ante le fue denegado que gelo non darían en ninguna manera. E quando el arçidiano quería ir para lo demandar, fue a Alcalá al arçobispo a despedirse dél, e díxol de como quería ir a

demandar el cuerpo del cardenal, que gelo avía prometido en las sus manos ante que se partiese dél en Roma. E el Arçobispo dixo que se non trabajase ende nin tomase ý afán, ca non gelo darían, ca non gelo quisieran dar a él, e quando lo demandó al Papa, aviendo muchos cardenales por sí que gelo ayudavan a demandar. El arçidiano con todo esto aventurose e fuelo a demandar con cartas del rey don Ferrando e de la reina doña María su madre, quel enviaba pedir merçed al Papa sobre esta razón. Mas don Pedro, que era obispo de Burgos a esa sazón, e refrendario del Papa, natural de Asturias de Oviedo, aviendo verdadero amor del gran conosçimiento que con el cardenal avía, por la su mesura con este arçediano de Madrit se movió; e queriéndole mostrar la buena voluntad que avía entre todos los españones, a los quales él fazía en este tienpo muchas ayudas e muchas onras del Papa quando acaesçia; e veyendo que el arçidiano avía mucho a coraçón este fecho, non quedando de día nin de noche, e que andava mucho afincadamente en esta demanda, doliéndose del su trabajo e queriendo levar adelante el amor verdadero quel sienpre mostrara, e otrosí por ruego de doña María, reina de Castiella e de León que era a esa sazón, quel enbió rogar –la qual fue muy buena dueña e de muy buena vida, e de buen consejo, e de buen seso natural, e muy conplida en todas buenas costumbres e amadora de justiçia e con piedat, non argullesçiendo con buena andança nin desesperando con mala andança quando le acaesçia, mas muy firme e estable en todos los sus fechos que entendíe que con Dios e con razón e con derecho eran, así como se cuenta en el libro de la estoria– e otrosí queriendo el obispo onrar a toda España do non avía otro cardenal enterrado. Ninguno de los otros non lo osavan al Papa demandar, e él por la su mesura ofresçiose a lo demandar. E comoquier que luego non gelo quiso otorgar el Papa, a la çima mandó gelo dar. E entonçe el arçidiano sacolo de la sepultura do yazíe enterrado en la çibdat de Roma en la iglesia de Santa María la Mayor, çerca de la capiella de presepe domini do yaze enterrado sant Gerónimo. E alí estava fecha la sepultura del cardenal muy noblemente obrada en memoria dél, e esta alta en la pared. E el arçidiano traxo el cuerpo mucho encubiertamente por el camino, temiendo que gelo enbargarían algunos que non estavan bien con la eglesia de Roma, e otros por aventura, por lo enterrar en sus logares; así como le contesçió en Florençia una vegada, que gelo quisieron tomar por lo enterrar ý, si non porque les dixo el arçidiano que era un cavallero su pariente que muriera en esta romería, que lo levava a su tierra. E después que llegó a Logroño descubriolo, e fue ý resçebido mucho onradamente de don Ferrando, obispo de Calahorra, quel salió a resçibir revestido con sus vestiduras pontificales e con toda la clerezía del obispo de vestiduras de capas de seda, e todos los omes buenos de la villa con candelas en las manos e con ramos. E fasta que llegó a Toledo fue resçebido mucho onradamente, e de toda la clerezía e de las órdenes e de los omes buenos de la villa. E ante que llegasen con el cuerpo a la çibdat de Burgos, el rey don Ferrando, fijo del muy noble rey don Sancho e de la reina doña María, con el infante don Enrique su tío, e don Diego, señor de Vizcaya, e don Lope su fijo, e otros muchos ricos omes e infanoçones e cavalleros le salieron a resçibir fuera de la çibdat, e le fizieron mucha onra. E por do ivan salíenle a resçibir todos los de las villas como a cuerpo santo, con candelas en las manos e con ramos. E en las proçiones que fazíen la clerezía e las órdenes, quando llegavan a las villas, non cantavan responsos de defuntos, sinon «ecçe saçerdos magnus» e otros responsos e antífanas semejantes, así como a fiesta de cuerpo santo. E la onra que resçibió este cuerpo del cardenal quando llegaron con él a la noble çibdat de Toledo fue muy grant maravilla, en manera que se non acordava ninguno por ançiano que

fuese, que oyese dezir que nin a rey nin a enperador nin a otro ninguno fuese fecha atan grande onra como a este cuerpo deste cardenal; ca todos los clérigos del arçobispado fueron con capas de seda, e las órdenes de la çibdat tan bien de religiosos... Non fincó cristiano nin moro nin judío que todos non le salieron a resçebir con sus çirios muy grandes e con ramos en las manos. E fue ý don Gonçalo, arçobispo de Toledo, su sobrino, e don Iohán, fijo del infante don Manuel, con él; ca el arçobispo lo salió a resçebir a Peñafiel e non se partió dél fasta en Toledo, do le fezieron atan grant onra como ya oyestes; pero quel arçidiano se paró a toda la costa de ida e de venida, e costol muy grant algo: lo uno porque era muy luengo el camino, como de Toledo a Roma: lo al porque avie a traer mayor conpañia a su costa por onra del cuerpo del cardenal: lo al porque todo el camino eran viandas muy caras por razón de la muy grant gente sin cuento que ivan a Roma en esta romería de todas las partes del mundo, en que la çena de la bestia costava cada noche en muchos logares quatro torneses gruesos. E fue grant miraglo de Dios que en todos los caminos por do venien los pelegrinos, tan abondados eran de todas las viandas que nunca fallaçió a los pelegrinos cosa de lo que avían mester; ca Nuestro Señor Dios por la su merçed quiso que non menguase ninguna cosa a aquellos que en su serviçio ivan. E çiertas si costa grande fizo el arçidiano en este camino, mucho le es de gradesçer porque lo enpleó muy bien, reconosçiendo la merced que del cardenal resçebiera e la criança que en él feziera, así como lo deven fazer todos los omes de buen entendimiento e de buen conosçer e que bien e merçed resçiben de otro. Onde bien aventurado fue el señor que se trabajó de fazer buenos criados e leales; ca estos atales nin les fallaçeran en la vida nin después; ca lealtad les faze acordarse del bienfecho que resçebieron en vida e en muerte. E porque la memoria del ome ha luengo tiempo, e non se pueden acordar los omes de las cosas mucho antiguas si las non fallan por escripto, e por ende el trasladador de la estoria que adelante oiredes, que fue trasladada de caldeo en latín e de latín en romance, puso e ordenó estas dos cosas sobredichas en esta obra, porque los que venieren después de los deste tiempo, será quando el año jubileo á de ser, porque puedan ir a ganar los bien aventurados perdones que en aquel tiempo son otorgados a todos los que allá fueren, e que sepan que este fue el primer cardenal que fue enterrado en España. Pero esta obra es fecha so emienda de aquellos que la quesieren emendar. E çertas dévenlo fazer los que quisieren e la sopieren emendar si quier, porque dize la escriptura: «Qui sotilmente la cosa fecha emienda, más de loar es que el que primeramente la falló». E otrosí mucho deve plazer a quien la cosa comiença a fazer que la emienden todos quantos la quesieren emendar e sopieren; ca quanto más es la cosa emendada, tanto más es loada. E non se deve ninguno esforçar en su solo entendimiento nin creer que todo se puede acordar; ca aver todas las cosas en memoria e non pecar nin errar en ninguna cosa, mas es esto de Dios que non de ome. E por ende devemos creer que todo ome á conplido saber de Dios sólo e non de otro ninguno. Ca por razón de la mengua de la memoria del ome fueron puestas estas cosas a esta obra, en la qual ay muy buenos enxienplos para se saber guardar ome de yerro, si bien quisiere bevir e usar dellas; e ay otras razones muchas de solas en que puede ome tomar plazer. Ca todo ome que trabajo quiere tomar para fazer alguna buena obra, deve en ella entreponer a las vegadas algunas cosas de plazer e de solas. E palabra es del sabio que dize así: «E entre los cuidados a las vegadas pone algunos plazerres.» Ca muy fuerte cosa es de sofrir el cuidado continuado si a las vezes non se diese ome plazer o algunt solas. E con grant enojo del trabajo e del cuidado, suele ome muchas vegadas desanparar la buena obra que ha ome

començado; onde todos los omes del mundo se deven trabajar de fazer sienpre bien e esforçarse a ello e non se enojar. E así lo pueden bien acabar con la ayuda de Dios; ca así como la casa que ha buen çimiento, bien así de razón e de derecho de la cosa que ha buen comienço, esperança deve ome aver que abrá buena çima, mayormente començando cosa honesta e buena a serviçio de Dios, en cuyo nonbre se deven començar todas las cosas que buen fin deven aver. Ca Dios es comienço e acabamiento de todas las cosas, e sin él ninguna cosa non puede ser fecha. E por ende todo ome que alguna cosa o obra buena quiere començar, deve anteponer en ellas a Dios. E él es fazedor e mantenedor de las cosas; así puede bien acabar lo que començare, mayormente si buen seso natural toviere. Ca entre todos los bienes que Dios quiso dar al ome, e entre todas las otras çiençias que aprende, la candela que a todas estas alunbra, seso natural es. Ca ninguna çiençia que ome aprenda non puede ser alunbrada nin endreçada sin buen seso natural. E comoquier que la çiençia sepa ome de coraçón e la reza, sin buen seso natural non la puede ome bien aprender. E aunque la entienda, menguado el buen seso natural, non puede obrar della nin usar así como conviene a la çiençia, de qual parte quier que sea; onde a quien Dios quiso buen seso dar puede començar e acabar buenas obras e onestas a serviçio de Dios e aprovechamiento de aquellas que las oyeren, e buen prez de sí mismo. E pero que la obra sea muy lengua e de trabajo, non deve desesperar de lo non poder acabar, por ningunos embargos quel acaescan; ca aquel Dios verdadero e mantenedor de todas las cosas, el qual ome de buen seso natural antepuso en la su obra, a le dar çima aquella quel conviene: así como contesçió a un cavallero de las Indias do andido predicando sant Bartolomé apóstol, después de la muerte de Nuestro Salvador Iesu Cristo: el qual cavallero ovo nonbre Zifar de bautismo, e después ovo nonbre el Cavallero de Dios, porque se tovo él sienpre con Dios e Dios con él en todos los fechos, así como adelante oiredes, podredes ver e entendredes por las sus obras. E por ende es dicho este libro del Cavallero de Dios; el qual cavallero era conplido de buen seso natural e de esforçar, de justiçia e de buen consejo, e de buena verdat, comoquier que la fortuna era contra él en lo traer a pobredat; pero que nunca desespero de la merçed de Dios, teniendo que él le podría mudar aquella fortuna fuerte en mejor, así como lo fizo, segunt agora oiredes.

*De la muger y hijos del Cavallero Zifar y de cómo las cosas que en este libro están no
deven ser juzgadas hasta bien vistas*

Cuenta la estoria que este cavallero avía una dueña por muger que avía nonbre Grima e fue muy buena dueña e de buena vida e muy mandada a su marido e mantenedora e guardadora de la su casa; pero atan fuerte fue la fortuna del marido que non podía mucho adelantar en su casa así como ella avía mester. E ovieron dos fijuelos que se vieron en muy grandes peligros, así como oiredes adelante, tan bien como el padre e la madre. E el mayor avía nonbre Garfín e el menor Roboán. Pero Dios, por la su piedat, que es endereçador de todas las cosas, veyendo el buen propósito del cavallero e la esperança que en él avía, nunca desesperando de la su merçed, e veyendo la mantenençia de la buena dueña, e quán obediente era a su marido e quán buena criança fazía en sus fijuelos e quán buenos castigos les dava, mudoles la fortuna que avían en el mayor e mejor estado

que un cavallero e una dueña podrían aver, pasando primeramente por muy grandes trabajos e grandes peligros.

E porque este libro nunca apareció escrito en este lenguaje fasta agora, nin lo vieron los omes nin lo oyeron, cuidaron algunos que non fueran verdaderas las cosas que se y contienen, nin ay provecho en ellas, non parando mientes al entendimiento de las palabras nin queriendo curar en ellas. Pero comoquier que verdaderas non fuesen, non las deven tener en poco nin dubdar en ellas fasta que las oyan todas conplidamente e vean el entendimiento dellas, e saquen ende aquello que entendieren de que se puedan aprovechar; ca de cada cosa que es y dicha pueden tomar buen enxemplo e buen consejo para saber traer su vida más çierta e más segura, si bien quisieren usar dellas; ca atal es este libro para quien bien quisiere catar por él, como la nuez, que ha de parte de fuera fuste seco e tiene el fruto ascondido dentro. E los sabios antigos, que fizieron muchos libros de grant provecho, posieron en ellos muchos enxemplos en figura de bestias mudas e aves e de peçes e aun de las piedras e de las yervas, en que non ay entendimiento nin razón nin sentido ninguno, en manera de fablillas, que dieron entendimiento de buenos enxemplos e de buenos castigos, e feziéronnos entender e creer lo que non avíamos visto nin creyemos que podría esto ser verdat; así como los padres santos fecieron a cada uno de los siervos de Iesu Cristo ver como por espejo e sentir verdaderamente e creer de todo en todo que son verdaderas las palabras de la fe de Iesu Cristo, e maguer el fecho non vieron; por que ninguno non deve dudar en las cosas nin las menospreçiar, fasta que vean lo que quieren dezir e cómo se deven entender. E por ende, el que bien se quiere leer e catar e entender lo que se contiene en este libro, sacará ende buenos castigos e buenos enxemplos, e por los buenos fechos deste cavallero, así como se puede entender e ver por esta estoria.

De las virtudes del Cavallero Zifar, e de cómo era muy amado del rey de la tierra a donde vinía, aunque era muy costoso: y por esto induzido el rey por envidiosos no lo llamava a las guerras

Dize el cuento que este Cavallero Zifar fue buen cavallero de armas e de muy sano consejo a quien gelo demandava, e de grant justiçia quando le acomendavan alguna cosa do la oviese de fazer, e de grant esfuerço, non se mudando nin orgullesçiendo por las buenas andanças de armas quando le acaesçían, nin desesperando por las desaventuras fuertes quando le sobrevenían. E sienpre dezía verdat e non mentira quando alguna demanda le fazían, e esto fazia con buen seso natural que Dios posiera en él. E por todas estas buenas condiçiones que en él avía amávale el rey de aquella tierra, cuyo vasallo era e de quien tenía grant soldada e bienfecho de cada día. Mas atan grant desventura era la suya que nunca le durava cavallo nin otra bestia ninguna de dies días arriba, que se le non muriese, e aunque la dexase o la diese ante de los dies días. E por esta razón e esta desventura era él sienpre e su buena dueña e sus fijos en grant pobreza; pero que el rey, quando guerras avía en su tierra, guisávalo muy bien de cavallos e de armas e de todas las cosas que avía mester, e enbiávalo en aquellos lugares do entendía que mester era más fecho de cavallería. E así se tenía Dios con este cavallero en fecho de armas, que con su

buen seso natural e con su buen esfuerço sienpre vençía e ganava onra e vitoria para su señor el rey, e buen pres para sí mesmo. Mas de tan grant costa era este cavallero, el rey aviéndole de tener los cavallos aparejados, e las otras bestias quel eran mester a cabo de los dies días, mientras durava la guerra, que semejava al rey, que lo non podía sofrir nin conplir. E de la otra parte, con grant envidia que avían aquellos a quien Dios non quisiera dar fecho de armas acabadamente así como al Cavallero Zifar, dezían al rey que era muy costoso, e que por quanto dava a este cavallero al año, e con las costas que en él fazía al tienpo de las guerras, que abría quinientos cavalleros cada año para su serviçio, non parando mientes los mesquinos como Dios quisiera dotar al Cavallero Zifar de sus grandes dones e nobles, señaladamente de buen seso natural e de verdat e de lealtad e de armas e de justiçia e de buen consejo, en manera que do él se ençerrava con çient cavalleros, conplía más e fezia más en onra del rey e buen pres dellos que mill caballeros otros quando los enbiava rey a su serviçio a otras partes, non aviendo ninguno estos bienes que Dios en el Cavallero Zifar pusiera.

E por ende todo grant señor deve onrar e mantener e guardar el cavallero que tales dones puso como en este, e si alguna batalla oviere a entrar deve enbiar por él e atenderlo; ca por un cavallero bueno se fazen grandes batallas, mayormente en quien Dios quiso mostrar muy grandes dones de cavallería. E non deven creer a aquellos en quien non paresçe buen seso natural nin verdat nin buen consejo, e señaladamente non deve creer en aquellos que con maestrías e con sotilezas de engaño fablan. Ca muchas veses algunos, porque son sotiles e agudos, trabájanse de mudar los derechos e los buenos consejos en mal, e danles entendimiento de leys, colorando lo que dizen con palabras engañosas e cuidando que non ay otro ninguno tan sutil como ellos, que lo entienda. E por ende non se deve asegurar en tales omes commo estos, ca peligrosa cosa es creer ome aquellos en quien todas estas menguas e estas maestrías son, por que non abrá de dubdar dellos e non estará seguro. Pero el señor de buen seso, si dubdar de aquellos que le han de seguir, para ser çierto, llámelos a su consejo e a lo quel consejaren, e cate e piense bien en los dichos de cada uno, e pare mientes a los fechos que ante pasaron con él; e si con grant femençia los quiere catar, bien puede ver quién le conseja bien o quién mal; ca la mentira así trasluze tras las palabras del mentiroso como la candela tras el vidrio en la linterna. Mas, mal pecado, algunos de los señores grandes más aína se enclinan a creer las palabras falagueras de los omes mentirosos e las lisonjas so color de algunt provecho, que non el su pro nin la su onra, maguer se quieran e lo vean por obra, en manera que maguer se quieran repentir e tornarse a lo mejor, non pueden, con vergüença que los non retrayan que ellos mismos con mengua de buen seso se engañaron, dexando la verdat por la mentira e la lisonja. Así como contesçió a este rey, que veyendo la su onra e el su pro ante los sus ojos, por proeva de la bondat deste Cavallero Zifar menospreçiándolo, todo por miedo de la costa, queriendo creer a los enbidiosos lisongeros, perjuro en su coraçón e prometioles que de estos dos años non enbiase por este cavallero maguer guerras oviese en la su tierra, e quería provar cuánto escusaría en la costa que este cavallero fazía; e fizolo así, donde se falló que más desonras que resçebió e daños grandes en la su tierra. Ca en aquellos años ovo grandes guerras con sus vezinos e con algunos de los naturales que se alçaron. E quando enbiava dos mill o tres mill cavalleros a la frontera, lo que les era ligero de ganar de sus enemigos dezían que non podían conquerir por ninguna manera, e a los logares del rey dexávanlos perder; así que fincava el rey desonrado e

perdido e con grant vergüença, non se atreviendo enbiar por el Cavallero Zifar por quel non dixiesen que non guardava lo que prometiera. Çertas, vergüença e mayor mengua es en querer guardar el prometimiento dañoso e con desonra, que en lo revocar; ca si razón es e derecho que aquello que fue estableçido antiguamente sin razón, que sea emendado, catando primeramente la razón onde nasció, e fazer ley derecha para las otras cosas que han de venir, e razón es que el yerro que nuevamente es fecho, que sea luego emendado por aquel que lo fizo; ca la palabra es de los sabios que non deve aver vergüença de revocar su yerro aquel que es puesto en la tierra para emendar los yerros agenos que los otros fazen.

De cómo el Cavallero Zifar se quexa entre sí a Dios porque ya el rey no le embía a llamar para las guerras como solía

Estando el rey en esta guerra tan grande e en gran cuidado porque sus vasallos no le sirvían tan derechamente como devían, no se atrevía a embiar por el Cavallero Zifar, por vergüença de lo que avía prometido a aquellos que so color de escusar la costa le aconsejaron. E el buen Cavallero Zifar, veyendo esto, pensó en su coraçón que razón podría ser por que el rey, aviendo tan grandes guerras en su tierra, no embiava por él así como solía, e fue en gran cuidado y tristeza, e quexándose a Dios e llorando, dixo así: «¡Hay, mi señor Dios! quanta merced me fazes en muchas maneras, comoquier que no lo merezca y la desventura corre conmigo en me querer tener pobre y querer me envilescer con pobreza, por que non puedo servir a mi señor como yo querría. Pero consuélome, ca creo que aquel es dicho rico el que se tiene por abondado de lo que ha, e no es rico el que más ha, mas el que menos codicia; e yo, señor, por abondado me tengo de lo que en mí fazes y tienes por bien de fazer. Mas maravíllome porque estraña el rey mi servicio en tales guerras como estas en que él está, e pienso que ha tomado alguna dubda en mí, temiendo que le herre en algún servicio que le ove de fazer, o que no le consejé tan bien en algún consejo que me demandó, como devía. E señor Dios, tú sabes la verdad al qual ninguna cosa no se asconde, ca yo no le falte en ninguna cosa que yo le deviesse, a mi pensar, si no por no poder, o por no lo entender; e por ende no devo aver miedo ni vergüença, ca ninguna cosa non faze medroso nin vergoñoso el coraçón del ome sinon la conçiencia de la su vida, si es mala, non faziendo lo que deve; e pues la mi conçiencia non me acusa, la verdat me deve salvar, e con grant fuzia que en ella he non abré miedo, e iré con lo que començé cabo adelante, e non dexaré mi propósito començado».

De cómo Grima, muger del Cavallero Zifar oyó las cosas que entre sí su marido dezía, e le preguntó qué pena tenía y cuál era su pensamiento: y qué le respondió él

E estas palabras que dezía el cavallero oyolas Grima la su buena muger, e entró a la cámara do él estava en este pensamiento, e díxole: «Amigo señor, ¿qué es este pensamiento e este grant cuidado en que estades? Por amor de Dios dezítmelo; e pues parte ove conbusco en los plazer, querría aver parte con vos en los cuidados e en los

pesares. Çertas nunca vos vi flaco de coraçón por ninguna cosa que vos oviédeses, si non agora». El cavallero, quando vio a su muger que amava más que a sí, e entendió que avía oído lo quél dixiera, e pesole de coraçón e dixo: «¡Por Dios! señora, mejor es que el uno sufra el pesar que muchos; ca por tomar vos al tanto de pesar como yo, por eso non menguaría a mí ninguna cosa del pesar que yo oviese, e non sería aliviamiento de pesar, mas acreçentamiento; ca resçibiera más pesar por el pesar que vos oviédeses». «Amigo, señor», dixo ella, «si pesar es que remedio ninguno non puede ome aver, dexadlo olvidar; ca en los males que por ninguna manera no se pueden esquivar, no ay otro remedio sino es dexarlo olvidar e non pensar en ello, e dexarlo pasar por su ventura. Mas si cosa es en que algunt buen pensamiento puede aprovechar, deve ome partir el cuidado con sus amigos, ca más pueden pensar e cuidar muchos que uno, e más aína pueden açertar en lo mejor. E non se debe ome enfiuzar en su buen entendimiento sólo, comoquier que Dios le de buen seso natural; ca do ay buen seso ay otro mejor. E por ende todo ome que alguna grant cosa quiere començar e fazer, deve lo fazer con consejo de aquellos de quien es seguro quel consejarán bien. «E amigo», dixo ella, «esto vos oí dezir, quexándovos, que queríades ir con vuestro fecho adelante e non dexar vuestro propósito començado, e porque sé que vos sodes ome de grant coraçón e de grant fecho, tengo que este vuestro propósito es sobre alta cosa e grande, a que segunt mío cuidar deveades aver vuestro consejo». «Çertas», dixo el cavallero su marido, «guardido me avedes e dádome avedes conorte al mi grant cuidado en que estaua, por que avré de partir con vos por fuerça el cuidado que tengo en el mi coraçón guardado muy grant tiempo ha, e nunca quis descubrirle a ome del mundo; e bien creo que así como el fuego encubierto dura más que el descubierta, e es más bivo, bien así la poridat que uno sabe dura más e es mejor guardada que si muchos la saben, pero que todo el cuidado es de aquel que la guarda; ca toma grant trabajo entre sí e grandes pesares para la guardar. Onde bien aventurado es aquel que puede aver amigo entero a quien pueda mostrar su coraçón, e que enteramente quiso guardar a su amigo en las poridades e en las otras cosas que ovo de fazer; ca pártese el cuidado entre amos, e fallan más aína lo que deven fazer; pero que muchas vegadas son engañados los omes en algunos que cuidan que son sus amigos e non lo son, sinon de infinta. E çertas los omes non lo pueden conosçer bien fasta que los proevan; ca bien así como por el fuego se proeva el oro, así por la proeva se conosçe el amigo. Así contesçió en esta proeva de los amigos a un fijo de un ome bueno en tierras de Sarapia, como agora oiredes».

De los enxemplos que dixo el Cavallero Zifar a su muger para induzirla a guardar secreto; y el primero es del medio amigo

E dize el cuento que este ome bueno era muy rico e avía un fijo que quería muy bien, e dávalle de lo suyo que despendiese, quanto él quería. E castigole que sobre todas las cosas e costumbres, que apresiese e punase en ganar amigos, ca esta era la mejor ganancia que podría fazer; pero que atales amigos ganase que fuesen enteros, e a lo menos que fuesen medios. Ca tres maneras son de amigos: los unos de enfinta, e estos son los que non guardan a su amigo sinon demientra pueden fazer su pro con él; los otros son medios, e estos son los que se paran por el amigo a peligro que non paresçe, mas es en dubda si será

o non; e los otros son enteros, los que veen al ojo la muerte o el grant peligro de su amigo e ponen se delante para tomar muerte por él, que el su amigo non muera nin resciba daño. E el fijo le dixo que lo faría así e que trabajaría de ganar amigos quanto él más podiese, en con el algo quel dava el padre conbidava e despendía e dava de lo suyo granadamente, de guisa que non avía ninguno en la çibdat onde él era, más aconpañado que él. E a cabo de dies años, preguntole el padre cuántos amigos avie ganados, e él le dixo que más de çiento. «Çertas», dixo el padre, «bien despendiste lo que te di, si así es; ca en todos los días de la mi vida non pude ganar más de medio amigo, e si tú cient amigos as ganado, bien aventurado eres». «Bien creed, padre señor», dixo el fijo, «que non ay ninguno dellos que se non posiese por mí a todos los peligros que me acaesçiesen». E el padre lo oyó e calló e non le dixo más. E después desto contesçió al fijo que ovo de pelear e de aver sus palabras muy feas con un mançebo de la çibdat, de mayor logar que él. E aquel fue buscar al fijo del ome bueno por le fazer mal. El padre quando lo sopo pesole de coraçón, e mandó a su fijo que se fuese por una casa fuerte que era fuera de la çibdat, e que se estudiase quedo allá fasta que apagasen esta pelea, e el fijo fizolo así; e desí el padre sacó luego segurança de la otra parte e apaçiguolo muy bien. E otro día fizo matar un puerco e mesolo e cortole la cabeça e los pies, e guardolos, e metió el puerco en un saco e atolo muy bien e pusole so el lecho, e enbió por su fijo que se viniese en la tarde e quando fue a la tarde llegó el fijo e acogiole el padre muy bien e díxole de cómo el otro le avía asegurado e çenaron. E desde que el padre vio la gente de la çibdat que era aquedada, dixo así: «Fijo, comoquier que yo te dixese luego que veniste que te avía asegurado el tu enemigo, dígotte que non es así; ca en la mañana, quando venía de misa, lo falle aquí en casa dentro, tras la puerta, su espada en la mano, cuidando que eras en la çibdat, para quando quesieses entrar a casa, que te matase. E por la su ventura matelo yo e cortele la cabeça e los pies e los brazos e las piernas, e echelo en aquel pozo, e el cuerpo metilo en un saco e téngolo so el mi lecho. E non lo oso aquí soterrar por miedo que nos lo sepan; por que me semeja que sería bien lo levases a casa de algunt tu amigo, si lo has, e que lo soterrasen en algunt logar encubierto». «Çertas, padre señor», dixo el fijo, «mucho me plaze, e agora veredes qué amigos he ganado». E tomó el saco acuestas e fuese para casa de un su amigo en quien el más fiava. E quando fue a él maravillose el otro porque tan grant noche venía, e preguntole qué era aquello que traía en aquel saco, e él gelo contó todo, e rogole que quisiese que lo soterrasen en un trascorral que y avía. E su amigo le respondió que como feziera él e su padre la locura, que se parasen a ella e que saliese fuera de la casa; que non quería verse en peligro por ellos. E eso mesmo le respondieron todos los otros sus amigos, e torno para casa de su padre con su saco, e díxole cómo ninguno de sus amigos non se quisieron aventurar por él a este peligro. «Fijo», dixo el ome bueno. «mucho me maravillé quando te oí dezir que çient amigos avías ganados, e seméjame que entre todos los çiento non fallestes un medio; mas vete para el mi medio amigo, e dile de mi parte esto que nos contesçió, e quel ruego que nos lo encubra». E el fijo se fue e levó el saco e ferió a la puerta del medio amigo de su padre. E salieron a él los hombres y preguntáronle qué quería; e díxoles que quería hablar con el amigo de su padre, e ellos fueron gelo dezir, e mandó que entrase. E quando le vio venir, e lo falló con su saco acuestas, mandó a los otros que saliesen de la cámara, e fincaron solos. E el ome bueno le preguntó qué era lo que quería, e qué traía en el saco, e él le contó lo quel contesçiera a su padre e a él e rogole de parte de su padre que gelo encobriese. E él le respondió que aquello e más faría por su padre, e tomó un açadón e fezieron amos ados

una fuesa so el lecho e metieron y el saco con el puerco, e cobriéronle muy bien de tierra. E fuese luego el moço para casa de su padre e díxole de cómo el su medio amigo le resçebiera muy bien, e que luego quel contó el fecho, e le respondiera que aquello e más faría por él, e que feziera una fuesa so el lecho e que lo soterraran y. Estonçes dixo el padre: «¿Qué te semeja de aquel mi medio amigo?» «Çertas», dixo el fijo, «seméjame que este medio amigo vale más que los mis çiento». «E fijo», dixo el ome bueno, «en las oras de la cuita se proevan los amigos; e por ende non debes mucho fiar en todo ome que se demuestra por amigo, fasta que lo proeves en las cosas que te fueren mester. E pues tan bueno falleste el mi medio amigo, quiero que ante del alva vayas para él e quel digas que faga puestas de aquel que tiene soterrado, e que faga dello cocho e dello asado, e que cras seremos sus huéspedes yo e tú». «¿Cómo?, padre señor», dixo el fijo, «¿conbremos el ome?». «Çertas», dixo el padre, «mejor es el enemigo muerto que bivo, e mejor es cocho e asado que crudo; e la mejor vengança que el ome dél puede aver es esta, comerlo todo, de guisa que non finque del rastro ninguno; ca do algo finca del enemigo, y finca la mala voluntad». E otro día en la mañana, el fijo del ome bueno fuese para el medio amigo de su padre e díxole de cómo le enbiava rogar su padre que aquel cuerpo que estava en el saco, que le feziese puestas e que lo guisasen todo, cocho e asado, ca su padre e él vernían comer con él. E el ome bueno quando lo oyó començóse a reír, e entendió que su amigo quiso provar a su fijo, e díxole que gelo gradesçía, e que veniesen tenprano a comer, que guisado lo fallarían muy bien, ca la carne del ome era muy tierna e cozía mucho aína. E el moço se fue para su padre, e dixo la respuesta de su medio amigo, e al padre plogo mucho por que tan bien le respondiera. E quando entendieron que era ora de yantar, fuéronse padre e fijo para casa de aquel ome bueno, e fallaron las mesas puestas, con mucho pan e mucho vino. E los omes buenos començaron a comer muy de rezio como aquellos que sabían qué tenían delante. E el moço reçelava lo de comer, comoquier quel paresçía bien. E el padre quando vio que dudava de comer, díxole que comiese seguramente, que atal era la carne del enemigo como la carne del puerco, e que tal sabor avía. E él començó a comer, e sópole bien, e metiose a comer muy de rezio, más que los otros, e dixo así: «Padre señor, vos e vuestro amigo bien me avedes encarniçado en carnes de enemigo; e çierto cred que pues las carnes del enemigo así saben, non puede escapar el otro mío enemigo que era con este, quando me dixo la sobervia, quel non mate e quel non coma muy degrado; ca nunca comí carne que tan bien me sopiese como esta». E ellos començaron a pensar sobre esta palabra que el moço dixo e a fablar entre sí, e tovieron que si este moço durase en esta imaginaçión que sería muy crúo e que lo non podrían ende partir. Ca las cosas que ome imagina mientras moço es, mayormente aquellas cosas en que toma sabor, tarde o nunca se puede dellas partir. E sobre esto el padre, queriéndole sacar desta imaginaçión, començole a dezir: «Fijo, porque tú me dixiste que tú avías ganado más de çiento amigos, quise provar si era así. E maté ayer este puerco que agora comemos, e cortele la cabeça e los pies e las manos e metí el cuerpo en aquel saco que acá troxiste, e quise que provases tus amigos así como los propueste. E non los falleste atales como cuidavas, pero que falleste este medio amigo bueno e leal, así como devía ser; por que debes parar mientes en quáles amigos debes fiar... Ca muy fea e muy crúa cosa sería, e contra natura, querer el ome comer carne de ome, nin aun con fanbre». «Padre señor», dixo el moço, «gradesco mucho a Dios porque atan aína me sacaste desta imaginaçión en que estava; ca sí por los mis pecados el otro enemigo oviese muerto, e dél oviese comido, e así me sopiese como esta carne que

comemos, non me fartaría ome que non codiciase comer. E por aquesto que me agora dixistes, aborresceré más la carne del ome». «Çertas», dixo el padre, «mucho me plaze, e quiero que sepas que el enemigo e los otros que con él se açertaron, que te han perdonado, e yo perdoné a ellos por ti, e de aquí adelante guárdate de pelear, e non te arrufen así malos amigos. Ca quando te vieren en la pelea desanpararte ían, así como viste en estos que provaste». «Padre señor», dixo el fijo, «ya he provado quál es el amigo de enfinta, así como estos que yo gané, que nunca me guardaron, sinon demientra partí con ellos lo que avía, e quando los avía mester fallasçieronme, e he provado quál es el medio amigo. Dezitme si podré provar e conosçer quál es el amigo entero».

Del otro enxemplo que dixo el Cavallero Zifar a su muger de cómo se provó el otro amigo

«Guárdete Dios, fijo», dixo el padre, «ca muy fuerte proeva sería la fuzia de los amigos deste tiempo; ca esta proeva non se puede fazer si non quando ome está en peligro çierto de resçibir la muerte o daño o deshonra grande. E pocos son los que açiertan en tales amigos que se paren por su amigo a tan grant peligro que quieran tomar la muerte por el asabiendas. Pero fijo, oí dezir que en tierras de Corán se criaron dos moços en una çibdat, e queríanse grant bien, de guisa que lo que quería el uno, eso quería el otro. Onde dize el sabio que entre los amigos uno deve ser el querer e uno el non querer en las cosas buenas e onestas. Pero que el uno destes dos amigos quiso ir buscar consejo e provar las cosas del mundo, e andido atanto tienpo tierras estrañas fasta que se açertó en una tierra do se falló bien, e fue y muy rico e muy poderoso, e el otro fincó en la villa con su padre e su madre que eran ricos e abondados. E quando estos avían mandado uno de otro, o quando acaesçían algunos que fuesen aquellas partes, tomavan en plazer. Así que este que fincó en la villa después de muerte de su padre e de su madre llegó a tan grant pobredat que se non sabía consejar, e fuese para su amigo. E quando le vio el otro su amigo que tan pobre e atan desfecho venía, pesol de corazón, e preguntole cómo venía así, e él le dixo que con grant pobredat. «¡Par Dios, amigo!», dixo el otro, «mientra yo bivo fuere e oviere de que lo conplir, nunca pobre serás; ca ¡loado sea Dios! yo he grant algo e so poderoso en esta tierra, non te fallasçerá ninguna cosa de lo que fuere mester». E tomolo consigo e tóvolo muy viçioso, e fue señor de la su casa e de lo que avía, muy grant tiempo, e perdiolo todo después por este amigo, así como agora oiredes.

E dize el cuento que este su amigo fue casado en aquella tierra, e que se le muriera la muger, e que non dexara fijo ninguno, e que un ome bueno su vezino, de grant lugar e muy rico, quel enbió una fijueta que avía pequeña que la criase en su casa, e quando fuese de hedat que casase con ella. E andando la moça por casa, que se enamoró della el su amigo quel sobrevino, pero que non le dixiese nin le fablase a ninguna cosa a la moça, él nin otro por él, ca tenía que non sería amigo verdadero leal, así como devía ser, si lo feziese nin tal cosa cometiese. E maguer se trabajase de olvidar esto, non podía; ante cresçía toda vía el cuidado más; de guisa que començó todo a desecar e a le fallasçer la fuerça con grandes amores que avía desta moça. E al su amigo pesava mucho de la su dolencia e de la su flaqueza, e enbiava por físicos a todos los lugares que sabía que los avía buenos, e dávalos grant algo porque le guaresçiesen. E por quanta física en ellos

avía, non podían saber de qué avía aquella enfermedat; así que llegó a tan grant flaqueza que ovo a demandar clérigo con quien confesase. E enbiaron por un capellán e confesose con él e díxole aquel pecado en que estava por quel venía aquella malatía de que cuidava morir. E el capellán se fue para el señor de casa e díxole que quería fablar con él en confesión, e quel toviere poridat; e él prometiole que lo quel dixiese que lo guardaría muy bien. «Dígovos», dixo el capellán, «que este vuestro amigo muere con amores de aquesta vuestra criada con quien vos avedes a casar; pero que me defendió que lo non dixiese a ninguno e quel dexase así murir». E el señor de casa desque lo oyó fizó como quien non dava nada por ello; e después que se fue el capellán, vínose para su amigo e díxole que se conortase, que de oro e plata atanto le daría quanto él quiesiese, e con grant mengua de coraçón non se quisiese así dexar murir. «Çertas amigo», dixo el otro, «¡mal pecado! non ay oro nin plata que me pueda pro tener, e dexatme conplir el curso de mi vida, ca mucho me tengo por ome de buena ventura pues en vuestro poder muero». «Çertas non morredes», dixo el su amigo, «ca pues yo sé la vuestra enfermedat quál es, yo vos guaresçeré della; ca sé que vuestro mal es de amor que avedes a esta moça que yo aquí tengo para me casar con ella. E pues de hedat es, e vuestra ventura quiere que la devedes aver, quiérola yo casar conbusco e darvos he muy grant aver; e levatla para vuestra tierra e pararme he a lo que Dios quisiere con sus parientes». E el su amigo quando oyó esto, perdió la fabla e el oír e el ver con grant pesar que ovo, porque cayó el su amigo en el pensamiento suyo, de guisa que cuidó su amigo que era muerto, e salió llorando e dando bozes e dixo a la su gente: «Idvos para aquella cámara do está mi amigo, ca ¡mala la mi ventura! muerto es, e non lo puedo acorrer». La gente se fue para la cámara e falláronlo como muerto, e estando llorándole enderredor dél oyó la moça llorar, que estava entre los otros, e abrió los ojos, e desí callaron todos e fueron para su señor, que fallaron muy cuitado llorando; e dixiéronle de cómo abriera los ojos su amigo; e fuese luego para allá e mandó que la moça e su ama pensasen dél e non otro ninguno. Así que a poco de tienpo fue bien guarido, pero que quando venía su amigo non alçava los ojos contra él con grant vergüença que dél avía. E luego el su amigo llamó a la moça su criada, e díxole de cómo, aquel su amigo le quería muy grant bien; e ella con poco entendimiento le respondió que eso mesmo fazia ella a él, mas que non lo osava dezir que era así, ca çiertamente grant bien quería ella a él. «Pues así es», dixo él, «quiero que caseades con él, ca de mejor logar es que yo, comoquier que seamos de una tierra, e darvos he grant aver que levedes, con que seades bien adelante». «Como quiesierdes», dixo ella. E otro día en la grant mañana enbió por el capellán con quien se confesara su amigo, e casolos e dioles grant aver e enbiolos luego a su tierra.

E desque los parientes de la moça lo sopieron, toviéronse por desonrados e enbiáronle a desafiar, e corrieron con él muy grant tienpo, de guisa que comoquier que rico e poderoso era, con las grandes guerras quel fazían de cada día, llegó a tan grant pobredat en manera que, non podía mantener la su persona sola. E pensó entre sí a lo que faría e non falló otra carrera si non que se fuese para aquel su amigo a quien él acorriera. E fuese para alla con poco de aver quel fincara, pero quel duró poco tienpo, que era muy luengo el camino, e fincó de pie e muy pobre. E acaesçiole que ovo de venir de noche a casa de un ome bueno de una villa a quien dezían Dios lo vee, çerca de aquel lugar do quiso Abrahán sacrificar a su fijo, e demandó quel diesen de comer alguna cosa, por mesura. E dixiéronlo a su señor cómo demandava de comer aquel ome bueno. E el Señor de la casa era mucho

escaso, e dixo que lo enbiase comprar. E dixiéronle que dezía el ome bueno que non tenía de qué. E aquello poco quel dio, dió-gelo de mala mente e tarde, así que non quisiera aver pasado las vergüenças que pasó por ello, e fincó muy quebrantado e muy triste, de guisa que non ovo ome en casa que non ovo muy grant piedat dél.

E por ende dize la escriptura que tres maneras son de ome de quien deve ome aver piedat, e son estas: el pobre que ha a demandar al rico escaso; e el sabio que se ha de guiar por el torpe, e el cuerdo que ha de bevir en tierra sin justiçia. Ca estos son tristes e cuitados porque se non cumple en aquellos lo que devía, e segunt aquello que Dios puso en ellos.

E quando llegó a aquella çibdat do estava su amigo, era ya de noche e estaban cerradas las puertas, así que non pudo entrar. E como venía cansado e lazado de fanbre, metiose en una hermita que falló y çerca de la çibdat, sin puertas, e echose tras el altar e adormiose fasta otro día en la mañana, como ome cuitado e cansado. E en esa noche, alborozando dos omes de esa çibdat, ovieron sus palabras e denostáronse e metiéronse otros en medio e despartiéronlos. E el uno dellos pensó esa noche de ir matar el otro en la mañana, ca sabía que cada mañana iva a marines, e fuelo a esperar tras la su puerta, e en saliendo el otro de su casa metió mano a la su espada e diole un golpe en la cabeça e matolo, e fuese para su posada, ca non lo vio ninguno quando le mató. E en la mañana fallaron el ome muerto a la su puerta, e el ruido fue muy grande por la çibdat, de guisa que la justiçia con grant gente andava buscando el matador. E fueron a las puertas de la villa, e eran todas çerradas salvo aquella que era en derecho de la hermita do yazía aquel cuitado e lazado, que fueron abiertas ante del alva por unos mandaderos que enbiava el conçejo a grant priesa al enperador. E cuidaron quel matador que era salido por aquella puerta, e andudieron buscando e non fallaron rastro dél. E en queriéndose tornar entraron dellos aquella hermita e fallaron aquel mesquino dormiendo, su estoque çinto, e començaron a dar bozes e dezir: «He aquí el traidor que mató el ome bueno». E presiéronle e leváronle ante los alcaldes. E los alcalles preguntáronle si matara él aquel ome bueno, e él con el dessesperamiento, cobdiçiendo más la muerte que durar en aquella vida quel avía, dixo que sí; e preguntáronle que por cuál razón lo matara. E él dixo que por sabor que oviera de lo matar. E sobre esto los alcalles ovieron su acuerdo e mandávanle matar pues de conosçido venía. E ellos estando en esto, el su amigo, a quien él casara con la su criada, que estava entre los otros, conosçiolo, e pensó en su coraçón que pues aquel su amigo lo guardara de muerte e le avía fecho tanta merçed como él sabía, que quería ante murir que el su amigo moriese, e dixo a los alcalles: «Señores, este ome que mandades matar non ha culpa en muerte de aquel ome, ca yo lo maté».

E mandaron lo prender, e porque amos ados venían de conosçido quel mataran, mandavan los matar a amos ados. E el que mató al ome bueno estava a la su puerta entre los otros, parando mientes a los otros que dezían e fazían, e, quando vio que aquellos dos mandavan matar por lo quel feziera, non aviendo los otros ninguna culpa en aquella muerte, pensó en su coraçón e dixo así: «¡Cativo errado! ¿con cuáles ojos paresçeré ante mio señor Dios el día del juizio, e cómo lo podré catar? Çertas non sinvergüença e sin grant miedo, e en cabo resçibrá mi alma pena en los infiernos por estas almas que dexo peresçer, e non aviendo culpa en muerte de aquel ome bueno que maté por mi grant

locura. E por ende tengo que mejor sería en confesar mi pecado e arrepentirme, e poner este mi cuerpo a murir por emienda de lo que fis, que non dexe estos omes matar».

E fue luego para los alcalles e dixo: «Señores, estos omes que mandades matar non han culpa en la muerte de aquel ome bueno, ca yo so aquel ome que le maté por la mi desventura. E porque creades que es así, preguntad a tales omes buenos, e ellos vos dirán de cómo anoche tarde avíamos nuestras palabras muy feas yo e él, e ellos nos despartieron. Mas el diablo que se trabaja sienpre de mal fazer, metiome en coraçón en esta noche que le fuese matar, e fislo así; e enbiat a mi casa e fallarán que del golpe que le di quebró un pedaço de la mi espada, e non sé si fincó en la cabeça del muerto».

E los alcaldes enbiaron luego a su casa e fallaron la espada quebrada como él dixiera, e fueron al muerto e fallaron el pedaço de la espada en el golpe. E sobre esto fablaron mucho, e tovieron que estas cosas que así acaesçieran por se saber la verdat del fecho, que fueron por miraglo de Dios, e acordaron que guardasen estos presos fasta que veniese el enperador, que avie y de ser a quinze días, e feziéronlo así. E quando el enperador llegó contáronle todo este fecho, e él mandó quel traxiesen al primero preso; e quando llegó antél, dixo: «Ay ome cativo, ¿qué coraçón te movió a conosçer la muerte de aquel ome bueno, pues en culpa non eras?» «Señor», dixo el preso, «yo vos lo diré: yo so natural de aquí, e fue buscar consejo a tales tierras e fui muy rico e muy poderoso; e desí llegué a tan grant pobredat que me non sabía aconsejar, e venía a este mi amigo que conosçió la muerte del ome bueno después que lo yo conosçí, que me mantoviese a su limosna. E quando llegué a esta villa fallé las puertas çerradas, e óveme de echar a dormir tras el altar de una hermita que es fuera de la villa; e en dormiendo, en la mañana oí grant ruido e que dezían: 'Este es el traidor que mató el ome bueno'. E yo como estava desesperado e me enojava ya de bevir en este mundo, ca más codiçiaava ya la muerte que la vida, e dixe que lo yo avía muerto». E el enperador mandó que levasen aquel e troxiesen al segundo; e quando llegó antél díxole el enperador: «Di, ome sin entendimiento, que fue la razón por que conosçiste la muerte de aquel ome bueno, pues non fueste en ella?» «Señor», dixo él, «yo vos lo diré: este preso que se agora partió delante la vuestra merçed, es mi amigo, e fuemos criados en uno». E contole todo quanto avía pasado con él e cómo lo escapara de la muerte, e la merçed quel feziera quando le dio la criada suya por muger. «E señor, agora veyendo que lo querían matar, quise yo ante murir e aventurarme a la muerte que non que la tomase él». E el enperador enbió este e mandó traer el otro e díxole: «Di, ome errado e desaventurado, pues otros te escusavan, ¿por qué te ponías a la muerte, pudiendo la escusar?» «Señor», dixo el preso, «nin se escusa bien nin es de buen entendimiento nin de buen recabdo el que dexa perder lo más por lo de menos; ca en querer yo escusar el martirio de la carne por miedo de muerte, e dexar perder el alma, conosçido sería del diablo e non de Dios». E contole todo su fecho e el pensamiento que pensó por que non se perdiesen estos omes que non eran en culpa, e que non perdiese él su alma. E el enperador quando lo oyó plogole de coraçón e mandó que non matasen ninguno dellos, comoquier que meresçía muerte este postrimero.

Mas pues Dios quiso su miraglo fazer en traer en este fecho a ser sabida la verdat, e el matador lo conosçió, pudiendo lo escusar, el enperador le perdonó e mandó que feziese

emienda a sus parientes; e él fizogela qual ellos quesieron. E estos tres omes fueron muy ricos e muy buenos e muy poderosos en el señorío del enperador, e amávanlos todos e preçiávanlos por quanto bien fezieron, e se dieron por buenos amigos. «E mi fijo», dixo el padre, «agora puedes tú entender quál es la proeva del amigo entero e cuánto bien fizo el que mató el ome bueno, que lo conosció por non levar las almas de los otros sobre la suya. Puedes entender que ay tres maneras de amigos: ca la una es el que quiere ser amigo del cuerpo e non del alma, e la otra es el que quiere ser amigo del alma e non del cuerpo, e la otra el que quiere ser amigo del cuerpo e del alma, así como este preso postrimero, que fue amigo de su alma e de su cuerpo, dando buen enxienplo de sí, e non queriendo que su alma fuese perdida por escusar el martirio del cuerpo».

De cómo dixo el Cavallero de Dios a su muger que le quería dezir su poridat

Todas estas cosas destos enxienplos de los amigos contó el Cavallero Zifar a la su buena muger por la traer a saber bien guardar su amigo e las sus poridades, e díxole así: «Amiga señora, comoquier que digan algunos que las mugeres non guardan bien poridat, tengo que fallesçe esta regla en algunas; ca Dios non fizo los omes iguales nin de un seso nin de un entendimiento, más departidos, tan bien varones como mugeres. E porque yo sé quál es el vuestro, eso e quán guardada fuestes en todas cosas, del día en que fuemos en uno fasta el día de oy, e quán mandada e obediente me fuestes, quiero vos dezir la mi poridat, la que nunca dixé a cosa del mundo; mas siempre la tove guardada en el mi coraçón, como aquella cosa que me ternien los omes a grant locura si la dixiese nin la pensase para dezir; pero que me non puedo ende partir, ca me semeja que Dios me quiere ayudar para ir adelante con ella. Ca puso en mí, por la su merçed, algunas cosas señaladas de cavallería que non puso en cavallero deste tiempo, e creo que el que estas merçedes me fizo me puso en el coraçón de andar en esta demanda que vos agora diré en confesión. E si yo en esta demanda non fuese adelante, tengo que menguaría en los bienes que Dios en mí puso».

De cómo el Cavallero de Dios dixo a la su buena muger todo lo que le avía dicho su agüello

«Amiga señora», dixo el Cavallero Zifar, «yo seyendo moço pequeño en casa de mi avuelo, oí dezir que oyera a su padre que venía de linaje de reys; e yo como atrevido pregunté que cómo se perdiera aquel linaje, e díxome que por maldad e por malas obras de un rey del su linaje que fuera despuesto, e que fezieran rey a un cavallero simple, pero que era muy buen ome e de buen seso natural e amador de justiçia e conplido de todas buenas costunbres. E díxole yo así: «¿Atan de ligero se puede fazer rey o desfazer?» «¿Cómo, amigo?», dixo él, «¿por que ligera cosa tienes que es fazer e desfazer rey? Çertas con grant fuerça de maldat se desfaze e con grant fuerza de bondat e de buenas costunbres se faze. E esta maldat e esta bondat viene tan bien de parte de aquel que es o á de ser rey, como de aquellos que lo desfazen o lo fazen». «E si nos de tan grant logar

venimos», dixe, «¿cómo fincamos pobres?». Respondió mi avuelo, e dixo que por maldat de aquel rey onde descendimos, ca por la su maldat nos abaxaron así como tú vees. «E çertas non he esperança», dixo mi avuelo, «que vuestro linaje e nuestro cobre, fasta que otro venga de nos que sea contrario de aquel rey, e faga bondat e aya buenas costumbres, e el rey que fuere ese tienpo que sea malo, e lo ayan a desponer por su maldat e este fagan rey por su bondat. E puede esto ser con la merçed de Dios». «E si yo fuere de buenas costumbres», dixe yo, «podría llegar a tan alto logar?». E él me respondió reyéndose mucho, e díxome así: «Amigo pequeño de días e de buen entendimiento, dígote que sí, con la merçed de Dios, si bien te esfuerçares a ello e non te enojares de fazer bien; ca por bien fazer bien puede ome subir a alto lugar». E esto deziendo, tomando grant plazer en su coraçón, santigó a sí e a mí, e dexóse luego murir, reyéndose ante aquellos que ý eran. E maravilláronse todos de la muerte de aquel mi avuelo que así contesçiera. E estas palabras que mi avuelo me dixo de guisa se fincaron en mi coraçón que propuse estonçe de ir por esta demanda adelante; e pero que me quiero partir deste propósito, non puedo; ca en dormiendo se me viene emiente, e en velando eso mesmo. E si me Dios faze alguna merçed en fecho de armas, cuido que me lo faze porque se me venga emientes la palabra de mi avuelo». «Mas señora», dixo el cavallero, «yo veo que vevimos aquí a grant desonra de nos e en grant pobredat, e si lo por bien toviésedes, creo que sería bien de nos ir para otro reino, do non nos conosçiesen, e quiçabe mudaremos ventura; ca dize el bierbo antigo: 'Quien se muda, Dios le ayuda'; e esto dizen aquellos que non seen bien, así como nos por la nuestra desventura; ca el que bien see non ha por que se lieve, ca mudándose a menudo pierde lo que ha. E por ende dizen que piedra movediza, non cubre moho. E pues nos seamos non bien, mal pecado, nin a nuestra onra nin provecho, el proverbio de quien bien see non se lieve non es por nos. Tengo que mejor sería mudarnos que fincar».

De cómo la muger del Cavallero gradesçió mucho a su marido la poridat que le dixo

«Amigo señor», dixo la dueña, «dezides bien. Gradescavos Dios la merçed grande que me avedes fecho en querer que yo sopiese vuestra grant poridat e de tan grant fecho; e çertas quiero que sepades que tan aína como contastes estas palabras que vos dixiera vuestro avuelo, si es cordura o locura, tan aína me sobieron en coraçón, e creo que han de ser verdaderas. E todo es en poder de Dios, del rico fazer pobre e del pobre rico, e moved quando quesíerdes en el nonbre de Dios, e lo que avedes a fazer fazetlo aína; ca a las vegadas la tardança en el buen propósito enpesçe». «¿E cómo?», dixo el cavallero, «¿atan aína vos vino a coraçón que podría ser verdat lo que mío avuelo me dixo?» «Atan aína», dixo ella. «E quien agora me catase el coraçón fallarlo ya muy movido por esta razón, e non se semeja que esto en mi acuerdo». «E çiertas», dixo el cavallero, «así contesçió a mí cuando mi avuelo lo oí contar. E por ende non nos conviene de fincar en esta tierra, si quier que los omes non nos cayan en esta locura».

Aquí cuenta de qué linaje era este Cavallero de Dios, e de qué tierra

E este Cavallero Zifar, segunt se falla por las estorias antiguas, fue del linaje del rey Tared, que se perdió por sus malas costumbres; pero que otros reys de su linaje deste ovo y ante muy buenos e bien acostunbrados; mas la raíz de los reyes e de los linajes se derraiga e se abaxa por dos cosas: lo uno por malas costumbres, e lo otro por grant pobredat. E así el rey Tared, comoquier que el rey su padre le dexara muy rico e muy poderoso, por sus malas costumbres llegó a pobredat e óvose de perder, así como lo ya contó el avuelo del Cavallero Zifar, segunt oyestes; de guisa que los de su linaje nunca podieron cobrar aquel logar que el rey Tared perdió. E este regno es en la India primera, que poblaron los gentiles, así como agora oiredes.

E dizen las estorias antiguas que tres Indias son: la una comarca con la tierra de los negros, e la otra comarca con la tierra de Cadia, e la otra comarca con la rigión de las tinieblas. Mas la India primera que poblaron los gentiles es la que comarca con la tierra de los negros, e desta India fue el Cavallero Zifar onde fue el rey Tared, que fue ende rey. E fallase por las estorias antiguas que Ninbros el valiente, visnieto de Noé, fue el primero rey del mundo, e llamávanle los cristianos Nino. Es este fizo la çibdat de Babilonia la desierta con grant estudio, e començó a labrar una torre contra voluntad de Dios e contra mandamiento de Noé, que sobiese fasta las nuves; e posieron nonbre a la torre Magdar. E veyendo Dios que contra su voluntad la fazían, non quiso que se acabase, nin quiso que fuesen de una lengua, porque se non entendiesen nin la podiesen acabar. E partiolos en setenta lenguajes: e los treinta e seis en el linaje de Sen, e los dizeseis en el linaje de Can, fijo de Noé, e los dizeocho en el linaje de Jafet. E este linaje de Can, fijo de Noé, ovo la mayor partida destos lenguajes por la maldiçión quel dio su padre en el tenporal; quel erró en dos maneras; lo primero que yogo con su muger en el arca, onde ovo un fijo a que dixieron Cus, cuyo fijo fue este rey Ninbrot. E maldixo estonçe Can en los bienes tenporales; e otrosí dizen los judíos que fue maldicho el can porque yogo con la cadiella en el arca. E la maldición fue esta: quantas vegadas yoguiese con la cadiella, que fincasen lisiados; pero los cristianos dezimos non es verdat, ca de natura lo han los canes desde que formó Dios el mundo e todas las otras cosas acá. E el otro yerro que fizo Can fue quando su padre se enbeodó, e lo descubrió, faziendo escarnio dél. E por ende este rey Ninbrot que fue su nieto, fue malo contra Dios, e quiso semejar a la raíz de su avuelo Can, onde veniera. E Asur, el segundo fijo de Sen, con todo su linaje, veyendo que el rey Ninbrot que fazía obras a deserviçio de Dios, non quiso y morar, e fue poblar a Nínive, una grant çibdat que avía andadura de tres días, la qual quiso Dios que fuese destroida por la maldat dellos. E destroyola Nabucodonosor e una conpañia de gentiles que amavan el saber e las çiençias e allegávanse toda vía a estudiar en uno. E apartáronse ribera de un río que es allende de Babilonia, e ovieron su consejo de pasar aquel río e poblar allende e bevir todos en uno. E segunt dizen los sabios antigos, que quando puso nonbre Noé a las mares e a los ríos, puso nonbre aquel río Indias, e por el nonbre quel puso posieron nonbre a aquellos que fincaron poblar allende, de indios. E posieron nonbre a la provinçia do es el pueblo, India, por el nonbre de los pobladores.

E después que fueron aseogados, punaron de estudiar e de aprender e de çertificar; onde dixo Abu Ubeyt un sabio: «De las Indias antiguas fueron los primeros sabios que

certificaron el sol e las planetas después del diluvio». E por bevir en paz e aver por quien se guiasen, exlieron e alçaron rey sobre sí un sabio a quien dicen Albarheme el Mayor, ca avía y otro sabio quel dizían así. E este fue el primero que ovieron las Indias, que fizo el espera e las figuras de los signos e de las planetas. E los gentiles de India fueron grant pueblo, e todos los reys del mundo e todos los sabios los conosçieron mejoría en el seso e en nobleza e en saber.

E dizen los reys de Çin que los reys del mundo son çinco, e todos los otros andan en su rastro dellos: e son estos los reys de Çin e los reys de India e los reys de los turcos e los reys persianos e los reys cristianos. E dizen que el rey de Çin es rey de los omes, porque los omes de Çin son más obedientes e mejor mandados que otros omes a sus reys e a sus señores. Al rey de India dízenle el rey de la creençia, porque ellos estudiaron sienpre e estudean en los saberes; e al rey de los turcos dizen el rey de los leones, porque son muy fuertes omes e mucho esforçados e muy atrevidos en sus lides. Al rey de los persianos dizen el rey de los reys, porque fueron siempre muy grandes e de muy grant guisa e de grant poder; ca con su poder e su saber e su seso poblaron la meytad del mundo, e non gelo pudo ninguno contradzir, maguer non eran de su partiçión nin de su derecho. E el rey de los cristianos dízenle el rey de los barraganes, porque ellos son mayores barraganes que todos los otros, e muy esforçados e más apersonados e más apuestos en su cavalgar que otros omes.

Çiertamente de antiguedat fue India fuente e manera de çiençia, e fueron omes de grant mesura e de buen seso, maguer que son loros, que tiran a los negros quanto en la color, porque comarcan con ellos, Dios los guardó de las maneras dellos e de su torpedat, e dioles mesura e bondat en manera e en seso, más que a muchos blancos. E algunos de los estrólagos dizen que los indios ovieron estas bondades porque la provinçia de India a por natural partiçión Saturno e Mercurio, e fiziéronse loros por Saturno; ca son ssabios e ssesudos e de hostile engeño, porque les cupo de la partiçión de Mercurio, que fue mesclado con Saturno. E sus reys fueron siempre de buenas costumbres e estudiavan todavía en la divinidad. E por esto son omes de buena fe e de buena creençia, e creen todos en Dios muy bien, fuera ende pocos dellos que han la creençia de Sabaa, que adoran las planetas e las estrellas. E esto todo de las Indias que fue leído e fue puesto en esta estoria, porque se non falla en escriptura ninguna que otro rey oviese en la India mal acostunbrado sinon el rey Tared onde vino el Cavallero Zifar, comoquier que este cavallero fue bien acostunbrado en todas cosas, e ganó muy grant pres e grant onra por costumbres e por cavallería, así como adelante oiredes en la su estoria.

Dize el cuento de cómo el Cavallero Zifar e su muger se fueron con sus fijos a bevir a tierra estraña

Dize el cuento que el Cavallero Zifar e la buena dueña su muger vendieron aquello poco que avían e conpraron dos palafrés en que fuesen, e unas casas que avían, fezieron dellas un ospital e dexaron toda su ropa en que yoguiesen los pobres, e fuéronse. E levava en el cavallo en pos de sí el un fijuelo, e la dueña el otro. E andudieron tanto en dies días que

salieron del regno onde eran naturales e entraron en otro reino bien dos jornadas. E acabo de los diez días, entrando en el onzeno en la mañana, aviendo cavalgado para andar su camino, muriósele al cavallero el palafre, de que resçebió la dueña muy grant pesar, e dexose caer en tierra llorando de los ojos e deziéndole: «Amigo señor, non tornedes cuidado grande, ca Dios vos ayudará, e sobitvos en este palafre e levaredes estos dos fijuelos conbusco, ca bien podré yo andar la jornada, con la merçed de Dios». «Par Dios, señora», dixo el cavallero, «non puede ser, ca sería cosa desaguisada e muy sin razón ir yo de cavallo e vos de pie; ca segunt natura e razón mejor puede el varón sufrir el afán del camino que non la muger; e por ende tengo por bien que subades en vuestro palafre e tomades vuestros fijuelos el uno delante e el otro de pos». E fizolo así, e andudieron su jornada ese día. E otro día fueron fazer su oraçión a la iglesia e oyeron misa, que así lo fazían cada día ante que cavalgasen. E después que ovieron oída misa tomaron su camino, que iva a una villa que dezían Galapia, do estava una dueña biuda que avía nonbre Grima, cuya era aquella villa, ca avía guerra con un grant ome su vezino, de mayor poder que ella; e era señor de las tierras de Efeso, que es muy grant tierra e muy rica; e él avía nonbre Rodán. E quando llegaron aquella villa fallaron las puertas çerradas e bien guardadas, con reçelo de sus enemigos. E demandaron la entrada, e el portero les preguntó quién eran, e el cavallero le dixo que eran de tierra estraña e que se acaesçieran allí a do los guiara la su ventura. E el portero les dixo que iría ante preguntarlo a la señora de la villa, e que lo atendiesen, ca luego sería con ellos con la respuesta. E fuese para la señora de la villa. E el cavallero e la dueña estando a la puerta esperando la repuesta de la señora de la villa, ahevos aquí un cavallero armado do venía contra la villa en su cavallo armado. E llegose a ellos e dixo así: «Dueña, ¿qué fazedes aquí vos e este ome que es aquí conbusco? Partidvos ende e idvos vuestra vía, e non entredes a la villa, ca non quiere mío señor, que ha guerra con la señora de la villa deste lugar, que entre ninguno allá, mayormente de cavallo». E el Cavallero Zifar le dixo: «Cavallero, nos somos de tierra estraña, e acaecimos por nuestra ventura en este lugar, e venimos muy cansados e es muy tarde, ora de bísperas, e non abremos otro lugar poblado do fuésemos albergar. Plégavos que finquemos aquí esta noche si nos acogieren, e luego cras en la mañana nos iremos do nos Dios guiare». «Çertas», dixo el otro cavallero, «non fincaredes, ca yo non he que ver en vuestro cansaçion; mas partidvos ende, si non, mataré a vos e levaré a la vuestra dueña e farré della a mi talante». E quando el cavallero oyó estas palabras atan fuertes, pesole de coraçón e díxole: «Çertas si vos cavallero sodes non faredes mal a otro fidalgo sin lo desafiar, mayormente non vos faziendo tuerto». «¿Como?», dixo el otro, «¿cuidades escapar por cavallero, seyendo rapas desta dueña? Si cavallero sodes, sobit en ese cavallo de esa dueña, e defendetla». Quando esto oyó el Cavallero Zifar, plogole de coraçón porque atamaño vagar le dava de cavalgar. E subió en el palafre de que la dueña desçendiera. E un velador que estava en la torre sobre la puerta, doliéndose del cavallero e de la dueña, echole una lança que tenía muy buena, e díxole: «Amigo, tomad esta lança e ayúdevos Dios».

De cómo el Cavallero Zifar mató al sobrino del conde enemigo de la señora de la villa que la tenía çercada

E el Cavallero Zifar tomó la lança, ca él traía su espada muy buena, e dixo al otro cavallero que estava muy irado: «Ruégovos por amor de Dios que nos dexedes en pas, e que querades que folguemos aquí esta noche. E fágovos pleito e omenage que nos vayamos cras, si Dios quiesiere». «Çertas», dixo el cavallero, «irvos conviene, e defendetvos». E el Cavallero Zifar dixo: «Defiéndanos Dios que puede». «¿Pues de tan vagar está Dios», dixo el otro, «que non ha que fazer sinon de vos venir a defender?». «Çertas», dixo el Cavallero Zifar, «a Dios non es ninguna cosa grave, e sienpre ha vagar para bien fazer, e aquel es ayudado e acorrido e defendido a quien quiere él ayudar e acorrer e defender». E dixo el otro cavallero: «¿Por palabras me queredes detener?» E fincó las espuelas al cavallo e dexose venir para él, e el Cavallero Zifar para el otro. E tal fue la ventura del caballero armado que erró de la lança al Cavallero Zifar, e él fue ferido muy mal, de guisa que cayó en tierra muerto. E el Cavallero Zifar fue tomar el cavallo del muerto por la rienda, e tráxolo de la rienda a la dueña, que estava cuitada, pero rogando a Dios que guardase a su marido de mal.

De cómo el Cavallero Zifar mató al sobrino del conde que la tenía çercada

E ellos estando en esto, ahevos el portero e un cavallero do venían, a quien mandava la señora de la villa que tomasen omenage del cavallero que non veniese ningunt mal por ellos a la villa e que los acogiesen. E el portero abrió la puerta, e el cavallero con él dixo al Cavallero Zifar: «Amigo, ¿queredes entrar?» «Queremos», dixo el Cavallero Zifar, «si a vos ploguiese». E el cavallero le dixo: «Amigo, ¿sodes fidalgo?» «Çertas sí», dixo el Cavallero Zifar. «¿E sodes cavallero?» «Sí», dixo él. «¿E aquellos dos moços? ¿E esta dueña, quién es?» «Mi muger», dixo él, «e aquellos dos moços son nuestros fijuelos». «¿Pues fazédesme omenage», dixo el otro, «así como sedes fidalgo, que por vos nin por vuestro consejo, non venga mal ninguno a esta villa nin a ninguno de los que ý moran?». «Sí fago», dixo el cavallero, «demientra ý moraré». «Non», dixo el cavallero, «mas para en todo tienpo». E el Cavallero Zifar le dixo que lo non faría, ca non sabía qué avía de acaesçer con alguno de la villa en algunt tienpo. «Çertas pues, non entraredes acá», dixo el cavallero, «si este omenage non fazedes». E ellos estando en esta porfía, dixo el velador que estava en la torre, el quel diera la lança al Cavallero Zifar: «Entradvos en bien, ca çient cavalleros salen de aquel monte e vienen quanto pueden de aquí allá». E sobre esto estando, dixo el cavallero de la villa: «Amigo, ¿queredes fazer este omenage que vos demando?; si non, entraré e çerraré la puerta». E estonçe el Cavallero Zifar dixo que fazia omenage de guardar la villa e los que ý eran si non le feziesen por que non lo deviese guardar. «Amigo», dixo el cavallero, «aquí non vos farán sinon todo plazer». «E yo vos fago el omenage», dixo el Cavallero Zifar, «como vos demandades, si así fuere». E así acogieron a él e a la dueña e a sus fijos, e çerraron la puerta de la villa.

De cómo los cavalleros de fuera fallaron muerto al sobrino del conde, su señor, e se lo llevaron muerto

E en cavalgando e queriéndose ir a la posada, llegaron los çient cavalleros e demandaron al velador: «Di amigo, ¿entró acá un cavallero armado?» «¿E quién sodes vos?», dixo el velador, «¿que lo demandades?». «Çertas», dixo el uno dellos, «conosçernos devíedes, que muchas malas sonochadas e malas matinadas avedes de nos resçebidas en este logar». «Verdat es», dixo el velador, «mas çierto so que a mal iredes de aquí esta vegada». «Villano traidor», dixo el cavallero, «¿cómo podría ser eso? Es preso el cavallero que acá vino, por quien nos demandamos?». «Çertas non es preso», dixo el velador, «mas es muerto. E catadlo do yaze en ese barranco, e fallarlo hedes muerto». «¿E quién lo mató?», dixo el cavallero. «Su sobervia», dixo el velador. «¿Pero quién?», dixo el cavallero. «Çertas», dixo, «un cavallero viyandante que agora llegó aquí con su muger». Los cavalleros fueron al barranco e falláronlo muerto. E el cavallero muerto era sobrino de aquel que avía guerra con la señora de la villa, e començaron a fazer el mayor duelo que podría ser fecho por ningunt ome. E tomaron el cavallero muerto e fueron faziendo muy grant duelo.

De cómo la señora de Galapia sopo de la muerte de aquel su enemigo que muriera

E la señora de la villa quando oyó este ruido e tan grant llanto que fazían, maravillose qué podría ser, e andava demandando quel dixiesen que qué era. E en esto entró el cavallero que avía enbiado que resçebiese el omenaje, e contole todo el fecho como fuera, como aquel que lo vio; ca luego que oyó el ruido sobió a los andamios con la otra gente que allá sobía para se defender. E contole cómo este cavallero que entrara en la villa avía muerto aquel sobrino de su enemigo; el cavallero más atrevido que él avía, e el más sobervio el que mayor daño avía fecho aquella villa, por quien se levantara aquella guerra entre su tío e la señora de la villa, porque non quería casar con este sobrino de aquel grant señor. La señora de aquella villa, quando lo oyó plogole de coraçón, e tovo que Dios aduxiera a aquel cavallero estraño a aquel logar por afinamiento de la su guerra. E mandó a este su cavallero quel feziese dar muy buena posada, e quel feziese mucha onra; e el cavallero fizolo así.

E otro día en la mañana después de las misas, el Cavallero Zifar e su muger queriendo cavalgar para se ir, llegó mandado de la señora de la villa que se fuesen para allá e que quería fablar con ellos. E el Cavallero Zifar pesol porque se avrían a detener, que perdían su jornada; pero fuéronse allá para la señora de la villa, e ella preguntó en cuál manera eran allá venidos. E el cavallero le dixo que eran salidos de su tierra, non por maleficios que oviesen fechos, mas con grant pobredat en que cayeran, e que avían vergüença de bevir entre sus parientes, e que por eso salieran de su tierra a buscar vida en otro lugar do los non conosçiesen.

De cómo la señora de la villa se pagó mucho del buen razonar e del buen sosiego del cavallero e de la dueña

E la señora de la villa pagose del buen razonar e del buen seso e del buen sosiego del buen cavallero e de la dueña, e dixo: «Cavallero, si vos con esta vuestra dueña quesiérdes aquí morar, darvos ya un fijo mío pequeño que criedes, e fazervos ya todo el plazer que podiese, e criarse han estos vuestros fijos con el mío». «Señora», dixo el cavallero, «non me semeja que lo podiese fazer, e non querría cosa començar a que non podiese dar cabo». E la señora de la villa le dixo: «Esperad aquí oy, e cras pensat en ello más; e responderme hedes». E el Cavallero Zifar pesole mucho, pero ovo gelo de otorgar.

E estos dos días resçebieron mucha onra e mucho plazer de la señora de la villa, e todos los cavalleros e los omes buenos venían ver e a solazar con el Cavallero Zifar, e todas las dueñas con su muger, e fazíanles sus presentes muy granadamente. E tan grant alegría e tan grant conorte tomavan con aquel cavallero que les semejava que de toda la guerra e de toda la premia en que estaban, eran ya librados con el andança buena que Dios diera aquel cavallero en matar aquel sobrino de aquel grant señor su enemigo.

De cómo la muger del Cavallero Zifar rogó a su marido que fincase allí un mes, que venían cansados, e él gelo otorgó

E en esto la señora de la villa enbió por la dueña, muger del Cavallero Zifar, e rogole mucha afincadamente que travase con el cavallero su marido que fincase y con ella, e que partería con ellos muy de buena mente lo que oviesen. E tan grande fue el afincamiento quel fizo, que lo ovo de otorgar que trabajaría con su marido que lo feziese. E quando la muger del cavallero fue en su posada, fabló luego con su marido e preguntole qué semejava de la fincada que la señora de la villa les demandava. «Çertas», dixo él, «non sé y escoger lo mejor, ca ya veo que avemos mester bienfecho de señores por la nuestra pobredat en que somos; e de la otra parte, la fincada de aquí veo que es muy peligrosa e con muy grant trabajo; ca la guerra que esta dueña que ovo fasta aquí con aquel grant señor, de aquí adelante será muy afincadamente entrellos por la muerte de aquel cavallero su sobrino que yo maté por la su desventura». «Amigo señor», dixo ella, «nos venimos cansados deste luengo camino e traemos nuestros fijuelos muy flacos; e si lo por bien toviédes, ternía que sería bien que folgásemos aquí algunt día». «Çertas», dixo el Cavallero Zifar, «si a vos plaze, a mí faze; pero quiera Dios por la su merçed que nos recuda a bien esta fincada». «Amén», dixo la dueña.

E ellos estando en esto, entró un cavallero de la villa por la puerta, e díxoles así: «Cavallero, a vos e a la vuestra buena dueña enbía dezir la señora de la villa que vos vengades luego para ella, e que vos lo gradesçerá». E ellos fiziéronlo así. E quando llegaron allí do la señora de la villa estava, fallaron allí todos los cavalleros e los omes buenos e las dueñas de aquel lugar. E la señora de la villa se levantó a ellos e resçebiolos muy bien e dixo así: «Cavallero, dezidme qué avedes acordado vos e la vuestra buena dueña de aquello que vos yo rogué». «Çierto, señora», dixo el Cavallero Zifar, «non me quería poner a cosa que non sopiese nin pudiese fazer un cavallero; pero señora, pues que vos me lo mandades, yo presto so de vos servir en todas aquellas cosas que me vos mandades e al vuestro serviçio cunpla». E la señora de la villa e todos los cavalleros que

allí eran gelo gradesçieron mucho porque le avíe prometido de folgar allí con ellos un mes.

De cómo un cavallero de los más poderosos de la villa rogó al Cavallero Zifar quel fincase allí, e que le daría dos fijas que tenía para que él las cassase con sus fijos

Un cavallero de los de la villa, e de los muy poderosos, levantose entre los otros e díxole: «Cavallero estraño, yo non sé quí vos sodes, mas por quanto yo entiendo en vos, creo que sodes de buen lugar e de buen entendimiento; por que so çierto que nos faríe Dios mucho bien en este lugar por vos, e plazerme ya mucho que fincásedes aquí con nuestra señora. E dos fijas que yo tengo, darlas he por mugeres a vuestros fijuelos, e darvos ya la terçia parte de quanto yo he para vos e vuestra dueña con que vos mantoviédes». «Muchas gracias», dixo el Cavallero Zifar, «de vuestro buen talante». E la señora de la villa dixo: «Cavallero bueno, ¿non vos semeja que es bien de fazer aquello que vos dezía aquel cavallero, sin la merçed e ayuda que yo vos faré muy granadamente? Ca bien creed que ese cavallero que aqueso vos dize, es de los más poderosos e de mejor lugar, e el más rico desta tierra». «Señora», dixo el Cavallero Zifar, «gradesco a vos e al cavallero todo esto que aquí dezides, comoquier que non fue la mi entençión de venir a este lugar por entrar en parentesco con ninguno». «Señora», dixo la muger del Cavallero Zifar, «dezitle que finque aquí conbusco un mes, e entretanto fablaremos lo que tovierdes por bien». «Par Dios, señora», dixo la señora de la villa, «muy bien dexistes. E Cavallero, ruégovos que lo querades así fazer». «Çertas», dixo el Cavallero, «fazerlo he pues a mi muger plaze, comoquier que me ploguiera que menos tienpo tomase para esta folgura».

De cómo la señora de la villa rogó al Cavallero Zifar que le ayudase en todo aquello que él sopiese e entendiese

Todos los que estavan en aquel palaçio reşçebían grant plazer con la fincada deste cavallero, e la señora de la villa dixo estonçe: «Cavallero bueno, pues esta graçia avedes fecho a mí e a los deste lugar, e ruégovos que en aquello que entendierdes guiar e endresçar nuestros fechos, que lo fagades». E el Cavallero Zifar respondió que así lo faría muy de grado, en quanto podiese. E estonçe mandó la señora de la villa que pensasen dél, e quel diesen todas aquellas cosas quel fuesen mester.

De cómo la señora de Galapia fue luego çercada de sus enemigos

Al terçer día después de esto, en la grant mañana ante del alva, fueron enderredor de la villa tres mill caballeros muy bien guisados, e muy grant poder de peones e de vallesteros de los enemigos de la señora de la villa, e començaron a fincar las tiendas enderredor de la villa a grant priesa. E quando los veladores lo sentieron començaron a dezir: «¡Armas,

armas!» El ruido fue tan grande a la buelta por la villa, cuidando que gela querían entrar, e fueron todos corriendo a los andamios de los muros, e si non fueran y llegados perdiérase la villa, atan rezió se llegavan los de fuera a las puertas. E desde que fue de día devisáronlos mejor, e fuéronlos redrando de la villa los vallesteros; ca tenían muchos garavatos e muchas vallestas de torno biriculas para se defender, así como aquellos que estavan apercebidos para tal fecho. E el Cavallero Zifar en estando en su cama, preguntó al huésped qué ruido era aquel. Estonçe su huésped le dixo de cómo tenían cerçada la villa los sus enemigos. E preguntó al huésped qué gente podría ser, e díxol que de tres mill cavalleros arriba e muy grant gente de pie. E preguntole que cuántos cavalleros podrían ser en la villa; e dixo que fasta çiento de buenos. «Çertas», dixo el Cavallero Zifar, «con çiento cavalleros de buenos cuidaría acometer con la merçed de Dios mill cavalleros de non tan buenos». «E si vos», dixo el huésped, «a coraçón lo avedes de proeza, asas avedes aquí de buenos cavalleros con quien lo fazer; e maravillome seyendo tan buen cavallero como dizen que sodes, cómo vos sufre el coraçón de vos estar aquí en la cama a tal priesa como esta». «¿Cómo?», dixo el cavallero, «¿quieren los de aquí salir a lidiar con los otros?». Dixo el huésped: «¿Non semejaría grant locura en lidiar çiento con mill?» «¿E pues así estarán sienpre ençerrados?», dixo el cavallero, «¿e non farán ninguna cosa?» «Non sé», dio el huésped, «mas tengo que fariades mesura e cordura en llegar aquel consejo en que están los cavalleros agora». «Çertas», dixo el cavallero, «non lo faré, ca sería grant locura de allegar a consejo ante que sea llamado; ca palabra es del sabio que dize así: non te llegues a ningunt consejo fasta que te llamen». «Por Dios! cavallero», dixo el huésped, «seméjame que vos escusaríades de buena mente de lidiar; e tengo que seriades mejor para predicador que non para lidiador». «Çertas», dixo el Cavallero Zifar, «verdat es; que más de ligero se dizen las cosas que non se fazen». Quando esto oyó el huésped, baxó la cabeça e salió de la cámara diziendo: «Algo nos tenemos aquí guardado, estando los otros en el peligro que están, e él muy sin cuidado».

E fuese para la señora de la villa, con quien estavan los cavalleros e la gente aviendo su acuerdo como farían. E quando la señora de la villa lo vio, preguntole e díxole: «¿Qué es de tu huésped?» E él le dixo: «Señora, yaze en su cama sin cuidado desto en que vos estades». «Çertas», dixo la señora de la villa, e los otros que y eran con ella, «maravillámosnos mucho de tal cavallero como él es, e de tal entendimiento, en lo así errar. «¿E él, qué te dezía», dixo la señora de la villa, «desta priesa en que estamos?» «Señora, yo le preguntava que cómo non venía a este acuerdo en que estávades. E él díxome que sería locura en llegar a consejo de ninguno, ante que fuese llamado». «¡Par Dios!», dixieron todos: «dixo como ome sabio». «¿E díxote más?», dixo la señora de la villa. «Çertas señora, yo le dixi que me semejava más para predicador que non para lidiador, e él díxome que dezía verdat, ca más de ligero se pueden dezir las cosas que non fazerse. E aún preguntome más, cuántos cavalleros se podrían aver aquí en la villa; e yo díxile que çiento de buenos; e él díxome que con çient cavalleros de buenos podría ome acometer mill de non tan buenos». E esta palabra plogo algunos e pesó a los otros; ca bien entendieron que si guiar se oviesen por este cavallero, que los metería en lugar do las manos oviesen mester.

De cómo el Cavallero Zifar aconsejó a los de la villa que saliesen a ferir en los de la hueste

«Çertas», dixo la señora de la villa, «non es menester de nos detener de non enbiar por él». E mandó a dos cavalleros de los mejores que fuesen luego por él, e que lo aconpañasen. E ellos quando llegaron a él, falláronlo que oía misa con muy grant devoçión, e su muger con él. E después que fue acabada la misa, dixiéronle los cavalleros quel enbiava rogar la señora de la villa que se fuese para allá. «Muy de grado», dixo el cavallero, e fuese con ellos. E yendo en uno preguntole un ome bueno de la villa: «Cavallero, ¿qué vos semeja de cómo estamos con estos nuestros enemigos?» «Çertas», dixo, «amigo, semejante que vos tienen en estrechura, si Dios non vos ayuda e el vuestro buen esfuerço; ca todo es y mester».

E quando llegaron al palacio levantose la señora de la villa a él, e todos quantos eran con ella, e díxole así; «Cavallero bueno, ¿non vedes quán apremiados nos tienen estos nuestros enemigos?» «Çertas señora», dixo él, «oí dezir que venieron combater fasta las puertas de la villa». E la señora de la villa le dixo: «Pues caballero bueno, ¿qué vos paresçe que será?» «Señora, lo que vos mandardes», dixo el cavallero. «¿Esforçarvos hedes?», dixo la señora de la villa, «¿de fazer algo contra estos nuestros enemigos?». «Señora», dixo él, «con esfuerço de Dios e desta buena gente». «Pues mando yo», dixo la señora de la villa, «que todos quantos son aquí en la villa, que se guíen por vos e fagan vuestro mandado. E esto mando yo con consentimiento e con plazer de todos ellos». E dixo la señora de la villa a los suyos: «¿Es así como yo digo?» Respondieron ellos todos: «Sí señora». «Señora», dixo el cavallero, «mandat a todos los cavalleros fijos dalgo ayuntar, e a los otros que estén guisados de cavallos e de armas». E la señora de la villa mandó lo así fazer, e ellos luego se apartaron. E desí el caballero tomó dellos omenaje quel siguiesen e feziesen por él e quel non desanparasen en el lugar do oviese mester su ayuda. E ellos fiziéronlo así. «Agora señora», dixo el cavallero, «mandaldes que fagan alarde cras en la mañana, lo mejor que cada uno podiere, tan bien cavalleros como, escuderos e vallesteros e peones; e si algunt guisamiento tenedes de cavallero, mandat melo prestar». «Çertas», dixo ella, «muy de grado; ca darvos he el guisamiento de mi marido, que es muy bueno». «Señora», dixo el cavallero, «non lo quiero donado mas prestado; ca heredamiento es de vuestro fijo, e por ende vos non lo podedes dar a ninguno».

De cómo el Cavallero Zifar e los de la villa estaban mirando sobre los muros de la villa de cómo estaban sentados en su solas

E otro día en la mañana salieron a su alarde muy bien guisados, e fallaron que avía de cavalleros fijos dalgo buenos, çiento e dies cavalleros; e de escuderos fijos dalgo çinquenta, comoquier que non avían lorigas de cavallo. E los otros ruanos de la villa fallaron y guisados sesenta. E así fueron por todos dozientos e veinte. «Çertas», dixo el Cavallero Zifar, «gente ay aquí para defender su tierra, con la merçed de Dios». La señora de la villa dio al cavallero el guisamiento quel prometiera, muy rico e muy

fermoso, e provolo ante todos e enderesçolo do entendió que era mester. E mandó a los otros que lo feziesen así a los sus guisamientos, e bien dava a entender que algunt tiempo andudiera en fecho de cavallería; ca muy bien sabía endreçar sus guarniçiones, e entre todos los otros paresçía bien armado e muy fermoso e muy valiente.

Esta señora de la villa estava en los andamios de su alcáçar, e paró mientes en lo que fazía cada uno, e vio el Cavallero Zifar cómo andava requiriendo los otros, e castigándolos, e plogole mucho.

E desí mandoles el Cavallero Zifar que se fuesen cada uno a sus posadas e comiesen, e a ora de nona que recudiesen todos a aquella plaça; e fízieronlo así. E el Cavallero Zifar paró mientes en aquel cavallo que avía ganado del cavallero que avía muerto a la puerta de la villa, e fallolo que era bueno e muy enfrenado e muy valiente, e plogole mucho con él. E a la ora de nona llegaron todos en la plaça segunt les avía mandado, e díxoles así: «Amigos, a los que tienen en priesa e en premia, non se deven dar vagar, mas deven fazer quanto pudieren por salir de aquella premia e priesa; ca natural cosa es del que está en premia querer salir della así como el siervo de la servidunbre; e por ende ha mester que ante que aquellos de aquella hueste se carguen e se fortalezen, que les fagamos algunt rebate de mañana». E ellos dixieron que de como él mandase, que ellos así farían. «Pues aparejadvos», dixo el Cavallero Zifar, «en manera que ante que el alva quiebre, seamos con ellos». Dixieron ellos que lo farían de buena mente. E dixo el Cavallero Zifar: «Vayamos a andar por los andamios del muro, e veremos cómo están asentados». E subieron a los andamios e pararon mientes de cómo estaban asentados; e el Cavallero Zifar vio dos portiellos grandes en la çerca que non estava y gente ninguna, e preguntó: «¿Qué es aquel espaçio que está allí vazío?» «Çertas», dixieron ellos, «la çerca de la villa es grande, e non la pueden todos çercar». E vio un lugar do estaban tiendas fincadas e non mucha gente en ellas, e preguntó: «¿Quién posa allí en aquellas tiendas?» E díxole un cavallero de la villa: «El señor de la hueste». «¿E onde lo sabedes vos?» dixo el cavallero. «Çertas», dixo él, «de uno de nuestros barruntes que vino de allá». E fizo llamar a aquel barrunte, e preguntole el Cavallero Zifar: «Di amigo, ¿el señor de la hueste posa en aquellas tiendas?» «Sí», dixo él. «¿E qué gente trae consigo, si sabedes de çierto?» Dixo él: «Yo lo vi cavalgar el otro día, e semejome que podrían ser fasta tres mill e quinientos cavalleros, entre buenos e malos». «¿E ay grant gente de fijos dalgo?», dixo el cavallero. «Çertas», dixo, «non creo que sean de dozientos cavalleros arriba». «¿E todos estos cavalleros fijos dalgo están con el señor de la hueste en el su real?» «Çertas non», dixo él, «ca apartó los cavalleros fijos dalgo por la hueste, porque non fiava en los otros; ca son ruanos e non venieron de buena mente a esta hueste». «Mucho me plaze», dixo el Cavallero Zifar, «ca semeja que Dios nos quiere fazer merçed». E dixo a otro cavallero: «Si más bien avemos a fazer allí, en la cabeça avemos a ferir primeramente». «Par Dios», dixo el otro cavallero, «dezides muy bien, e nos así lo faremos; ca si lo de más fuerte les nos vençemos, lo más flaco non se nos puede bien defender». «¿E por dó podriemos aver entrada», dixo el Cavallero Zifar, «porque los saliésemos a las espaldas, que lo non sentiesen?». «Yo lo sé bien», dixo el otro cavallero. «Pues començemos», dixo el Cavallero Zifar, «en el nonbre de Dios, cras en la mañana, e vos guiatnos allí por do vos sabedes que está la entrada mejor». E el cavallero dixo que él que lo faría de buena mente.

De cómo los de la hueste venieron a combatir a los de la villa, e cómo se defendieron bien los de dentro

E ellos estando en esto, ahevos do venían seisçientos cavalleros e grant gente de pie. E los de la villa preguntaron al Cavallero Zifar si saldrían a ellos, e él díxoles que non, mas que defendiesen su villa; ca mejor era que los de fuera non sopiesen cuánta gente era en la villa, e que por esta razón non se aperçebieran, cuidando que eran menos, e que los non acometerían. E llegaron los otros çerca de los muros de la villa, tirando de piedras e de fondas, e de saetas, e faziendo muy grand roido; pero el que se llegava a las puertas o al muro non se partía ende sano, de cantos e de saetas que les tiravan de la villa. E así fueron muchos muertos e feridos esa noche, desta guisa. E entrellos andava un cavallero grande armado de unas armas muy devisadas, el canpo de oro e dos leones de azul. «Amigos», dixo el Cavallero Zifar, «¿quién es aquel que aquellas armas trae?». «El señor de la hueste», dixieron los otros; e el Cavallero Zifar calló e non quiso más preguntar, pero que paró mientes en las armas de aquel señor de la hueste e devisólas muy bien, e dixo a los otros: «Amigos, id a buenas noches, e folgat fasta cras en la grant mañana, que oyades el cuerno; e ha mester que seades aperçebidos e que vos armedes muy bien, e que salgades a la plaça, en manera que podamos ir allá do nos Dios guiare». E cada uno dellos derramaron e fueron para sus casas e posadas, e el Cavallero Zifar para la iglesia. E rogó al clérigo que otro día ante de matines que fuese en la plaça, e que armase su altar para dezir la misa. E el clérigo dixo que lo faría de grado.

De cómo los que estaban en la villa fueron ferir en la hueste ante del alva

Luego el Cavallero Zifar fuese a su posada, e bien ante del alva levantose e fizo tocar el cuerno. E luego todos los cavalleros e vallerteros e peones se armaron e se fueron para la plaça. E quando llegó y el Caballero Zifar falló el clérigo revestido, e descavalgó del cavallo e rogole que dixiese misa. E el clérigo la dixo muy bien e mucho aína, de manera que todos vieron el cuerpo de Dios e se acomendaron a él. Desí el Cavallero Zifar cavalgó e díxoles así: «Amigos, los çient cavalleros fijos dalgo e los çinquenta escuderos de cavallo apártense, e los escuderos fijos dalgo de pie; ca con estos tengo yo de ir a este fecho, e los diez cavalleros fijos dalgo e los ruanos e los vallerteros e los peones finquen e párense en aquella pontezilla que está en el camino, e si menester fuere de que atan çerca sean para que nos puedan acorrer, que nos acorran. E todos dixieron que lo faríen de grado. E luego el Cavallero Zifar con los çient cavalleros e çinquenta escuderos de cavallo e dosçientos escuderos de pie fuéronse muy callando e lo más ascondidamente que pudieron por un val ayuso por do non pasavan ningunos de los de la hueste, que ante estaban redrados. E guiávalos el cavallero que dixo antenoche que los guiaría. E quando fueron allende de la hueste, parose el cavallero que guiava, e dixo al Cavallero Zifar: «Ya somos redrados de la hueste bien dos trechos de vallesta». «¿Pues por dó iremos», dixo el Cavallero Zifar, «al real del señor de la hueste?». «Yo vos

guiaré», dixo el cavallero. «Guiatnos», dixo el Cavallero Zifar, «ca me semeja que quiere quebrar el alva; e llegat quanto podierdes al real, e quando fuerdes çerca tocad este cuerno e nos moveremos luego e iremos ferir en ellos. E todos tengamos ojo por el señor de la hueste, ca si allí nos faze Dios merçed todo lo abremos desbaratado».

E un cuerno que traía al cuello fuelo dar al cavallero, con que feziese la señal, e movieron luego muy paso, e fueron yendo contra el real. E tanta merçed les fizo Dios que non ovo ý cavallo que reninchase; ante fueron muy asesegados fasta que llegaron muy çerca de la hueste. E el cavallero que los guiava començó a tocar el cuerno, ca entendió que las velas los barruntarían. E luego el Cavallero Zifar movió contra la otra gente e fueron ferir en la hueste muy de rezio, llamando: «Galapia, por la señora de la villa». E los de la hueste fueron mucho espantados deste rebate atan a desora, e non se podieron acorrer de sus cavallos nin de sus armas; e estos otros matavan tan bien los cavallos como omes quantos fallavan, e non paravan mientes por prender, mas por matar, e los que escapavan dellos ívanse para las tiendas del señor de la hueste. E quando llegó ý el Cavallero Zifar con su compañía, tanta era la gente que avía llegado al señor de la hueste, e así se barrearón adredor de escudos e de todas las cosas que podieron aver, que los non podieron entrar con el embargo de las tiendas. E ellos que se defendían muy de rezio, así que el Cavallero Zifar iva resçebiendo muy grant daño en los sus cavalleros, e tornose a los suyos e díxoles: «Amigos, ya de día es, e veo grandes polvos por la hueste, e semejava que se alborçavan para venir a nos; e vayámonos, que asas avemos fecho e cunple para la primera vegada». E fuéronse tornando su paso contra la villa.

De cómo el señor de la hueste fue contra los de la villa, e él fue mal ferido e un su fijo fue llevado preso a la señora de la villa

El señor de la hueste armose muy toste en la tienda e salió en su cavallo, e un fijo con él, e seis cavalleros que se viaron a correr de armar, e movieron contra la villa. E el Cavallero Zifar quando los vio, mandó a los suyos que andodiesen más, ante que los de la hueste llegasen; ca non es vergüença de se poner ome en salvo quando vee mejoría grande en los otros, mayormente aviendo cabdiello de mayor estado. E el Cavallero Zifar iva en la laga, deziéndoles que andodiesen quanto podiesen, ca muy çerca les venían, comoquier que venían muy derramados, unos en pos de otros. E el señor de la hueste vio las armas que fueron del señor de Galapia e dixo: «¿Es bivo el señor de Galapia? Çertas si bivo es çierto so que él faría atal fecho como este, ca sienpre fue buen cavallero de armas; pero non podría ser, ca yo me açerté en su muerte e a su enterramiento. E él non dexó sinon un fijo muy pequeño; mas bien cuido que dieron las armas alguno por que se guiasen los otros». E tan çerca venían ya de los de la villa, que se podían entender unos a otros lo que se dezían. El Cavallero Zifar bolvió la cabeça e violos venir çerca de sí, e conosçió en las armas al señor de la hueste, las que viera antenoche. E venía en los delanteros e non venía otro con él sinon un fijo e otro cavallero, e eran muy çerca del alcantariella do tenía la otra gente el cavallero Zifar. E dio una bos a la su compañía e dixo: «Atendetme». E bolviose de rostro contra el señor de la hueste e puso la lança so el sobaco e dixo así: «Cavallero defendetvos». «¿E quién eres tú», dixo el señor de la

hueste, «que atanto te atreves?». «Çertas», dixo el Cavallero Zifar, «agora lo veredes». E fincó las espuelas al cavallo e fuelo ferir, e diole una grant lançada por el costado quel paso las guarniçiones, e metiose por el costado la lança bien dos palmos, e dio con él en tierra. La su gente como ivan viniendo, ivan feriendo sobre él e trabajávanse mucho de lo poner en el cavallo. E entretanto el Cavallero Zifar tornose con su gente e pasaron el alcantariella en salvo. E más merçed fizo Dios al Cavallero Zifar e a su gente; quel fijo del señor de la hueste, quando vio que el padre era derribado, fincó las espuelas al cavallo e fue ferir un cavallero de los de la villa; pero que lo non enpesçió, e metiose en la espesura de la gente e presiéronle, e así lo levaron preso a la villa.

E el duelo fue muy grande en la hueste, cuidando que su señor era muerto. E después que lo levaron a las tiendas del real e lo desnuyaron, fallaron que tenía una grant ferida en el costado. E quando demandaron por su fijo e non lo fallaron, toviéronse por mal andantes más de quanto eran; ca tovieron que era muerto o preso. E quando entró en su acuerdo el señor de la hueste, venieron los çerugianos a lo catar, e dixieron que lo guaresçerían muy bien con la merçed de Dios. E él se conortó quanto pudo e demandó por su fijo, e ellos le dixieron que era ido a andar por la hueste por asosegar su gente, e plogole mucho e dixo que lo fazía muy bien. Los cavalleros de la hueste enbiaron luego un cavallero de la hueste a la villa a saber del fijo de su señor si era muerto o preso.

De cómo un cavallero de los de la hueste fue a preguntar a los de la villa por el fijo de su señor, si era preso o muerto

E el cavallero quando llegó çerca de la puerta de la villa, fincó la lança en tierra e dixo que non tirasen saetas, que non venía sinon por saber una pregunta. E el velador que estava sobre la puerta le dixo: «Cavallero, ¿qué demandades?» «Amigo», dixo el cavallero, «dezitme qué sabedes del fijo del señor de la hueste, si es preso o muerto». «Çierto», dixo el velador, «non es muerto, mas es preso». «¿E es ferido?», dixo el cavallero. «Non», dixo el velador. «Çertas», dixo el cavallero, «muy mal escapamos nos desta cavalgada». E con tanto se tornó para los de la hueste e díxoles en cómo su fijo del señor de la hueste era preso e sin ferida ninguna.

De cómo el señor de la hueste se falló mal de aquella guerra e lo dixo a sus vasallos

E quando fue en la tarde açerca de bísperas, llamó el señor de la hueste aquellos omes buenos que solía llamar a su consejo, e preguntoles qué les semejava deste fecho. E los unos le dezían que non diese nada por ello, que Dios le daría mucho aína vengança; e los otros le dezían que tales cosas como estas sienpre acaecían en las batallas; e los otros le dezían que parase mientes si en esta demanda que fazía contra aquella dueña, si tenía derecho, e si non, que se dexase dello si quiera, por lo que contesçiera en este día en él e en su fijo. «¿Cómo?», dixo el señor de la hueste, «¿es muerto el mi fijo?». «Non», dixieron los otros, «mas es preso sin ferida ninguna». «¿E cómo fue preso?», dixo el

señor de la hueste. «Çertas», dixieron, «quando a vos ferieron, fue fincar las espuelas al cavallo, e fue ferir en aquellos, e metiose en un tropel e desapoderáronle». «¡Bendito sea Dios!», dixo el padre, «pues que bivo es mío fijo e sano. E amigos e parientes, quiérovos dezir una cosa: que si el sobrino me mataron en este logar, e el mío fijo tienen preso e a mí ferieron, creo que Dios que quiere ayudar a ellos e enpeçer a nos; ca yo tengo a la dueña tuerto grande, e le he fecho muchos males en este logar, ella non lo meresçiendo; por que ha mester que conoscamos nuestro yerro e nos repintamos dél e fagamos a Dios e a la dueña emienda; ca si non, bien creo que Dios nos lo querrá acaloñar más çiertamente».

Levantose un cavallero su vasallo, ome de Dios e de muy buen consejo, e fuele besar las manos, e díxole así: «Señor, gradesco mucho a Dios quanta merçed ha fecho a vos e a nos oy en este día, en vos querer poner en coraçón deconosçervos que tenedes tuerto a esta dueña: lo que nunca quesistes conosçer fasta agora, seyendo manifiesto a todas las gentes que era así. E por ende señor, cobrat vuestro fijo e demandat perdón a la dueña del mal que le fezistes, e seguratla de aquí adelante que de nos non resçiba mal; e yo vos seré fiador sobre la mi cabeça que Dios vos ayudará en todas las cosas que començardes con derecho, así como a esta dueña contra vos, e acabarlas hedes a vuestra voluntad». «Çertas, mío vasallo bueno e leal», dixo el señor de la hueste, «plázeme con lo que dezides, ca me consejades muy bien, a onra e a pro del cuerpo e del alma. Vos e estos omes buenos punad en lo levar adelante en aquella manera que entendierdes que mejor será. Pero querría saber quién fue aquel que me ferió». «¿Cómo?», dixo el cavallero, «¿querérgelo hedes acaloñar?». «Non», dixo el señor de la hueste, «mas querría lo conosçer por le fazer onra do quier que lo fallase; ca bien vos digo que nunca un cavallero vi que tan apuestamente cavalgase nin tan apoderado, nin tan bien feziese de armas como aqueste». «Agora señor», dixo el cavallero, «folgat esta noche, e nos cras andaremos en este pleito». «En el nonbre de Dios», dixo el de la hueste.

Aquí dexa de fablar la istoria del señor de la hueste, e fabla de la señora de Galapia

La señora de la villa, ante de matines, quando oyó el cuerno tocar en la villa para quererse ir los suyos contra los de la hueste, luego fue levantada e enbió por la muger del Cavallero Zifar, e sienpre estovieron en oraçión, rogando a Dios que guardase los suyos de mal, como aquella que tenía que si por sus pecados los suyos fuesen vençidos, que la villa luego sería perdida e ella e su fijo cativos e desheredados para sienpre. Mas Dios poderoso e guardador e defendedor de las biudas e de los huérfanos, veyendo quanto tuerto e quanta sobervia avía resçebido fasta aquel día, non quiso que resçebiese mayor quebranto, mas quiso que resçebiese onra e plazer en este fecho. E quando los sus cavalleros se estavan combatiendo en el real con los de la hueste, enbió una donçella a los andamios, que parase mientes en cómo fazían. E la donçella tornose e dixo: «Señora, en las tiendas del real del señor de la hueste ay tan grandes polvos que en los çielos contienen, en manera que non podiemos ver quién fazía aquel polvo; e porque arraya agora el sol, faze aquel polvo atan bermejo que semejava sangre; pero que vemos que

todos los otros que estaban enderredor de la villa se armavan quanto podían e van corriendo contra las tiendas del señor de la hueste do son aquellos polvos».

E quando la señora de la villa oyó estas palabras, cuidando que estaban ya bueltos en su batalla, e pensando que los suyos non podrían sufrir aquella gente contraria, que era muy grande, e que serían vençidos, teniendo su fijuelo en los braços, començó a pensar en ello e dio una grant bos como muger salida de seso, e dixo: «¡Santa María val!», e dexose caer en tierra transida, de guisa que su fijuelo se oviera a ferir muy mal si non que lo resebió en los braços la muger del Cavallero Zifar. Así que todas quantas dueñas y eran cuidaron que era muerta; de guisa que nin por agua que la echasen, nin por otras cosas quel feziesen non la podían meter en acuerdo. E el duelo e las bozes de las dueñas e de las donzellas fueron muy grandes en el palaçio; ca todas las donzellas e dueñas que avía en la villa todas eran y con ella; ca las unas tenían sus maridos en la hueste, e las otras sus hermanos e las otras sus parientes e sus padres e sus fijos, de que estaban con reçelo de ser muertos e ellas presas e cativas e toda la villa perdida.

*Del pesar que ovieron todos los de la villa que salieron a pelear con los de la hueste,
porque era muerta su señora*

Los que estaban en los andamios vieron salir un tropel de cavalleros de aquel polvo mucho espeso, e endreçavan contra la villa e venieron luego a la señora de la villa e dixieron por la conortar: «Señora, fe aquí los vuestros cavalleros do vienen sanos e alegres, loado sea Dios, e conortadvos». Pero della non podían aver repuesta ninguna; ante semejava a todos que era muerta. E después que los cavalleros pasados el alcantariella, e entraron en la villa e les dixieron estas nuevas de cómo la señora de la villa era muerta, pesoles muy de coraçón, e la grant alegría que traíen por la merçed que Dios les fiziera, tornóseles en grant pesar; e así como lo oyeron dexáronse caer todos de los cavallos en tierra, dando muy grandes bozes, e faziendo muy grant llanto.

*De cómo tornó en su acuerdo la señora de la villa por miraglo que mostró allí la Virgen
María, que alcançó de Nuestro Señor su Fijo*

E el Cavallero Zifar estava muy cuitado e llamolos a todos e díxoles así: «Dios nunca fue desigual de sus fechos, e pues él tan grant buena andança nos dio oy en este día, por razón della non creo que nos quiesiese dar atan grant quebranto otrosí por ella; ca semejaría contrario a sí mesmo en querer que el su comienço fuese bueno e malo el acabamiento; ca él sienpre suele començar bien e acabar mejor, e acreçentar bien en sus bienes e en sus dones, mayormente a aquellos que se tienen con él. E vayamos a saber cómo murió, ca yo non puedo creer que así sea; e por aventura nos mentieron».

Las dueñas estando enderredor de su señora, llorando e faziendo grant llanto, oyeron una bos en la capiella do estava su señora, que dixo así: «Amiga de Dios levántate, que tu

gente está desconortada e tienen que quanta merçed les fizo Dios mío fijo el Salvador del mundo oy en este día, que se les es tornada en contrario por esta tu muerte; e creí que voluntad es de mío fijo de endresçar este tu fecho a tu voluntad e a tu talante». Todas las dueñas que y estaban fueron mucho espantadas e maravilláronse onde fuera esta bos que allí oyeran tan clara e tan dulce. E tan grande fue la claridat entonce en la capiella que les tolliera la lumbre de los ojos, de guisa que non podían ver una a otra. E a poca de ora vieron a su señora que abrió los ojos e alçó las manos ayuntadas contra el çielo e dixo así: «¡Señora, Virgen Santa María, abogada de los pecadores e consoladora de los tristes, e guiadora de los errados e defendedora de las biudas e de los huérfanos que mal non meresçen! Bendito sea el fijo de Dios que por el Espíritu Santo en ti encarnó, e bendicho sea el fruto que de ti salió e nasció! Ca me tornaste por la tu santa piedat de muerte a vida, e me sacaste de grant tristeza en que estava e me traxiste a gran plazer». Todos los que y estaban oyeron muy bien lo que dezía, e enbiaron mandado a los cavalleros de cómo su señora era biva. Así que todos tomaron grant plazer e se fueron para allá, salvo ende el Cavallero Zifar, que se fue para su posada. E quando llegaron allá falláronla en su estrado asentada, llorando de los ojos con grant plazer que avía porque veía todos los de su conpañia sanos e alegres. E preguntoles e díxoles: «¿Qué es del buen Cavallero Zifar que conbusco fue?» E ellos le dixieron: «Señora, fuese para su posada». «¿E qué vos semeja dél?», dixo ella, «Señora», dixo un cavallero antigo, «juro verdad a Dios e a vos, que non creo que mejor cavallero sea en todo el mundo en armas e en todas buenas costunbres que este cavallero». «¿E ayudovos bien?», dixo ella. «Par Dios señora», dixo el cavallero, «él cometió el real del señor de la hueste muy de rezio e muy sin miedo, conortándonos e dándonos muy grant esfuerço para tazer lo mejor. E señora, non me semeja que palabra de ningunt ome tan virtuosa fue del mundo para conortar e para esforçar su gente como la de aqueste cavallero. E creet çiertamente que ome es de grant lugar e de grant fecho». La señora de la villa alçó las manos a Dios e gradesçiole quanta merçed le feziera en aquel día, e mandoles que fuesen para sus posadas. E desí desarmáronse todos e fueron comer e a folgar. La muger del Cavallero Zifar se quería ir para su marido, e ella non la dexó, ca travó con ella mucho afincadamente que comiese con ella, e ella ovo lo de fazer. E la señora de la villa la asentó consigo a la su tabla, e fízole mucha onra e deziendo así ante todos: «Dueña de buen lugar e bien acostunbrada e sierva de Dios, ¿quándo podré yo galardonar a vuestro marido e a vos quanta merçed me ha fecho Dios oy en este día por él e por vos? Çertas yo non vos lo podría gradesçer; mas Dios, que es poderoso galardonador de todos fechos, él vos dé el galardón que meresçedes; ca si non por vos el mío fijuelo muerto fuera, si non que lo reçebistes en los braços quando yo me iva derribar con él de los andamios como muger salida de entendimiento. Çertas yo non sé dó me caí, ca me semejó que de derecho en derecho que me iva para los andamios a derribar, con cuita e con reçelo que tenía en mi coraçón de ser vençidos aquellos cavalleros que por mí fueron contra los de la hueste, e yo ser presa e cativa e mío fijuelo eso mesmo; mas Dios por la su merced quiso que por el buen entendimiento e la buena cavallería e la buena ventura de vuestro marido fuésemos librados deste mal e deste peligro en que éramos». E desí començaron a comer e a beber e aver solas. E quantos manjares enbiavan a la señora de la villa, todos los enbiava al Cavallero Zifar, gradesçiéndole quanta merçed le avía Dios fecho.

De cómo la señora de la villa enbió por el fijo del conde que tenía preso, e de las cosas que allí fablaron delante todos en uno

E, quando fue ora de nona enbió por todos cavalleros de la villa e por el Cavallero Zifar que veniese ante ella. E llorando de los ojos dixo así: «Amigos e parientes e vasallos buenos e leales, ruégovos que me ayudedes a gradesçer a este cavallero quanto ha fecho por nos, ca yo non gelo podría gradesçer nin sabría, ca bien me semeja que Dios por la su merçed le quiso a esta tierra guiar por afinamiento desta guerra; pero que esto con muy grant reçelo que sea la guerra más afincada por razón del señor de la hueste que es ferido, e de su fijo que tenemos aquí preso. Ca él es mucho enparentado e de grandes omes e muy poderosos, e luego que sepan estas nuevas serán con él e con todo su poderío para vengarle». «Señora», dixo el Cavallero Zifar, «tomad buen esfuerço e buen conorte en Dios; ca él que vos defendió fasta el día de oy e vos faze mucha merçed, él vos sacará deste grant cuidado que tenedes, mucho a vuestra onra». «Cavallero bueno», dixo ella, «si fuera con el vuestro buen esfuerço e con vuestro entendimiento». «Çertas, señora», dixo él, «yo faré y lo que yo pudiere con la merçed de Dios». La señora de la villa les preguntó si sería bien enbiar por el fijo del señor de la hueste para hablar con él. Respondieron todos que sí, ca por aventura alguna carrera cataríe para afinamiento desta guerra; e luego enbiaron por él, e él vino mucho omildosamente e fincó los inojos ante ella.

«Amigo», dixo ella, «mucho me plaze conbusco, sábelo Dios». «Çertas, señora», dixo él, «bien lo creo, que quanto plaze a vos, tanto pesa a mí». «¿Cómo?», dixo ella, «¿non vos plaze de ser aquí conmigo bivo, ante que muerto?». «Çertas», dixo él, «sí, si mi padre es bivo, ca çierto só que fará y tanto por que yo salga desta presión; e si muerto es, yo non querría ser bivo». «¿E vuestro padre», dixo ella, «ferido fue?». «Çertas, señora», dixo él. «¿E quién lo ferió?», dixo ella. «Un cavallero», dixo él, «lo ferió que andava muy afincadamente en aquel fecho, e bien me semejó que nunca vi cavallero que atan bien usase de sus armas como aquel». «¿E conosçerlo íedes?», dixo ella. «Çierto», dixo él, «non, mas traíe las armas del vuestro marido». E ella sonriose un poco e díxole: «Amigo señor, sabedes vos que yo non tengo tuerto a vuestro padre, e hame fecho grandes daños e grandes males, e non sé por quál razón. Pero amigo, dezitme si podría ser por alguna carrera que se partiese esta guerra e este mal que es entre nos». «Çertas, señora, non lo y sé», dixo él, «si non una». «¿E quál es?», dixo ella. «Que casásedes conmigo», dixo él. E ella fincó los ojos en él e començó lo a catar, e non le dixo más; pero que el cavallero era mançebo e mucho apuesto e muy bien razonado e de muy grant lugar, e de más que su padre non avía otro fijo si non este. La señora de la villa mandó que lo llevassen de allí e que se fuesen todos, e que fincase el Cavallero Zifar e aquellos que eran de su consejo, e díxoles así:

De cómo la señora de la villa dixo al Cavallero Zifar si faría el casamiento, e él e los otros le dixieron que lo feziessse

«Amigos, ¿qué vos semeja deste fecho?» Callaron todos, que non y ovo ninguno que respondiese. E el Cavallero Zifar, quando vio que ninguno non respondía, dixo así: «Señora, quien poco seso ha, aína lo espiende, e ese poco de entendimiento que en mí es, quiero vos los dezir quanto en esta razón, so emienda destos omes buenos que aquí son. Señora», dixo el Cavallero Zifar, «veo que Dios vos quiere guiar a toda vuestra onra, non con daño nin con desonra de vuestro fijo; ca por vos casar con este cavallero fijo del señor de la hueste, tengo que es vuestra onra e grant vando de vuestro fijo. Ca esta villa e los otros castiellos que fueron de vuestro marido, todos fincarán a vuestro fijo, e vos seredes onrada e bien andante con este cavallero». E los cavalleros e los omes buenos que eran con ella otorgaron lo quel Cavallero Zifar dezía, e dixieron que lo catara muy bien, como ome de buen entendimiento. «Amigos», dixo la señora de la villa, «pues vos por bien lo tenedes, yo non he de salir de vuestro consejo. Catadlo e ordenadlo en aquella guisa que entendedes que es más a serviçio de Dios e a pro e a onra de mí e de mi fijo». E el Cavallero Zifar dixo que fincase este pleito fasta en la mañana, que fablasen con el fijo del señor de la hueste. E fuéronse cada uno para sus posadas a folgar.

De cómo el señor de la hueste enbió sus mandaderos para que fablasen con la señora de la villa e con los del su consejo

E otro día en la mañana, venieron seis cavalleros del señor de la hueste, muy bien vestidos en sus palafrés e sin armas ningunas, a la puerta de la villa. E los que estavan en las torres dixieron que se tirasen afuera, e si non, que los farían ende arredrar. «Amigo», dixo un cavallero dellos, «non fagades, ca nos venimos con buen mandado». «Pues ¿qué queredes?», dixo el de la torre. «Queremos», dixo el cavallero, «fablar con la señora de la villa». «¿E queriedes», dixo el de la torre, «que gelo feziere saber?». «Sí», dixo el cavallero. E el que estava en la torre se fue luego a la señora de la villa e díxole este mandado, de cómo seis cavalleros onrados de la hueste estavan a la puerta e que querían fablar con ella, e quel dixieron que venían con buenos mandados. «Dios lo quiera», dixo ella, «por su merçed». E luego enbió por el Cavallero Zifar e por los otros omes de la villa e díxoles de cómo aquellos cavalleros estavan a las puertas desde grant mañana, e si tenían por bien que entrasen, que fuesen allá algunos omes buenos de la villa que los aconpañasen. E ellos escogieron entre sí veinte cavalleros de los más ançianos e de los más onrados e enbiéronlos allá. E ellos abrieron las puertas de la villa e llegaron allí do estavan los seis cavalleros, e rogáronles que si querían entrar, e ellos dixieron que sí, para fablar con la señora de la villa. «Pues fazetnos omenaje», dixo el Cavallero Zifar, «que por vos nin por vuestro consejo non venga daño a la villa nin a ninguno de los que y son». «Çertas», dixieron los cavalleros, «nos así lo fazemos. ¿E vos segurádesnos», dixieron los cavalleros de la hueste, «que non resçibamos daño nin desonra por esta entrada?». «Nos vos aseguramos», dixieron los cavalleros de la villa, «que resçibades onra e plazer e non otra cosa ninguna que contraria sea». E así entraron en la villa e fuéronse para la señora de la villa que los estava atendiendo. E quando los vio entrar, levantose a ellos, e todos los otros que y eran con ella, e resçebiéronlos muy bien. E ellos dixieron que se asentasen todos e que dirían su mandado, e luego fiziéronlo así e estovieron muy aseogados. «Señora», dixo un cavallero de los que venieron de la hueste,

«nuestro señor el conde vos enbía mucho saludar». «Dios le dé salud», dixo la señora de la villa, «así como él la cubdiçia para mí». «¡Amén!», dixieron los caballeros de la hueste, «ca çiertos somos que querría vuestra onra e la vuestra salud; e non dudes, ca más bien ay de quanto vos cuidades». «¡Dios lo quiera!», dixo ella. «Señora», dixo el cavallero, «nuestro señor vos enbía decir así, que si Dios le da algunos enbargos en este mundo, e algunos enojos, e lo trae a algunos peligros dañosos, que gelo faze porque es pecador entre los pecadores, e señaladamente por el yerro que a vos tiene, vos non gelo meresçiendo, nin le faziendo por que, nin el vuestro marido, señor que fue deste lugar; ante dize que fue mucho su amigo en toda su vida, e quél que vos ha fecho guerra e mucho daño e mucho mal en aquesta vuestra tierra. E por ende tiene que si mayores enbargos le diese e mayores desonras de quantas le ha fecho fasta el día de oy, con grant derecho gelo faría. Onde vos enbía rogar quel querades perdonar, e él que será vuestro amigo e se terná conbusco contra todos aquellos que vos mal quesieren fazer. E esto todo sin ninguna infinta e sin ningunt entredicho; pero ante vos enbía a dezir que si vos ploguiere, que mucho plazería a él que el su fijo casase conbusco; ca vos sabedes que él non ha otro fijo heredero si non aquel que vos aquí tenedes en vuestro poder, e que luego en la su vida le daría estas dos villas grandes que son aquí çerca de vos, e ocho castiellos de los mejores que fueren aquí çerca en derredor». «Cavallero», dixo la señora de la villa, «yo non vos podría responder a menos que yo fablase con estos omes buenos de mío consejo. E tiradvos allá, e hablaré con ellos». «Çertas», dixieron ellos, «mucho nos plaze». E feziéronlo así.

De cómo los mandaderos hablaron con la señora de la villa el mandado de su señor el conde

La señora de la villa estando con aquellos omes buenos non dizía ninguna cosa e estava como vergoñosa e enbargada; e los omes buenos estávanse maravillando entre sí, e teniendo que era mal en tardar la repuesta, ca non era cosa en que tan grant acuerdo oviese aver, faziéndoles Dios tanta merçed como les fazia. E ellos estando en esto, levantose un cavallero anciano, tío de la señora de la villa, e dixo así: «Señora, tarde es bueno a las vegadas, e malo otrosí; ca es bueno quando ome asma de fazer algunt mal fecho de que puede nasçer algunt peligro, de lo tardar, e en tardando lo que puede fazer aína, puede le acaesçer alguna cosa que lo dexaría todo o la mayor parte dello. E eso mesmo del que quiere fazer alguna cosa rebatadamente de que se oviese después a repentir, dévelo tardar; ca lo deve primero cuidar en qual guisa lo deve mejor fazer, e desque lo oviere cuidado e emendado, puede más ir endresçadamente al fecho. E eso mesmo quando oviese camiadros el tiempo de bien en mal, de manera que los fechos non se feziesen así como conviene; ca en tal sazón como esta deven los omes sufrirse e dar pasada a las cosas que tornen los tienpos a lo que deven; ca más vale desviarse de la carrera mala e peligrosa, e tomar otra, maguer sea lueñe e desviada, que non ir por la mala e medrosa; ca quien bien va, non tuerçe maguer que tarde; mas quien oviese buen tiempo, para fazer las cosas, seyendo buenas, e toviere guisado de lo conplir, esto non lo deve tardar por ninguna manera, así como este buen propósito en que estamos, ca se puede perder por aventura de una ora o de un día. Mas endrésçese e fágase luego sin

tardança ninguna; ca a las vegadas quien tiempo ha e tiempo atiende, tiempo viene que tiempo pierde». «Çertas», dixo la señora de la villa, «en vuestro poder só. Ordenad la mi fazienda como mejor vierdes». E ellos estonçe fizieron llamar aquellos seis cavalleros del señor de la hueste, e preguntáronles que qué poder traían para afirmar estas cosas que ellos demandavan. E ellos dixieron que traían procuratorios muy conplidos que por quanto ellos fiziesen fincaría su señor, e demás que traían el su sello para afirmar las cosas que se ý feziesen.

De cómo el casamiento de la señora de Galapia e del fijo del conde fue firmado de aquellos cavalleros

E el tío de la señora de la villa les dixo: «Amigos, todas las cosas que demandastes vos en boz e en nonbre del conde vuestro señor, todas vos son otorgadas, e fáganse en el nonbre de Dios». E un cavallero de los del señor de la hueste dixo así: «Señora, ¿perdonades al señor de la hueste de quanto mal e de quanto daño e enojo vos fizo fasta el día de oy, e perdedes querella dél ante estos omes buenos que aquí son?» «Sí perdono», dixo ella, «e pierdo toda querella dél, si me guardare lo que vos aquí dixistes». «E yo vos fago pleito e omenaje», dixo el cavallero, «con estos cavalleros que son aquí conmigo, e yo con ellos por el señor de la hueste, que él que vos sea buen amigo en todo tiempo, e que vos cunpla todo lo que aquí diximos, e que se atenga conbusco contra todos aquellos que contra vos fueren. E desto rogamos a este notario público que faga ende un instrumento público, e por mayor firmeza firmarlo hemos con el sello de nuestro señor. Pero señora», dixo el cavallero, «¿qué me dezides de lo que vos enbía rogar el señor de la hueste sobre el casamiento de su fijo?». E ella calló e non le respondió ninguna cosa; e preguntógelo otra vegada e calló. E los otros veyendo que ella non quería responder a esta demanda, dixo el tío de la señora de la villa: «Cavallero, yo vos fago seguro en esta demanda que vos fazedes deste casamiento, que quando el señor de la hueste se viere con mi sobrina, que se faga de todo en todo, e se conplirá lo quél quisiere en esta razón, conpliendo a su fijo aquello que vos dixistes e de su parte». «¿Asegurasme vos?», dixo el cavallero. «Sí, aseguro», dixo el tío de la señora de la villa. «E yo resçibo vuestro asseguramiento», dixo el otro cavallero. E luego fue ende fecho un estrumento público.

De cómo los mandaderos fueron a su señor el conde con la respuesta de la señora de la villa

E luego los cavalleros se espedieron de la señora de la villa e de los otros que ý eran, muy alegres e muy pagados, e cavalgaron en sus palafrés e fuéronse para el señor de la hueste; e ivan rezando este salmo a alta bos: beati immaculati in via qui anbulant in lege domini. Çertas dizen bien, ca bien aventurados son los que andan e deven ser los que andan en buenas obras a serviçio de Dios.

Los de la hueste estaban esperando, e maravillávanse mucho de la tardança que fazían; ca desde grant mañana que fueron, non tornaron fasta ora de nona, atanto duro el tratado. E quando llegaron a su señor e él los vio, luego les preguntó e les dixo: «Amigos, ¿venídesme con pas?». «Çertas señor», dixieron ellos, «esforçatvos muy bien, que Dios lo ha traído a vuestra voluntad». «¿Cómo?», dixo él, «¿e so perdonado de la señora de la villa?». «Çertas», dixieron ellos, «sí». «Agora», dixo él, «só guarido en el cuerpo e en el alma, bendito sea Dios por ende». «Pues aún más traemos», dixieron ellos, «e sabemos que cosa es que vos plazerá mucho, ca traemos aseguramiento del tío de la señora de la villa, que quando vos vierdes con ella, que se faga el casamiento de vuestro fijo e della, cunpliendo vos aquello que le enbiastes prometer que le daríedes con vuestro fijo». «Çertas», dixo él, «mucho me plaze; e enbiat dezir a la señora de la villa que el domingo de grant mañana, a ora de prima, seré con ella, si Dios quisiere, e non como guerrero, mas como buen amigo de su onra e de su pro». E luego mandó que toda la gente otro día en la mañana que desçercasen la villa e se fuesen todos para sus lugares. E retovo en sí dos cavalleros de la mejor cavallería que ý avía, e mandoles que enbiasen las lorigas e las armas, e que retoviesen consigo los sus paños de vestir, que el domingo cuidavan fazer bodas a su fijo, con la merçed de Dios, con la señora de la villa. E todos los de la hueste fueron muy alegres e gradesçieronlo mucho a Dios, ca tenían que salíe de yerro e de pecado. E quando fue el domingo en la grant mañana, levantose el señor de la hueste e oyó su misa, e eso mesmo la señora de la villa, ca aperçebidos estaban e sabían que el señor de la hueste avía de ser esa mañana allí, e todos estaban muy alegres, mayormente de que vieron derramar la hueste e irse.

De cómo se fizo el casamiento de la señora de la villa con el fijo del señor de la hueste

Quando llegó el señor de la hueste a las puertas de la villa, mandaron gelas abrir e dixieronle que entrase quando quesiese. E todas las plaças de la villa e las calles eran de estrados de juncos. E todos los cavalleros le salieron a resçebir muy apuestamente. E las dueñas e las donzellas de la villa fazían sus alegrías e sus danças por la grant merçed que Dios les feziera en los librar de aquel embargo en que estaban. E el señor de la hueste llegó a la señora de la villa e saludola, e ella se levantó a él e dixo: «Dios vos dé la su bendición». E asentáronse amos ados en el su estrado e todos los cavalleros en derredor, e él començole a dezir palabras de solas e de plazer, e preguntole: «Fija señora, ¿perdonástesme de coraçón?» «Çertas», dixo ella, «sí, si vos verdaderamente me guardáredes lo que me enbiastes prometer». «Çerto só», dixo él, «que por el tuerto que yo a vos tenía, me veía en muchos embargos, e nunca cosa quería començar que la podiese acabar; ante salía ende con daño e con desonra. E bien creo que esto me fazía las vuestras plegarias que fazíades a Dios». «Bien cred», dixo ella, «que yo sienpre rogué a Dios que vos diese embargos por que non me veniese mal de vos, mas desde aquí adelante rogaré a Dios que vos endresçe los vuestros fechos con bien e en onra». «Gradéscavoslo Dios», dixo él. «E fija señora, ¿qué será de lo que vos enbié rogar con mis cavalleros en razón del casamiento de mío fijo?» E ella calló e non le respondió ninguna cosa. E el señor de la hueste fincó engañado, ca tovo que a ella non deviera fazer esta demanda». Llamó a uno de aquellos cavalleros que venieron con el mandado e díxole: «¿Quién es aquel

cavallero que vos aseguró del casamiento?» «Señor», dixo, «es aquel que está allí». Estonçe fue el señor de la hueste e tomolo por la mano e sacolo aparte e díxole: «Cavallero, ¿qué será deste casamiento? ¿Puedese fazer?» «Sí», dixo el cavallero, «muy bien». «¿E puedese fazer luego?» «Sí», dixo él, «si vos quesierdes». «Pues endreçaldo», dixo el señor de la hueste, «¡si Dios endreçe todos los vuestos fechos!» «Plázeme», dixo el cavallero. E fue a la señora de la villa e díxole que este casamiento de todo en todo que se delibrase. Dixo ella que lo feziese como quesiese, que todo lo ponía en él.

El cavallero fue luego traer al fijo del señor de la hueste que tenía preso. E quando llegaron ante la señora de la villa dixo el cavallero al señor de la hueste: «Demandat lo que quesierdes a mí e respondervos he.» «Demándovos», dixo el señor de la hueste, «a esta señora de la villa por muger para el mío fijo». «Yo vos lo otorgo», dixo el cavallero. «E yo vos otorgo el mío fijo para la dueña, comoquier que non sea en mío poder; ca non es casamiento sin él e ella otorgar». E otorgáronse por marido e por muger; enpero dixo el señor de la hueste: «Si mesura valiese, suelto devía ser el mío fijo sobre tales palabras como estas, pues pas avemos fecho». «Çertas», dixo la señora de la villa, «esto non entró en la pletesía, e mío preso es e yo lo devo soltar quando me yo quesiere; e non querría que se me saliese de manos por alguna maestría». «Çertas», dixo el señor de la hueste reyendo mucho, «me plaze quel ayades sienpre en vuestro poder». E enbiaron por el capellán, e preguntó al fijo del señor de la hueste si resçebía a la señora de la villa que estava y delante por muger como manda santa elesia. Él dixo que sí resçebía. E preguntó a ella si resçebía a él por marido, e ella dixo que sí. Quando esto ella vio, demandó la llave de la presión que él tenía; e la presión era de una çinta de fierro con un candado. E abrió ella el cannado e cayose la presión en tierra. E dixo el capellán: «Cavallero, ¿sodes en vuestro poder e sin ninguna presión?» «Sí», dixo él. «¿Pues resçebides esta dueña como santa elesia manda por muger?» Dixo él: «Sí resçibo». Allí se tomaron por las manos e fueron oír misa a la capiella, e desí ayantar. E después fueron los cavalleros a bofordar e a lançar e a fazer sus demandas e a correr toros e a fazer grandes alegrías. Allí fueron dados muchos paños e muchas joyas a joglares e a cavalleros e a pobres.

El señor de la hueste estava ençima de una torre, parando mientes como fazían cada uno, e vio un caballero mançebo fazer mejor que quantos y eran; e preguntó al tío de la señora de la villa: «¿Quién es aquel caballero que anda entre aquellos otros que los vence en lançar e en bofordar e en todos los otros trebejos de armas e en todas las otras aposturas?». «Un cavallero estraño es», dixo el tío de la señora de la villa. «Çertas», dixo el señor de la hueste, «aquel me semeja el que me ferió, e ruégovos yo mucho que enbiedes por él». «¿E cómo?», dixo el tío de la señora, «¿querédeslo mal?». «Çierto», dixo él, «non, ca a guisa de buen cavallero me firió». El tío de la señora de la villa enbió por el Cavallero Zifar. E él quando lo sopo que el señor de la hueste enbiava por él, temiose de aver alguna afruenta; pero con todo eso fuese para allá muy paso e de buen continente. E preguntole el señor de la hueste: «Cavallero, ¿ónde sodes?» «De aquí», dixo el Cavallero Zifar. «¿Natural?», dixo el señor de la hueste. «Çertas», dixo el Cavallero Zifar, «non, mas só del regno de Tarta, que es muy lexos de aquí». «¿Pues cómo venistes a esta tierra?», dixo el señor de la hueste. «Así como quiso la mi ventura», dixo el Cavallero Zifar. «Cavallero», dixo el señor de la hueste, «¿sodes vos el que travades las armas del señor deste logar el día que yo fui ferido?». Estonçe dixo el

Cavallero Zifar: «Ese cavallero que está ay çerca de vos lo sabe». «Non vos resçelede», dixo el señor de la hueste, «ca yo vos preçio mucho más por que tan buen cavallero sodes; e si vos sodes el que me feristes, yo vos perdono, e si quisierdes fincar aquí en esta tierra, heredarvos he muy bien, e partiré conbusco lo que oviere». «Grandes merçedes», dixo el Cavallero Zifar, «de todo quanto aquí me dexistes, más adelante es el mío camino que he començado, e non podría fincar si non fasta aquel tienpo que puse con la señora de la villa». «Cavalguemos», dixo el señor de la hueste. «Plázeme», dixo el Cavallero Zifar.

Cavalgaron e fueron andar fuera de la villa do andavan los otros trebejando e faziendo sus alegrías. E andando el señor de la hueste fablando con el Cavallero Zifar, preguntole dónde era e cómo fuera la su venida e otras cosas muchas de que tomava plazer. Era ya contra la tarde e conpliese los dies días que oviera ganado el cavallo quando mató al sobrino del señor de la hueste. E ellos estando así fablando, dexose el cavallo caer muerto en tierra. E el Cavallero Zifar se salió dél e parose a una parte. «¿Qué es esto?», dixo el señor de la hueste. «Lo que suele ser sienpre en mí», dixo el Cavallero Zifar, «ca tal ventura me quiso Dios dar que nunca de dies días arriba me dura cavallo nin bestia; que yo por eso ando así apremiado de pobre». Dixo el señor de la hueste: «Fuerte ventura es para cavallero, mas tanto vos faría que si por bien toviésedes, que vos conpliría de cavallos e de armas e de las otras cosas que menester ayades, si aquí quisierdes fincar». «Muchas gracias», dixo el Cavallero Zifar, «e non lo querades, ca vos sería muy grant costa, e a vos non conplía la mi fincada; ca loado sea Dios, non avedes guerra en esta vuestra tierra». «¿Cómo?», dixo el señor de la hueste, «¿el cavallero non es para al si non para guerra?» «Sí», dixo el Cavallero Zifar, «para ser bien acostunbrado e para dar buen consejo en fecho de armas e en otras cosas quando acaesçieren; ca las armas non tienen pro al ome si ante non ha buen consejo de cómo oviese de usar dellas». E el señor de la hueste enbió por un su cavallo que tenía muy fermoso, e diolo al Cavallero Zifar e mandolo sobir en el cavallo, e díxole: «Tomad ese cavallo e fazet dél de como de vuestro». «Muchas gracias», dixo el Cavallero Zifar, «ca mucho era mester». E desí veniéronse para el palaçio do estava la señora de la villa, e espediéronse della e fuéronse para sus posadas. E otro día en la mañana vino el señor de la hueste con toda su gente para la señora de la villa e fue entregado su fijo de las villas e de los castiellos que le avía prometido. E cada una de aquellas dos villas eran muy mayores e más ricas que non Galapia. E acomendó a Dios su fijo e a la señora de la villa e fuese para su tierra.

Agora dexa la fabla de todo lo acaesçido e fabla del Cavallero Zifar, de cómo se partió de aquella tierra con su muger e fijos

E el Cavallero Zifar moró y aquel mes que avía prometido a la señora de la villa, e el cavallo quel diera el señor de la hueste moriósele a cabo de dies días, e non tenía cavallo en que ir. Quando la señora de la villa oyó que se quería ir, pesole mucho e enbió por él e dixo así: «Cavallero bueno, ¿queredes vos ir?» «Señora», dixo él, «conplido he el mes que vos prometí». «¿E por cosa que vos ome dixiese fincaríades?», dixo ella. «Çertas», dixo él, «non, ca puesto he de ir más adelante». «Pésame», dixo ella, «tan buen cavallero como vos, por quien nos fizo Dios tanta merçed, en salir de la mi tierra; pero non puedo y

al fazer pues vuestra voluntad es. E tomad aquel mi palafrén, que es muy bueno, e denvos quanto quesierdes largamente para desponder, e guévos Dios». E él se espedió de la señora de la villa luego e la su muger eso mesmo, llorando la señora de la villa muy fuertemente por que non podía con él que fincase. E el tío de la señora de la villa le mandó dar el palafrén e le mandó dar muy grant aver. E salieron con él todos quantos cavalleros avía en la villa, travando con él e rogándole que fincase, e que todos le farían e servirían e catarían por él así como por su señor. Pero que dél palabra nunca podieron aver que fincaría; antes les dezía que su entençión era de se ir de todo en todo. E quando fueron redrados todos de la villa una grand pieça, partiose el Cavallero Zifar e díxoles así: «Amigos, acomiéndovos a Dios, ca ora es de vos tornar». «Dios vos gué», dixieron los otros; pero con grant pesar tornaron, llorando de los ojos.

De cómo una leona llevó a Garfín, el fijo mayor del Cavallero Zifar

Tanto andudo el Cavallero Zifar fasta que llegó a un reino que le dezíen Falac, de muy rica gente e muy apuesta. E quando se cunplieron los dies días después que salieron de Galapia, moriósele el cavallo quel diera la señora de la villa, de guisa que ovo de andar bien tres días de pie. E llegaron un día a ora de tercia cerca de un montezillo, e fallaron una fuente muy fermosa e clara, e buen prado enderredor della. E la dueña, aviendo grant piedat de su marido que veníe de pie, díxole: «Amigo señor, desçendamos a esta fuente e comamos esta fiambre que tenemos». «Plázeme», dixo el cavallero; e estudiaron çerca de aquella fuente e somieron de su vagar, ca acerca avían la jornada fasta una cibdat que estava cerca de la mar, quel dezían Mella. E después que ovieron comido, acostose el cavallero un poco en el regaço de su muger, e ella espulgándole, adormiose. E sus fijuelos andavan trebejando por aquel prado, e fuéronse llegando contra el montezillo. E salió una leona del montezillo e tomó en la boca el mayor. E a las bozes que dava el otro fijuelo que venía fuyendo, bolvió la cabeça la dueña e vio cómo la leona levava el un fijuelo, e començó a dar bozes. E el cavallero despertó e dixo: «¿Qué avedes?» «El vuestro fijuelo mayor», dixo ella, «lieva una bestia, e non sé si es león o leona, e es entrado en aquel monte». E el cavallero cavalgó luego en el palafrén de la dueña, e entró por el monte, pero que non falló ningunt recabdo dello. E tornose muy cuitado e muy triste e dixo a la dueña: «Vayámosnos para esta çibdat que está aquí çerca; ca non podemos aquí fazer si non gradesçer a Dios quanto nos fas, e tenérgelo por merçed».

De cómo el Cavallero Zifar e su muger perdieron el otro su fijo en la çibdat de Falac

E llegaron a la çibdat a ora de bísperas, e posaron en las primeras casas del alberguería que fallaron. E dixo el cavallero a la dueña: «Iré buscar que comamos e yerva para este palafrén». E ella andando por casa fablando con la huéspedada, saliole el palafrén de la casa, e ovo ella de salir en pos él, deziendo a los que encontrava que gelo tornasen. E el su fijuelo quando vio que non era su madre en casa, salió en pos ella llamándola, e tomó otra calle e fuese perder por la çibdat. E quando tornó la madre para su posada, non falló

su fijuelo, e dixo a la huéspedea: «Amiga, ¿qué se fizo mío fijuelo que dexé aquí?» «En pos vos salió», dixo ella, «llamando madre señora». E el Cavallero Zifar quando llegó e falló a la dueña muy triste e muy cuitada, e preguntole qué avía, ella dixo que Dios que la quería fazer mucho mal, ca ya el otro fijuelo perdido lo avía. E él le preguntó cómo se perdiera, e ella gelo contó. «Çertas», dixo el cavallero, «Nuestro Señor Dios derramar nos quiere; e sea bendito su nonbre por ende». Pero que dieron algo a omes que lo fuesen buscar por la çibdat, e ellos andudieron por la çibdat toda la noche e otro día fasta ora de terçia, e nunca podieron fallar recabdo dél, salvo ende una buena muger que les dixo: «Çertas, anoche después de bísperas, pasó por aquí dando bozes, llamando a su madre; e yo aviendo duelo dél llamelo e preguntele qué avía, e non me quiso responder, e bolvió la cabeça e fuese la calle ayuso». E quando llegaron con este mandado al cavallero e a su muger, pesoles muy de coraçón, señaladamente a la madre, que fizo muy grant duelo por él, de guisa que toda la vezindat fue y llegada. E quando lo oyó decir que en aquel día mesmo le avie levado el fijo mayor la leona de cerca de la fuente, e deste otro de como lo perdiera ese día, tomavan grant pesar en sus coraçones e grant piedat de la dueña e del cavallero que tan grant pérdida avían fecho en un día. E así era salida la dueña de seso que andava como loca entre todas las otras, deziendo sus palabras muy estrañas con grant pesar que tenía de sus hijos; pero que las otras dueñas la conortavan lo mejor que podían.

De cómo los marineros se llevaron a la muger del Cavallero Zifar en la nave, e dexaron a él solo

E otro día en la mañana fue el Cavallero Zifar a la ribera de la mar; e andando por y vio una nave que se quería ir para el reino de Orbín, do dezían que avía un rey muy justiçiero e de muy buena vida. E preguntó el Cavallero Zifar a los de la nave si le querían pasar allá a él e a su muger, e ellos dixiéronle que sí, si les algo diese. E el pleteo con ellos e fuese para la posada e díxole a su muger cómo avía pleteado con los marineros para que los levasen a aquel regno do era aquel buen rey. A la dueña plogo mucho, e preguntole que cuándo irían. «Çertas», dixo luego, «cras en la mañana, si Dios quisiere». La dueña dixo: «Vayamos en buen punto, e salgamos desta tierra do nos Dios tantos embargos fizo e quiere fazer». «¿Cómo?», dixo el Cavallero Zifar, «¿por salir de un regno e irnos a otro, cuidades fuir del poder de Dios? Çertas non puede ser, ca él es señor de los çielos e de la tierra e del mar e de las arenas, e ninguna cosa non puede salir de su poder. Así como contesçió a un enperador de Roma que cuidó fuir del poder de Dios; e contesçiole como agora oiredes dezir».

«Dize el cuento que un enperador ovo en Roma, e avía muy grant miedo de los truenos e de los relámpagos, e reçelándose del rayo del çielo que caía estonçe, e con miedo del rayo mandó fazer una casa so tierra, abrada con muy grandes cantos e muchas bobedas de yuso, e mientras nublado fazía, nunca de allí salíe. E un día venieron a él en la mañana pieça de cavalleros sus vasallos, e dixiéronle de cómo fazía muy claro día e muy fermoso, e que fuesen fuera de la villa a caça a tomar plazer. E el enperador cavalgó e fuese con los caballeros fuera de la villa. E él seyendo fuera quanto un migero, vio una nuvezilla en el çielo, pequeña, e cavalgó en un cavallo muy corredor para se ir a aquella casa muy

fuerte que feziera so tierra. E ante que allá llegase, seyendo muy çerca della, óvose estendido la nuve por el çielo, e fizo truenos e relámpagos, e cayó muerto en tierra, e está enterrado en una torre de la su casa fuerte, e non pudo fuir del poder de Dios. E ninguno non deve dezir: «Non quiero fincar en este lugar do Dios tanto mal me faze; ca ese mesmo Dios es en un lugar que en otro, e ninguno non puede fuir de su poder. E por ende le devemos tener en merçed que quier que acaesca de bien o de mejor, ca él es el que puede dar después de tristeza alegría, e después de pesar plazer; e esforçémosnos en la su merçed. E çierto só que en este desconorte nos ha de venir grant conorte». «¡Así lo mande Dios!», dixo ella.

E otro día en la mañana después que oyeron misa, fuéronse para la ribera de la mar para se ir. E los marineros non atendían si non viento con que moviesen. E desque vieron la dueña estar con el cavallero en la ribera, el diablo, que non queda de poner pensamientos malos en los coraçones de los omes, para fazer las peores cosas que pueden ser, metió en los coraçones de los señores de la nave que metiesen a la dueña en la nave, e el cavallero que lo dexasen de fuera en la ribera; e feziéronlo así. «Amigo», dixieron al Cavallero, «atendetnos aquí con vuestro cavallo en la ribera, que non cabremos todos en el batel, e tomaremos luego por vos e por otras cosas que avemos de meter en la nave». «Plázeme», dixo el cavallero, «e acomiéndovos esta dueña que la guardedes de mal». «Çertas, así lo faremos», dixieron los otros. E desque tovieron la dueña en la nave e les fizo un poco de viento, alçaron la vela e començaron de ir.

De cómo el Cavallero se partió de la ribera de la mar e se fue muy triste e muy desconsolado

E el cavallero andando pensando por la ribera non paró en ellos mientes, nin vido quando movieron la nave. E a poco de tiempo vio la nave muy lexos, e preguntó a los otros que andavan por la ribera: «Amigos, ¿aquella nave que se va, es la que va al regno de Orbín?» «Çertas», dixieron los otros, «sí». «¿E por mí avían de tomar?», dixo él. «Non desta vegada», dixieron los otros. «Vedes amigos», dixo el cavallero, «¡qué grant falsedat me han fecho! deziendo que tornarían por mí mentiéronme e levaron mi muger». Quando esto oyeron los otros fueron mucho espantados de tan grant enemiga como avían aquellos marineros fecho, e si podieran ý poner consejo, feziéranlo de muy buena mente. Mas tan lexos iva la nave e atan buen viento avían, que se non atrevieron a ir en pos ella. Quando el buen Cavallero Zifar se vio así desanparado de las cosas deste mundo que él más quería, con grant cuita dixo así: «Señor Dios, bendito sea el tu nonbre por quanta merçed me façes, pero Señor, si te enojas de mí en este mundo, sácame dél; ca ya me enoja la vida, e non puedo sufrir bien con paçiençia así como solía. E, Señor Dios, poderoso sobre todos los poderosos, lleno de misericordia e de piedat, tú que eres poderoso entre todas las cosas, e que ayudas e das conorte a los tus siervos en las sus tribulaçiones e ayudas los que bien quieres que derramas por las desaventuras deste mundo: así como ayudeste los tus siervos bien aventurados Eustachio e Teospita su muger e sus fijos Agapito e Teospito, plega a la tu misericordia de ayuntar a mí e a mi muger e a mis fijos que somos derramados por semejante. E non cates a los mis pecados, mas cata a la grant esperança

que ove sienpre en la tu merçed e en la tu misericordia; pero si aún te plaze que mayores trabajos pase en este mundo, fas de mí a tu voluntad; ca aparejado esto de sofrir que quier que me venga».

Mas Nuestro Señor Dios, veyendo la paçiençia e la bondat deste buen cavallero, enbióle una bos del çielo, la qual oyeron todos los que ý eran enderredor dél, conortándole lo mejor que podían, la qual bos le dixo así: «Cavallero bueno», dixo la bos del çielo, «non te desconortes ca tú verás de aquí adelante que por quantas desaventuras te avienieron que te vernán muchos plazer e muchas alegrías e muchas onras. E non temas que has perdido la muger e los fijos, ca todo lo abrás a toda tu voluntad». «Señor», dixo el cavallero, «todo es en tu poder, e fas como tovieres por bien». Pero que el cavallero fincó muy conortado con estas palabras que oía; e los otros que estavan por la ribera que oyeron esto, fueron mucho maravillados e dixieron: «Çertas este ome bueno de Dios es, e pecado fizo quien le puso en este grant pesar». E travaron con él que fincase ý en la villa, e quel darían todas las cosas del mundo que oviese mester. «Çertas», dixo el cavallero, «non podría fincar do tantos pesares he resçebido; e acomiéndovos a Dios». Cavalgó en su cavallo e fuese por una senda que iva ribera de la mar. E la gente toda se maravillavan destas desaventuras que contesçieran a este cavallero en aquella çibdat; ca por esta razón unos dezían de cómo llorava los fijos, deziendo que la leona le levava el uno çerca de la fuente, a la qual dizen agora la Fuente de la Leona; e el otro en cómo le perdiera en la villa; e los otros dezían de cómo aquellos falsos de la nave levaron su muger con grant traiçión e con grant enemiga.

De cómo el burgés dixo a los de la ribera de cómo fallara los sus fijos de aquel cavallero, e de cómo los profijara él e su muger

E ellos estando en esta fabla, sobrevino un burgés de los mayores e más ricos e más poderosos de la villa, e preguntó qué era aquello en que fablavan, e ellos contárongelo todo. «Çertas», dixo el burgés, «non son perdidos los sus fijos». «¿E cómo non?», dixieron los otros. «Yo vos lo diré», dixo el burgés. «Yo andando el otro día a caça con mis canes e con mi conpañia, sentí los canes que se espantavan mucho, e fui en pos ellos e fallé que ivan latiendo en pos una leona que levava una criatura en la boca muy hermosa, e sacudiérongela, e tomé yo la criatura en los braços e tráxela a mi posada. E porque yo e mi muger non avíamos fijo ninguno, roguel que quesiese quel porfijásemos, pues non le sabían padre nin madre; e ella tóvolo por bien e porfijámoslo. E quando fue en la tarde, estando mi muger a las feniestras con aquella criatura en braços, vio venir otra criatura muy hermosa del tamaño que aquella o poco menor, llorando por la cal; díxole: 'Amigo, ¿qué es?' E él non respondió. E la otra criatura que tenía en braços viola cómo iva llorando, e diole una bos, e el otro alçó los ojos e viole e fue llegándose a la puerta, faziendo la señal quel acogiesen; ca non sabía bien hablar. E la mi muger enbió una mançeba por él, e sobiógelo a la cámara. E los moços quando se vieron en uno començáronse abraçar e a besar, faziendo muy grant alegría como aquellos que fueron nasçidos de una madre e criados en uno e conosçíanse. E quando preguntavan a qualquier dellos: '¿Qué es de tu padre e de tu madre?' respondían: 'Non sé'. E quando yo llegué a la

posada, fallé a mi muger mucho alegre con aquella criatura que Dios le enbiara; e díxome así; 'Amigo señor, vedes ¡quán hermosa criatura me traxo Dios a las manos! E si a vos fizo merçed en esta otra criatura que vos dio, tengo que mejor la fizo a mí en querer me fazer graçia e enbiarme esta otra. Çertas creo que sean hermanos, ca se semejan; e pídvos por merçed que querades que porfijemos a esta criatura como fezimos a la otra'. E yo respondile que me plazía muy de coraçón, e porfijámoslo».

«¡O Nuestro Señor!», dixo el otro burgés, «e qué buenas nuevas para el cavallero si oviese quien gelas levar». «Çertas», dixo el otro, «yo quiero andar en su demanda estos ocho días, e si lo fallare dezirle he estas buenas nuevas». E tomó cartas de los omes buenos de la çibdat por que lo creyese, e cavalgó e fuese en demanda del cavallero. Pero tal fue la su ventura que nunca pudo fallar mandado dél, si era muerto o bivo, e tornose para la çibdat e dixo a los omes buenos como non podiera fallar recabdo ninguno del cavallero, e pesoles muy de coraçón. E todos punavan en fazer merçed e plazer a aquellas criaturas, e más el padre e la madre que los porfijaron, ca ellos eran muy plazenteros, e de muy buen donaire, e muy linpios e bien acostunbrados, maguer moços pequeños, ca así los acostunbrara e los nodresçiera aquella buena dueña que los falsos levaron en la nave, de que agora vos contará la estoria en cómo pasó su fazienda.

Agora dexa la istoria de fablar del Cavallero Zifar e fabla de su muger que fue levada en la nave por la mar

Dize el cuento que quando la dueña vio que los marineros movían su nave e non fueron por su marido, tobo que era caída en manos malas e que la querían escarnesçer; e con grant cuita e con grant pesar que tenía en su coraçón fuese por derribar en la mar. E tal fue la su ventura que en dexándose caer rebolviose la çinta suya en una cuerda de la nave, e los marineros quando la vieron caer fueron a ella corriendo, e falláronla colgada; e tiráronla e sobiéronla en la nave. «Amiga», dixo el uno de los de la nave, «¿por qué vos queredes matar? Non lo fagades, ca el vuestro marido aquí será mucho aína: ca por razón del cavallo, que non podiéramos de ligero meter en la nave, roguemos a otros marineros que estavan muy çerca de la ribera con su nave, que lo acogiesen y, e mucho aína será conbusco; e non dudedes. E demás, estos que están aquí todos vos quieren grant bien, e yo más que todos». Quando ella estas palabras oyó, entendió que eran palabras de falsedat e de enemiga, e dio una bos e dixo así: «Virgen Santa María, tú que acorres a los cuitados e a los que están en peligro, e acorre a mí, si entiendes que he mester». E desí tomáronla e fueron la meter en la saeta de la nave, porque non fuese otra vegada a se derribar en la mar, e sentáronse ayantar, ca era ya çerca de medio día.

E ellos estando comiendo e beviendo a su solas e departiendo en la fermosura de aquella dueña, la Virgen Santa María, que oye de buena mente los cuitados, quiso oír a esta buena dueña, e non consentió que resçebiese mal ninguno, segunt entendredes por el galardón que resçebieron del diablo aquestos falsos por el pensamiento malo que pensaron. Así que ellos estando comiendo e beviendo más de su derecho e de lo que avían acostunbrado, el diablo metioles en coraçón a cada uno dellos que quesiesen

aquella dueña para sí. E ovo a decir el uno: «Amigos, yo amo aquesta dueña más que a ninguna cosa del mundo e quiérola para mí; e ruégovos que non vos trabajedes ningunos de la amar; ca yo só aquel que vos la defenderé fasta que tome y muerte». «Çertas», dixo el otro, «yo eso mesmo faré por mí, ca más la amo que tú». Así que los otros todos de la nave, del menor fasta el mayor, fueron en este mal acuerdo e esta discordia, en manera que metieron mano a las espadas e fueron se ferir unos a otros, de guisa que non fincó ninguno que non fuese muerto.

De cómo la muger del Cavallero Zifar falló muertos a los que la llevavan en la nave, e los lançó en la mar fonda

E la dueña estava ayuso en la saeta de la nave, e oyó el ruido muy grande que fazían. E oía las bozes e los golpes, mas que non sabía que se era, e fincó muy espantada, de guisa que non osava sobir. E así fincó todo el día e la noche; pero estando faziendo, su oraçión e rogando a Dios quel oviese merçed. E quando fue el alva, ante que saliese el sol, oyó una bos que dezía: «Buena dueña, levántate e sube a la nave, e echa esas cosas malas que y fallarás en la mar, e toma para ti todas las otras cosas que y fallares; ca Dios tiene por bien que las ayas e las despiendas en buenas obras». E ella quando esto oyó gradesçioló mucho a Dios, pero dudava que por aventura que era enemiga de aquellos falsos, que llamavan para escarnesçerla. E non osava salir fasta que oyó otra bos; e díxole: «Sube e non temas, ca Dios es contigo». E ella pensó en estas palabras tan buenas e tan santas que non serían de aquellos falsos, e demás que si ellos quesiesen entrar a la saeta de la nave que lo podían bien fazer.

E subió a la nave e vio todos aquellos falsos muertos e finchados, e segunt la bos le dixiera tomávalos por las piernas e dava con ellos en la mar; ca tan livianos le semejavan como si fuesen sendas pajas, e non se espantava dellos, ca Dios le dava esfuerço para lo fazer e la conortava e ayudava. E ella bien veía e bien entendía que este esfuerço todo le venía de Dios, e dávale las graçias que ella podía, bendiçiendo el su nonbre e el su poder. E quando vio ella delibrada la nave de aquellas malas cosas, e barrida e linpia de aquella sangre, alçó los ojos e vio la vela tendida; que iva la nave con un viento el más sabroso que podiese ser. E non iva ninguno en la nave que la guiase, salvo ende un niño que vio estar ençima de la vela muy blanco e muy feroso. E maravillose como se podíe tener atan pequeño niño ençima de aquella vela. E este era Iesu Cristo, que veniera a guiar la nave por ruego de su madre Santa María. E así lo avía visto la dueña esa noche en visión. E este niño non se quitó de la dueña nin de día nin de noche fasta que la levó e la puso en el puerto do ovo de arriba, así como lo oiredes adelante.

La dueña andido por la nave catando todas las cosas que en ella eran, e falló y cosas muy nobles e de grant preçio, e mucho oro, e mucha plata, e mucho aljófar e muchas piedras preçiosas, e paños preçiados e muchas otras mercadurías de muchas maneras, así que un rey non muy pequeño se ternía por abondado de aquella riqueza; entre las quales cosas falló muchos paños tajados e guarnidos, de muchas guisas, e muchas tocas de dueñas segunt las maneras de las tierras. E bien semejó que avía paños e guarnimentos para

dozientas dueñas, e maravillose mucho que podría ser esto. E por esta buena andança alçó las manos a Nuestro Señor Dios e gradesçiole quanta merçed le feziera. E tomó desta ropa que estava en la nave, e fizo su estrado muy bueno en que seyese, e vestiose un par de paños los más ordenados que ý falló, e asentose en su estrado e allí rogava a Dios de día e de noche quel oviese merçed e quel diese buena çima a lo que avía començado. E bien dixo el cuento que esta ovo grant espanto para catar las cosas de la nave e saber qué eran e las poner en recabdo; e non era maravilla, que sola andava, e dos meses andido sola dentro en la mar desde el día que entró en la nave, fasta que arribó al puerto. E este puerto do arribo era la çibdat de Galán, e es en el regno de Orbín.

De cómo entró un ome en una nave por saber quién venía en ella, e de cómo falló a la dueña e lo fue a dezir al rey su señor

E en aquella çibdat estava el rey e la reina, faziendo sus fiestas muy grandes por la fiesta de Santa María, mediado agosto. E la gente que estava ribera de la mar vieron aquella nave que estava parada en el puerto, la vela tendida, e faziendo muy grant viento, non se moviendo a ninguna parte. E maravilláronse mucho, de guisa que entraron muchos en bateles e fueron allá a saber qué era. E llegaron a la nave e vieron en cómo non tenía áncoras, e tovieron que era miraglo de Dios, así como lo era, e non se atrevía ninguno de sobir en la nave; pero uno dellos dixo que se quería aventurar a subir, a la merçed de Dios, a saber qué era; e subió a la nave. E desque vio la nave así, e la dueña asentada en un estrado muy noble a maravilla, fue mucho espantado e díxole así: «Señora ¿quién sodes vos, o dezitme quién guía esta nave?» «¿E vos sedes cavallero?», dixo ella. «Çertas», dixo él, «non». E por ende non se quiso levantar a él. «¿E por qué non respondedes», dixo él, «a la mi demanda?». Dixo ella: «Porque non es vuestro de lo saber agora quién só yo». «Señora», dixo él, «¿decirlo hedes al rey si acá veniere?» «Çertas», dixo ella, «razón es, ca por él vine de la mi tierra». «¿E esta vuestra nave», dixo el ome, «cómo está así sin áncoras ningunas?». «Está así como vos vedes», dixo ella, «en poder de aquel que la mantiene, e la guía pues la mantiene». «¿E quién la guía?», dixo él. «Aquel que mantiene e guía todas las cosas», dixo ella. «Pues señora, iré al rey», dixo él «con este mandado e con estas nuevas». «Dios vos guíe», dixo la dueña. Descendió a su batel e fuese para los otros, que se maravillavan mucho de su tardança, e preguntáronle que en qué tardara, o qué era aquello que viera allá. «Tardé», dixo él, «por una dueña que fallé allá, de las más fermosas del mundo e muy bien razonada; mas por cosa que me dixiese non pude saber nin entender ninguna cosa de su fazienda». Desí fuéronse para el rey, que estava en la ribera con la reina e con muy grant gente a saber qué era aquello.

De cómo el rey de Orbín subió a la nave e supo toda la fazienda de la dueña e cómo arribara allí a aquel reino

El que subió a la nave dixo al rey: «Dezírvoslo he lo que vi en aquella nave». E contógelo todo quanto pasara con aquella dueña e quantas buenas repuestas le diera, en manera que

entendió el rey por las repuestas que esta dueña era de Dios e de buen entendimiento. E metiose en una galea e otros muchos con él, e otros en otras barcas, e fuéronse para la nave. E quando llegaron a la nave maravilláronse de cómo estava queda, non teniendo áncoras ningunas, e dudaron los que ivan allá, e dixieron al rey: «Señor, non te aventuras a cosa que non sabes qué es». E el rey era muy buen cristiano e díxoles así: «Amigos, non es este fecho del diablo, ca el diablo non ha poder de retener los vientos e las cosas que se han a mover por ellos; mas esto puede ser fecho por el poder de Dios que fizo todas las cosas e las ha a su mandado. E por ende quiero me aventurar a lo de Dios, en el su nonbre, e ponerme he en la su merçed». E poca de gente, de aquellos qué él escogió, subió a la nave. E quando la dueña vio que traía una corona de oro en la cabeça e una pértiga de oro en la mano, entendió que era rey e levantose a él e fue por le besar las manos.

El rey non quiso e fuese sentar con ella al su estrado, e preguntole quién era. E ella le dixo que era una dueña de tierra de las Indias que fincara desanparada de su marido e que non sabía si era muerto o si era bivo, tiempo avía. E el rey de aquella tierra que era muy crúo e muy sin justiçia, e que oviera miedo dél quel tomaría todas sus riquezas; e porque oyera dezir dél que era buen rey e justiçiero, que quesiera bevir a la su sonbra, e que feziera cargar aquella nave de todas las riquezas que avía, e que se veniera para él. «¿Cómo», dixo el rey, «viene esta nave sin gente e sin governador? ¿Non salió de allá gente conbusco?» «Çertas», dixo ella, «señor, sí salió». «¿E pues qué se fizo la gente?», dixo él. «Señor, fazíanme grant falsedat e grant enemiga», dixo ella, «e por sus pecados matáronse unos a otros queriendo me escarnesçer, ca así gelo avía puesto el diablo en sus coraçones». «¿Pues quién vos guía la nave?», dixo el rey. «Señor», dixo ella, «non sé al si non el poder de Dios e un moço pequeño que está ençima de aquella vela, que la guía segunt es el mío cuidar».

E el rey alçó los ojos e vido una criatura muy fermosa ençima de la vela, así como ome que santigua, e él entendió que era el fijo de Dios, e fincó los inojos e adoloro, e dende en adelante non paresçió aquella criatura. E el rey enbió luego a la reina que saliese a la ribera con todas las otras dueñas e donzellas de la villa con las mayores alegrías que podiesen. E desí tomáronla e desçendiéronla a la galea, e mandó el rey que echasen las áncoras e baxasen la vela de la nave, e dexó muy buenas guardas en ella que guardasen bien todas las cosas. E venieron su paso a la ribera, faziendo los de la mar muy grandes alegrías e muchos trebejos; e quando llegaron a la ribera, estava y la reina, e muchas donzellas faziendo sus danças. E desí salió el rey de la galea e tomó la dueña por la mano e dixo así: «Reina, resçebit estas donas que vos Dios enbió, ca bien fío por la su merçed que por esta dueña verná mucho bien a nos e a nuestra tierra e a nuestro regno». «E yo en tal punto la resçibo», dixo la reina, e tomola por la mano e fuéronse para el palaçio e toda la gente con ellos. E la reina iba preguntando de su fazienda e ella respondiendole lo más bien, a guisa de buena dueña e de buen entendimiento, de guisa que fue muy pagada della e díxole así: «Dueña, si vos ploguiese, dentro en las nuestras casas moraredes comigo, porque vos podamos ver cada día e hablar en uno». «Señora», dixo ella, «como mandardes». E así fincó con la reina más de un año en las sus casas, que non se partió della, e tenía la reina que fazia Dios a ella e a el rey e a toda su tierra bien por esta dueña. E señaladamente tenían los de la tierra que la plantía grande que ese año oviera a demás,

que todo les viniera por la oración que fazíe esta buena dueña, e por ende la amavan e la onravan mucho.

De cómo la dueña, muger del Cavallero Zifar, fizo un monesterio de monjas en el reino de Orbín donde ella estava

E esta buena dueña luego que vino fizo sacar el su aver de la su nave, e pidió por merçed al rey e a la reina quel diesen un solar de casas do podiese fazer un monesterio de monjas, e ellos diérongelo de muy buena mente. E la dueña tan acuçiosa fue en aquella lavor de aquel monesterio que a cabo de un año fue todo acabado. E después pidió por merçed al rey e a la reina que quesiesen poblar aquel monesterio, non porque ella quesiese entrar en la orden, ca esperança avía ella en la merçed de Dios de ver a su marido, mas para lo poblar de muy buenas dueñas e fazer ý su abadesa. E pedioles quel diesen liçençia a todas las dueñas e a todas las doncellas que quesiesen entrar en aquel monesterio, que traxiesen lo suyo libremente.

E el rey e la reina toviéronlo por bien e mandaron pregonar por toda la tierra que todas aquellas dueñas e donzellas que quesiesen en aquel monesterio entrar, que veniesen seguramente a serviçio de Dios, e que gelo gradesçerían mucho. E venieron pieça de dueñas e de donzellas, más de quatroçientas, e ella escogió dellas dozientas, las que entendió que conplían para el monesterio, que podiesen sofrir e mantener la regla de la orden. E fecha ý una abadesa muy fija dalgo e muy buena cristiana, e heredó el monesterio muy bien e dotolo de muchas villas e castiellos que compró, de muchas heredades buenas e de mucho ganado, e de aquellas cosas que entendían que conplían al monesterio, de guisa que non oviese mengua en ningunt tienpo. E es de la orden de Sant Benito e oy en día le dizen el monesterio de la Dueña Bendicha. E las otras dueñas e donzellas que fincaron e non podieron caber en el monesterio, casolas e heredolas, e las que casó vestiolas de aquellos paños que en la nave tenía, muy nobles e muy preciados, de guisa que la reina e las otras dueñas que lo veían se maravillavan mucho de quán nobles paños eran.

E veyendo la dueña que la reina se pagava de aquellos paños, enbiole un grant presente dellos, e dellos fechos e dellos por fazer, e mucho aljófar e muchas cosas e otras joyas preçiadas. E la reina fue maravillada que fuera la razón por que traía tantos paños fechos e adovados, e preguntole: «Dueña, ¿dezitme hedes por qué traedes tantos paños?» «Señora», dixo ella, «yo vos lo diré. Este monesterio que yo aquí fis de dueñas, cuidelo fazer en mi tierra, e en mi propósito fue de lo conplir de casadas al tantas como fuesen en el monesterio, e mandé fazer estos paños; e con miedo del rey que con codiçia me quería tomar todo lo que oviese, ove de venir acá a esta estraña tierra». «Bendicho sea Dios», dixo la reina, «e el día en que vos pensastes este pensamiento, e sea bendito el nonbre de Dios que acá vos guío, e bendichos sean los días en que vos avedes a vevir, e ayades buena çima dellos así como vos codiçiadés». «Amén», dixo la dueña. En este monesterio estovo la dueña del día que llegó aquella çibdat e lo ovo fecho, fasta nueve años, muy onrada e muy amada e muy vesitada de toda la buena gente de la tierra. E conplidos los

nueve años, pidió por merçed al rey e a la reina que la dexasen ir para su tierra a ver sus parientes e sus amigos e murir entrellos.

De cómo la muger del Cavallero Zifar se partió de aquel reino de Orbín e se fue bevir a otra tierra estraña

Quando lo oyeron el rey e la reina fueron mucho espantados e resçebieron muy grant pesar en sus coraçones por que se quería ir, e dixo el rey: «¡Ay! buena dueña, amiga de Dios, por Dios non nos desanpares, ca mucho tenemos que si vos ides, que non irá tan bien a esta tierra de como fue fasta aquí desque vos venistes» Dixo ella: «Señor, non podría fincar, ca a vos non ternía pro la mi fincança e a mí tornarse íe en muy grant daño. E hevos aquí estas dueñas en este monesterio, muy buenas cristianas, que rueguen a Dios por vos e por la reina e por endreçamiento de vuestro regno. E vos señor, guardat e defendet el monesterio e todas las cosas e onralde, e Dios por ende guardará a vos en onra; ca mucho bien vos ha Dios a fazer por las oraçones destas buenas dueñas». «Çertas», dixo el rey, «así, lo faremos por lo de Dios e por el vuestro amor». «Señor», dixo ella, «mandat me vender una nave destas del puerto, ca la mía vieja es e podrida es». «Dueña», dixo el rey, «yo vos mandaré dar una de las mías, de las mejores que ý fueren, Oe mandarvos he dar todo lo que ovierdes mester». «Muchas graçias», dixo la dueña, «mas señor, mandat me dar la nave e a omes seguros que vayan conmigo en ella; ca yo he aver asas, ¡loado sea Dios!». E el rey mandó dar la nave e muy buenos omes que fuesen con ella, e ella fizo ý meter muy grant aver que tenía e muchas joyas, e espediose del rey e de la reina e de toda la gente de la çibdat, e fue se meter en la nave para fincar ý la noche fasta otro día que oviesen viento para mover. ¡Ay Dios! ¡Cómo fincaron desconortados el rey e la reina e todos los otros de la tierra quando la vieron ir a la nave! Ca grant alegría fizieron el día que la resçebieron, e muy grant tristeza e muy grant pesar ovieron al partir.

De cómo apareşció a la dueña el niño que le solía apareşcer en el mástel de la nave que gela guiava las otras vegadas

E otro día en la grant mañana, la buena dueña alçó los ojos a ver si fazía viento, e vio estar ençima del mástel aquella criatura mesma que estava ý a la venida, que guiava la nave. E ella alçó las manos a Dios e dixo así: «¡Señor, bendito sea el tu nonbre, que tanta merçed me fazes, e tan bien aventurado es aquel que tú quieres ayudar e guiar e endreçar, así como fazes a mí tu sierva, por la tu santa piedat e la tu santa misericordia!» E estando en esta oración, un ome bueno que iva con ella a quel acomendara el rey el gobierno de la nave, díxole así: «Señora, ¿en qué estás, o qué guiador demandas para la nave? ¡Ay otro guiador si non yo?» «Çertas sí», dixo ella, «e alçad la vela e endreçalda e dexalda andar en el nombre de Dios». El ome bueno fízolo así e después vínose para el gobierno tomar, e fallolo tan fuerte e tan rezio que lo non podía mover a ninguna parte, e fue mucho espantado e dixo: «Señora, ¿qué es esto? que non puedo mover el gobierno».

Dixo ella: «Dexalde; ca otro le tiene de mayor poder que vos; e id folgar e trebejar con aquella conpañia e dexatla andar en buen ora». E la nave moviose con muy buen viento que fazia, e iva muy endresçadamente; e todos los de la nave se maravillavan ende e dezían entresí: «Este es el poder de Dios que quiere guiar a esta buena dueña, e por amor della fagámosle la onra que podiéremos e sirvámosla muy bien». E ella estava pensando en su marido si lo podría fallar bivo, lo que non cuidava si non fuese por la merçed de Dios que lo podría fazer.

Dexa la istoria de fablar de la dueña e fabla de lo que contesçió a su marido el Cavallero Zifar con el hermitaño

Onde dize el cuento que este su marido quando se partió della de la ribera donde gela tomaron, que se fue la ribera arriba, así como lo oístes de suso, e en la montaña sobre la ribera falló una hermita de un ome bueno siervo de Dios que morava en ella; e díxole: «Amigo, ¿puedo aquí albergar esta noche?» «Sí», dixo el hermitaño, «mas non he çevada para vuestro cavallo que traedes». «Non nos incal», dixo el cavallero, «ca esta noche ha de ser muerto». «¿Cómo?», dixo el hermitaño, «¿lo sabedes vos eso?». «Çertas», dixo el cavallero, «porque se cunplen oy los dies días que lo tengo, e non se podría más detener que non muriese». «¿E cómo», dixo el hermitaño, «lo sabedes vos esto?». «Porque es mi ventura que me non duran más de dies días las bestias». E ellos estando en este departimiento cayó el cavallo muerto en tierra. Desto fue el hermitaño mucho maravillado e díxole así: «Cavallero, ¿qué será de vos de aquí adelante, o cómo podredes andar de pie pues duecho fuerdes de andar de cavallo? Plazerme ía si quisiédes folgar aquí algunt día, e non vos meter a tanto trabajo atan aína». «Çertas», dixo el cavallero, «mucho vos lo agradezco; si quier unos pocos dineros que tengo despenderlos he aquí conbusco; ca muy quebrantado ando de grandes cuidados que me sobrevenieron, más de los que avía de ante que a la çibdat de Mela llegase». E desí fíncó en aquella hermita con aquel hermitaño, rogando a Dios quel oviese merced. E en la ribera de la mar so la hermita avía una choça de un pescador do iva por pescado el hermitaño quando lo avía mester.

De cómo el ribaldo dixo al hermitaño que se quería ir a solazar un poco con aquel cavallero

En la choça del pescador avía un ribaldo, e quando se iva el su señor veníe el ribaldo a la hermita aver solas con el hermitaño. E ese día que llegó y el cavallero, vino y, el ribaldo e preguntol quién era aquel su huésped; e él díxole que un cavallero viandante que llegara y por su ventura; e que luego que y fuera llegado le dixiera que se avía de murir el su cavallo, e que le non durava ninguna bestia más de dies días e que se cunplíen ayer, e que non podría más vevir el su cavallo; e luego que cayera en tierra muerto. «Çertas», dixo el ribaldo, «creo que es algunt cavallero desaventurado e de poco recabdo, e quiero me ir para él e dezirle he algunas cosas asperas e graves e veré si se moverá a saña o cómo me

responderá». «Ve tu vía, ribaldo loco», dixo el hermitaño. «¿Cuidas fallar en todos los otros omes lo que fallas en mí, que te sufro en paçiençia quanto quieres dezir? Çertas de algunos querrás dezir las locuras que a mí dizes, de que te podrás mal fallar, e por aventura que te contesçerá con este cavallero, si te non guardares de dezir neçedat». «Verdat es lo que vos dezides», dixo el ribaldo, «si este cavallero es loco de sentido; ca si cuerdo es e de buen entendimiento, que non me responderá mal; ca la cosa del mundo en que más proeva el ome si es de sentido loco, si es en esto: que quando le dizen alguna cosa áspera e contra su voluntad, que se mueve aína a saña e responder mal, e el cuerdo non; ca quando alguna cosa le dicen desaguisada, sabe lo sufrir con paçiençia e dar respuesta de sabio. E por aventura», dixo el ribaldo, «que este cavallero es más paçiente quanto vos cuidades». «Dios lo mande», dixo el hermitaño, «e que non salga a mal el tu atrevimiento». «Amén», dixo el ribaldo, «pero que me conviene de lo provar, ca non enpesçe provar ome las cosas, si non si la proeva es mala». «Deso he yo miedo», dixo el hermitaño, «que la tu proeva sea non buena; ca el loco en lo que cuida fazer plazer a ome, en eso le faze pesar; por ende non es bien resçebido de los omes buenos. E guárdete Dios non te contesca como contesçió a un asno con su señor». «¿E cómo fue eso?», dixo el ribaldo. «Yo te lo diré», dixo el hermitaño.

Del enxemplo que dio el hermitaño al ribaldo sobre lo que dixo que diría al Cavallero Zifar

«Un ome bueno avía un caramiello que tenía en su cámara, de que se pagava mucho e tomava plazer con él. E avía un asno en quel traían lleña e las cosas que eran mester para su casa. E un día estando el asno en su establo muy folgado, e avía días que non trabajava, vio a su señor que estava trebejando e jugando con aquel caramiello e falagándolo, e el caramiello poniéndole las manos en los pechos de su señor, e saltándole e corriendo delante él; e pensó entre sí el asno, e semejole que pues él más servía a su señor que aquel caramiello, que non fazia al si non comer e folgar, que bien podría él ir a trebejar con él. E desatose e fuese para su señor, corriendo delante dél, alçando las coçes, e púsole las manos sobre la cabeça de guisa quel ferió mal. E dio muy grandes bozes el señor e venieron sus servientes e diéronle palancadas al asno fasta que lo dexaron por muerto.

E fue con grant derecho, ca ninguno non se deve más atrever de quanto la natura le da. Onde dize el proberbio, que lo que la natura niega, ninguno lo deve cometer. E tú sabes que non te lo da la natura, nin fueste criado entre los omes buenos, nin sabes bien razonar; e este cavallero paresçe como de alfaja, e de buen entendimiento, e por aventura que cuidases dezir algo antél e dirás poco recabdo». «Andat, ome bueno», dixo el ribaldo, «que necio me faría sienpre si non provase las cosas. ¿E non sabes», dixo el ribaldo, «que la ventura ayuda aquellos que toman osadía? E por aventura que puedo yo aprender buenas costunbres deste cavallero a ser bien andante con él». «¡Dios lo mande!», dixo el hermitaño, «e vete e sey cortés en tus palabras, ¡sí Dios te ayude!». «Así lo faré», dixo el ribaldo; e fuese para el cavallero, e en lugar de dezirle: «¡Salve vos Dios!», díxole estas palabras que agora oiredes.

De las preguntas que fizo el ribaldo al Cavallero Zifar e de lo que él le respondía a todas ellas

«Cavallero desaventurado, ¿perdiste tu cavallo e non muestres ý pesar?» «Non lo perdí yo», dixo el cavallero, «porque non era mío; ca lo tenía en acomienda fasta dies días e non más». «¿Pues crees», dixo el ribaldo, «que lo non peches a aquel que te lo acomendó, pues en tu poder murió e por aventura por mala guarda?». «Non pecharé», dixo el cavallero, «ca aquel lo mató cuyo era e avía poder de lo fazer». «Pues así es», dixo el ribaldo, «yo te dó por quito de la demanda». «Muchas graçias», dixo el cavallero, «porque tan buen juicio diste, e bien semeja que eres ome de entendimiento; ca sin buen entendimiento non podría ser dado atan buen juizio». E el ribaldo díxole al cavallero: «Non me respondas con lisonja o con maestría, cuidando así escapar de mí, ca mucho más sé de quanto vos cuidades». «Çertas», dixo el cavallero, «a cada uno dio Dios su entendimiento. Bien creo que pues ome te fizo, algunt entendimiento te dio, e tengo que con entendimiento dezides quanto dezides». E el ribaldo se partió dél muy pagado e fuese para su cabaña.

E otro día recudió al cavallero e díxole: «Cavallero desaventurado, mal dizen de ti los omes». «Çertas bien puede ser», dixo el cavallero, «ca sienpre dizen mal los que bien non saben; e por ende con igual coraçón debe ome oír de nuestos de los nesçios». E el ribaldo le dixo: «Cavallero desaventurado, pobre eres e muy grave cosa es la pobredat para tal ome como tú». «Çertas», dixo el cavallero, «más grave só yo a la pobredat que ella a mí; ca en la pobredat non ay pecado ninguno si la bien sufre ome con paçiençia, mas el que non se tiene por abondado de lo que Dios le da, peca por ende. E creí que aquel es pobre el que por pobre se tiene, e non es rico el que más ha, mas el que menos codiçia». El ribaldo le dixo: «Cavallero desaventurado, muchos tuertos has de resçibir». «Plázeme», dixo el cavallero, «porque non puedo nin los quiero fazer a ninguno». El ribaldo le dixo: «Cavallero desaventurado, nunca serás poderoso». «Çertas», dixo el cavallero, «mientras que oviere paçiençia e alegría bien abré poder en mí; e creí que aquel non es poderoso el que non ha poder en sí». El ribaldo le dixo: «Cavallero desaventurado, nunca serás tan rico como, aquel señor de aquel castiello que allí paresçe». «¿Del señor de aquel castiello me fablas?», dixo el cavallero. «Sepas que arca es de bolsas de enbidia peligrosa; ca todos le han enbidia por le desfazer». El ribaldo le dixo: «Cavallero desaventurado, dígotte que grand algo ha». «Non lo ha», dixo el cavallero, «si escaso es, ca non lo sabe lograr; e si desgastador es, non lo avrá, ca la su vida non la sabe tenplar». El ribaldo le dixo: «Cavallero desaventurado, muchos aconpañan a aquel rico». «¿Qué maravilla es?», dixo el cavallero; «ca las moscas siguen a la miel e los lobos a la carniça e las formigas al trigo; mas creas por çierto que aquella conpañia que tú ves non servían nin sirven aquel rico, mas siguen la prea e lo que cuidan ende sacar». El ribaldo le dixo: «Cavallero desaventurado, rico eras e perdiste tu aver». «Çertas», dixo el cavallero, «bien aventurado es aquel que perdió con él la escasedat». «Pero perdiste tu aver», dixo el ribaldo. «Natura es del aver», dixo el cavallero, «de andar de mano en mano, e por ende debes creer que el aver nunca se pierde; e sepas que quando lo pierde uno otro lo gana; e sepas que quando yo lo ove, otro lo perdió». «Pero», dixo el ribaldo, «perdiste tu aver». «¿E por qué me

sigues?» dixo el cavallero, «ca mejor fue en que lo perdí yo, que non perdiese ello a mí». «Cavallero desaventurado», dixo el ribaldo, «perdiste los fijos e la muger, ¿e non lloras?». «¿Qué ome es», dixo el cavallero, «quien llora muerte de los mortales? ¿Ca qué pro tiene el llorar, en que aquello por que llora non se puede cobrar? Çertas si las vidas de los muertos se podiesen por lágrimas recobrar, toda la gente del mundo andaría llorando por cobrar sus parientes o sus amigos; mas lo que una vegada deste mundo pasa, non puede tornar si non por miraglo de Dios, así como Lázaro, que fizo resucitar Nuestro Señor Iesu Cristo. Onde bienaventurado es aquel que sopo pasar con paçiençia las pérdidas deste mundo. E amigo, ¿qué maravilla es en se perder los mis fijos e la mi muger? Ca se perdió lo que se avía a perder, e por aventura que los resçebió Dios para sí, ca suyos eran, e así me los tollió Dios para sí. Ca ¿qué tuerto faze Dios al ome si le tuelle lo quel dio en acomienda mayormente queriendo para sí lo que suyo es? Çertas quanto en este mundo avemos, en encomienda lo tenemos, e non se atreva ninguno a dezir: 'Esto mío es', ca en este mundo non han al sí non el bien que fas, e esto lleva consigo al otro mundo e non más». El ribaldo le dixo: «Caballero desaventurado, dolor grande te verná agora». «Si es pequeño», dixo el cavallero, «sufrámoslo; ca ligera cosa es la paçiençia e buena de sufrir; e si es grande sufrámoslo; ca grande es la gloria en saber ome sufrir e en pasar los dolores deste mundo». «Para mientes», dixo el ribaldo, «ca dolor es cosa muy dura e muy fuerte, e pocos son los que lo bien pueden sufrir». «¿E qué cuidado as tú», dixo el cavallero, «si quiero yo ser uno de aquellos que lo pueden sufrir?». «Guárdate», dixo el ribaldo, «que más dura cosa es el dolor de sufrir, e por ende fuye dél si pudieres». «Poco a poco», dixo el cavallero. «Tú que lo non puedes sufrir dizes que fuyamos del dolor, e esto non puede ser. El dolor va en pos del que fuye, e çertamente el que fuye non fuye si non con dolor que siente e tiene ya consigo, e fuye de otro mayor que va en pos él». El ribaldo le dixo: «Cavallero desaventurado, enfermarás de fiebre». «Enfermaré», dixo el cavallero, «mas creas que dexaré la fiebre o la fiebre a mí». «Verdat es», dixo el ribaldo, «que non puede ome fuir el dolor natural, así como el que viene por muerte de parientes o de amigos, mas el dolor açidental puede fuir si bien se guardare». «Çertas así es como tú dizes», dixo el cavallero, «mas pocos son los que en este mundo guardados son en todo». El ribaldo le dixo: «Cavallero desaventurado, morrás desterrado». «Non es», dixo el cavallero, «el sueño más pesado en casa que fuera de casa, e eso mesmo de la muerte; ca a la ora de la muerte así estiende ome el pie en casa que fuera». El ribaldo le dixo: «Caballero desaventurado, morrás mançebo». «Muy mejor es», dixo el cavallero, «aver ome la muerte ante que la codiçie; ca non la codiçia ome si non seyendo enojado de la vida por razón de las muchas malas andanças deste mundo; ca a los que biven mucho es dada esta pena, que vean muchos pesares en su luenga vida, e que estén siempre con lloro e con pesar en toda su vegeat, codiçiando la muerte; ca estos tales no pueden estar sin muerte de amigos y de parientes e sin resçebir grandes quebrantos y pesares y pérdidas e daños por que han de cobdiçiar la muerte. E por ende buena cosa es morir quando hombre se puede ayudar mejor de su fuerça y de su entendimiento, sin cobdiçiar la muerte. Ca si mançebo he de murir, por aventura la muerte que me tan aína viene, me sacará de algunt mal que me podría venir mientra visquiese; e por ende non he de contar cuántos años he de aver, mas cuántos años he avidos, si más non puedo aver; ca esta es la mi hedat conplida. Onde qualquier que viene a la postrimería de sus fados muere viejo e non mançebo; ca la su vegeat es la su postrimería. E por eso non dizes bien que morre mançebo; ante he de murir viejo e non mançebo quando los mis días fueren conplidos».

El ribaldo le dixo: «Cavallero desaventurado, degollado has de murir». «¿E qué perdimiento ha», dixo el cavallero, «entre ser degollado o murir de otra llaga? Çertas que comoquier que muchas sean las llagas deste mundo, una ha de ser la mortal, e non más». «Cavallero desaventurado», dixo el ribaldo, «perderás los ojos». «Quando los perdiere», dixo el cavallero, «quedará la codicia del coraçón; ca lo que vee el ojo desea el coraçón». «Cavallero desaventurado», dixo el ribaldo, «¿en qué estas porfiando? Creas que morrás de todo en todo». «Amigo», dixo el cavallero, «¿qué pequeña maravilla en murir! Ca esta es natura de ome e non pena, e creas que con tal condiçión vine a este mundo, por que saliese dél. E por ende, segunt razón non es pena mas deudo a que só tenuto de conplir. E non te maravilles en la vida del ome, que atal es como prigrinaçión. Quando llegara el pelegrino al lugar do propuso de ir, acaba su peligrinaçión. Así fas la vida del ome quando cunple su curso en este mundo; que dende adelante non ha más que fazer. Çertas, ley es entre las gentes estableçida, de tornar ome lo que deve a aquel de quien lo resçibe; e así lo resçebimos de Dios, e devemos gelo tornar. E lo que resçebimos de la tierra devemos lo tornar a la tierra. Ca el alma tiene el ome de Dios e la carne de la tierra; e por ende muy loca cosa es temer ome lo que escusar non puede, así como la muerte, que se non puede escusar; ca ella es la postrimera pena deste mundo, si pena puede ser dicha, e tornar ome a su natura que es la tierra, onde es fecho el ome. Onde non deve temer la muerte, ca maguer la aluengue non la puede fuir. E yo non me maravillo porque he murir, ca non só yo el primero nin el postrimero, e ya todos los que fueron ante que yo son idos ante mí, e los que agora son e serán después de mi muerte, todos me seguirán. Ca con esta condiçión son todas las cosas fechas, que comiençen e ayan fin; que comoquier que el ome aya muy grant sabor de bevir en este mundo, deve ser çierto que ha de murir, e deve ser desta manera aperçebido, quel falle la muerte como deve. Ca ¿qué pro o qué onra es quando por fuerça e sin grado sale de su lugar do está, deziéndole: «Sale ende maguer non quieras?» E por ende mejor es e más sin vergüença salir ome de su grado ante quel echen de su lugar por fuerça. Onde bien aventurado es el que non teme la muerte e está bien aparejado, de guisa que quando la muerte veniere, quel non pese con ella e que diga: «Aparejado só, ven quando quiesieres».

El ribaldo le dixo: «Cavallero desaventurado, después que murieres non te soterrarán». «¿E por qué?», dixo el cavallero, «ca la más ligera cosa es del mundo de echar el cuerpo en la sepultura, mayormente que la tierra es casa de todas las cosas deste mundo e resçíbelas de grado. E creed que la sepultura non se fas sinon por onra de los bivros, e porque los que la vieren digan: 'Buen siglo aya quien yaze en la sepultura, e buena vida los que la mandaron fazer tan noble'. E por ende, todos se deven esforçar de fazer la mejor sepultura que podiesen». «Cavallero desaventurado», dixo el ribaldo, «¿cómo pierdes tu tiempo, aviendo con que podrías usar de cavallería?» «¿E en qué podría yo usar», dixo el cavallero, «de mi cauallería?». «Çertas», dixo el ribaldo, «sepas que ayer pregonavan en aquella villa que de aquí parece, de cómo el rey de Ester tiene çercado en una çibdad al rey de Mentón, que ha nonbre Grades, e dízenle así porque está en alto e suben por gradas allá. E este rey de Mentón enbió dezir e pregonar por toda su tierra que qualquier quel desçercase, quel daría su fija por muger e el regno después de sus días, ca non avía otro fijo».

El cavallero començó a reír como en desdén, e el ribaldo tóvolo por mal, ca le semejó quel tenía en nada todo lo quel dezía; e díxole: «Cavallero desaventurado, ¿en poco tienes las mis palabras?» «Dígote», dixo el cavallero, «que en poco; ca tú non vees aquí ome para tan grant fecho como ese que tú dizes». «Çertas», dixo el ribaldo, «agora non te tengo por tan sesudo como yo cuidava. ¿E non sabes que cada uno, anda con su ventura en este mundo, los unos para ganar e los otros para perder e los unos para dexar e los otros para cobrar? ¿E non sabes que Dios puede poner al ome de pequeño estado en grande? ¿E non eres tú el que me dixiste que te dexase sufrir el dolor maguer que era grave e duro, con aquellos que lo podrían sufrir?». «Sí», dixo el cavallero. «¿Pues cómo», dixo el ribaldo, «podrás sufrir muy grant dolor quando te acaesçiere, pues tu cuerpo non quieres poner a afán en lo que por aventura ganarás pres e onra? Ca bien sabes tú quel dolor sienpre vien con desventura, e por ende te dexarás esforçar a bien fazer e a pararte afán e trabajo por que más valieses. E si agora, mientra eres mançebo, non lo fezieres, non he esperança en ti que lo fagas quando fueres viejo. ¿E non semeja que estarías mejor con aquella cavallería que está en aquel canpo, aviendo su acuerdo en cómo desçercaríen al rey de Mentón?» «Çertas», dixo el cavallero, «tanto ay de bien en aquel canpo quanto yo veo». «¿E cómo puede ser?», dixo el ribaldo. «Yo te lo diré», dixo el cavallero. «En el canpo non ha pecado ninguno, e en aquella gente ha mucha falsedat e mucha enemiga, e cada uno dellos se trabaja por engañar los otros por razón de la onra del regno ganar, e çiertamente en ninguna cosa non se guarda tan mal el derecho nin verdat como por regnar e señorear». «¿E cómo?», dixo el ribaldo, «¿e tú non quieres regnar e ser señor de alto logar?». «Sí quiero», dixo el cavallero, «non faziendo tuerto a ninguno». «Esto non puede ser», dixo el ribaldo, «que tú puedes ser rey nin señor de ningunt logar, sinon tirando al otro dél». «Sí puedo», dixo el cavallero. «¿E cómo?», dixo el ribaldo. «Si este rey de Mentón», dixo el cavallero, «fuese desçercado por mí e me diese la su fija por muger, e el regno después de sus días, así como lo mandó a pregonar por toda la tierra, así lo podría aver sin pecado. Mas véome muy alongado de todas aquestas cosas para el que yo só, e qual es el fecho, ca contra un rey otro es mester de mayor poder, para levar atan grant fecho adelante».

«Cavallero desaventurado», dixo el ribaldo, «¡qué poco paras mientes a las palabras que te ome dize! E ya desanparar me fazes el buen entendimiento que fe cuidava que avías. Ruégote cavallero», dixo el ribaldo, «que por amor de Dios non me desanpares, ca Dios te puede fazer merçed. Si non, sepas que non perderás el nonbre de desaventurado. E ayúdate bien e ayudarte ha Dios; ca Dios non quiere bien fazer nin levar adelante sinon aquel que se esfuerça a fazer el bien e lo muestra por obra. E por ende dizen, que non da Dios pan si non en ero senbrado, onde si tú bien te ayudares, çierto só que te ayudará e levará la tu fazienda adelante. E non tengas que tan pequeña es la ayuda de Dios; ca los pensamientos de los omes, si buenos son, él los pone por obra e los lieva adelante, si los omes han sabor de lo seguir e lo siguen, acaban parte de lo que quieren».

De cómo se fue el ribaldo con el Cavallero Zifar e se acordaron en uno

«¡Ay amigo!», dixo el cavallero, «¡queden ya tus palabras, si Dios te vala! ca non te puedo responder ya a quantas preguntas me fazes; pero creas por çierto iría a aquellas partes de aquel regno que tú dizes, si oviese quien me guiase». Dixo el ribaldo: «Yo te guiaré, que sé dó está çercado aquel rey; e non ay de aquí adelante fasta allá más de dies días de andadura; e servirte he muy de buena mente, a tal pleito que quando Dios te posiere en mayor estado que me fagas merçed; que só çierto que Dios te guiará si lo quisieres por compañero, ca de grado aconpañia e guía Dios a quien lo resçibe por compañero». «Muy de buena mente», dixo el cavallero, «faría lo que me consejares; e ve tu vía, e quando fuere en la grant mañana, sey aquí conmigo». E el ribaldo se fue, e el cavallero andido una grant pieça por la hermita fasta que vino el hermitaño. E el cavallero le preguntó que dónde venía. «De aquella villa», dixo el hermitaño, «de buscar de comer». «¿E fallaste algo?», dixo el cavallero. «Çertas fallevos una ave muy buena», dixo el hermitaño. «Comámosla», dixo el cavallero, «ca segunt mío cuidar cras me abré a ir de aquí, ca asas vos he enojado en esta hermita». «E sabe Dios», dixo el hermitaño, «que non tomo enojo con vos: ca antes me plaze muy mucho con la vuestra conpañía. Mas pienso que avedes tomado enojo con las cosas que vos dixo aquel ribaldo que a vos vino». «Non tomé», dixo el cavallero «ante me fueron solas las sus palabras, e comigo se quiere ir para me servir». «¿Cómo?», dixo el hermitaño, «¿llevarlo queredes conbusco aquel ribaldo malo? Guardatvos non vos faga algunt mal». «Guárdeme Dios!», dixo el cavallero.

De la visión que vido el hermitaño sobre lo de su huésped el Cavallero Zifar

Después que fue adobada la çena comieron e folgaron; e en departiendo, dixo el hermitaño: «Cavallero, nunca vistes tan grant roido como anda por la villa, que quien desçercara a un rey que tiene otro çercado, quel da su fija por muger e el regno después de sus días. E vanse para allá muchos condes e duques e otros ricos omes». E el cavallero calló e non quiso responder a lo quel dezía, e fuese a dormir. E el hermitaño estando dormiendo, vínole en visión que veía el cavallero su huésped en una torre mucho alta, con una corona de oro en la cabeça e una pértiga de oro en la mano; e en esto estando despertó e maravilló mucho qué podría ser esto, e levántose e fuese a su oratorio a fazer su oraçión, e pidió merçed a Nuestro Señor Dios quel quesiese demostrar que quería aquello sinificar. E después que fizo su oraçión fuese echar a dormir. E estando dormiendo vino una bos del çielo e dixo: «Levántate e di al tu huésped que tiempo es de andar; ca çierto sea que ha a desçercar aquel rey, e á de casar con su fija, e á de aver el regno después de sus días». Levántose el hermitaño e fuese al cavallero e dixo: «¿Dormides o velades?» «Çertas», dixo el cavallero, «nin duermo nin velo; mas está esperando que sea çerca el día, a que pueda andar». «Levantadvos», dixo el hermitaño, «e andat en buen ora, ca el más aventurado cavallero avedes a ser de quantos fueron de muy grant tiempo acá». «¿E cómo es eso?», dixo el cavallero. «Yo vos lo diré», dixo el hermitaño. «Esta noche en dormiendo, vi en visión que estávades en una torre muy alta, e que teníedes una corona de oro en la cabeça e una pértiga en la mano, e en esto desperté muy espantado e fue fazer mi oraçión. E rogué a Dios que me quesiese demostrar qué quería dezir esto que viera en visión, e torneme a mi lecho a dormir. E en dormiendo me

vino una bos e díxome así: 'Di al tu huésped que ora es de andar; e bien çierto sea que ha de desçercar aquel rey e ha de casar con su fija, e á de aver el regno después de sus días'. «¿E creades vos esto», dixo el cavallero, «que podrá ser verdat?». «Créolo», dixo el hermitaño, «que podrá ser con la merçed de Dios, ca él es poderoso de fazer e desfazer como él toviere por bien, e fazer del muy pobre rico. E ruégovos que quando Dios vos troxiere e vos posiere en otro mayor estado, que vos venga emientes deste logar». «Muy de buena mente», dixo el cavallero, «e prométovos que quando Dios a esta onra me llegare, que la primera cosa que ponga en la cabeça por nobleza e por onra, que lo enbía a ofresçer a este lugar. E vayamos en buen ora»; dixo el cavallero, «¿mas dó podremos oír misa?». «En la villa», dixo el hermitaño.

De cómo el ribaldo se barajó con su amo el pescador e se partió dél

E fuéronse amos a la villa, e mientras ellos oían misa el ribaldo estava contendiendo con su amo que le diese algo de su soldada. E óvole: a dar una saya que tenía e un estoque e unos pocos de dineros que tenía en la bolsa, que dezía que non tenía más. E el ribaldo le dixo: «¿Non me quieres pagar toda mi soldada? ¡Aún venga tienpo que te arrepentirás!» «Ve tu vía, ribaldo neçio», dixo el pescador. «¿E qué me puedes tú fazer, aunque venga otro tienpo del que agora es?» «Aún verná tienpo», dixo el ribaldo, «que abré yo mayor poder que tú». «Çertas», dixo el pescador, «tú nunca lo verás; ca non veo en ti señal por que esto pueda ser». «¿Cómo?», dixo el ribaldo, «¿tienes que Dios non puede fazer lo que quisiere? ¿E non sabes tú que a canpo malo le viene su año? Comoquier que yo non sea tan cuerdo como me era mester, que Dios me puede dar seso e entendimiento que más vala». «Sí», dixo el pescador, «mas non tiene agora ojo para ti para lo fazer». «Véngasete emiente esta palabra que agora dizes», dixo el ribaldo, «ca muy mejor vi yo responder poco ha un ome bueno a las preguntas que fazían, que tú non sabes responder. E acomiéndote al tu poco seso, que yo vome».

De cómo el ribaldo libró al Cavallero Zifar una noche de unos ladrones que lo querían robar, e cómo mató a los dos

E el ribaldo se fue para el hermita e non falló y al cavallero nin al hermitaño; e fuese para la villa e fallolos que oían misa. El cavallero quando lo vio, plogole e díxole: «Amigo, vayamos en buen ora». «¿Cómo?», dixo el ribaldo, «¿así iremos de aquí ante que almorzemos primero? Yo trayo un pes de mar de la cabaña de mi señor». «Cómaslo», dixo el cavallero, «e fagamos como tú toviere por bien, ca me conviene seguir tu voluntad mientras por ti me oviere a guiar, pero ha tienpo non es mi costunbre de comer en la mañana». «Verdat es», dixo el ribaldo, «demientras que andávades de bestia, mas mientras andodierdes a pie non podredes andar sin comer e sin beber, mayormente aviendo de fazer jornada».

Desí fueron a casa de un ome bueno con el hermitaño, e comieron su pes, que era bueno e muy grande, e espediéronse del hermitaño e fueron andando su camino. E acaesçioles una noche de albergar en una alberguería do yazían dos malos omes ladrones, e andavan en manera de pelegrinos, e cuidaron que este cavallero que traía muy grant aver maguer venían de pie, porquel vieron muy bien vestido. E quando fue a la media noche levantáronse estos dos malos omes para ir degollar al cavallero e tomarle lo que traía. E fuese el uno echar sobrél, e el otro fue para lo degollar; en manera que el cavallero non se podía dellos descabollir. E en esto estando desperto el ribaldo, e quando los vio así estar, a lumbre de una lánpara que estava en medio de la cámara, e començó de ir a ellos dando bozes e deziendo: «¡Non muera el cavallero!», de guisa que despertó el huésped e vino corriendo a las bozes, e quando llegó, avía el ribaldo muerto el uno dellos, e estávase feriendo con el otro, en manera quel cavallero se levantó, e el huésped e el ribaldo presieron al otro ladrón. E preguntáronle que fuera aquello. E él les dixo que cuidaran él e su compañero que este cavallero traía algo, e por eso se levantaron para le degollar e gelo tomar. «Çertas», dixo el cavallero, «en vano vos trabajávades, ca por lo que a mí falláredes, si pobres érades, nunca saliérades de pobredat». Desí tomó el huésped el ladrón delante sus vezinos que recudieron a las bozes, e atolo muy bien fasta otro día en la mañana, quel dieron a la justíçia, e fue justiciado de muerte.

*De cómo el Cavallero Zifar libró al ribaldo, que lo querían colgar, e cómo le cortó la
soga*

E yéndose por el camino dixo el ribaldo: «Bien fuerdes servido de mí esta noche». «Çertas», dixo el cavallero, «verdat es; e plázeme mucho porque tan bien has començado». «Más me provaredes», dixo el ribaldo, «en este camino». «¡Quiera Dios», dixo el cavallero, «que las proevas non sean de nuestro daño!». «Dello e dello», dixo el ribaldo, «ca todas las maçanas non son dulçes; e por ende conviene que nos paremos a lo que nos veniere». «Plázeme», dixo el cavallero, «destas tus palabras, e fagámoslo así; e bendicho seas porque lo tan bien fazes».

E a cabo de los seis días que se partieron del hermitaño, llegaron a un castiello muy fuerte e muy, alto que ha nonbre Herín. E avía y una villa al pie del castiello, muy bien çercada, e quando y fueron era ya ora de bísperas, e el cavallero venía muy bien cansado, ca avía andado muy grant jornada. E dixo a su conpañón quel fuese buscar de comer; e el ribaldo lo fizo muy de grado. E en estando conprando un faisán, llegó a él un ome malo que avía furtado una bolsa llena de pedaços de oro, e díxole: «Amigo ruégote que me guardes esta bolsa mientras que yo enfrene aquel palafre». E mentía, que non avía bestia ninguna, mas venía fuyendo por miedo de la justicia de la villa que venía en pos él por le prender. E luego que ovo dado la bolsa al ribaldo, metiose entre ome e ome e fuese. E la justíçia andando buscando el ladrón, fallaron al ribaldo que tenía el faisán que conprara en la una mano e la bolsa quel acomendara el ladrón en la otra, e presiéronlo e sobiéronlo al castiello fasta otro día, quel judgasen los alcalles.

El cavallero estava esperando su conpañón, e después que fue noche e vio que non venía, maravillose porque non venía. E otro día en la mañana fueo buscar, e non pudo fallar recabdo dél, e cuidó que por aventura era ido con cobdiçia de unos pocos de dineros quel acomendara que despendiese, e fincó muy triste; pero que aún tenía una pieça de dineros para despende, e mayor cuidado avía del conpañón que perdiera que non de los dineros, ca lo servía muy bien, e tomava alegría con él, ca le dezía muchas cosas en que tomava plazer; e sin esto que era de buen entendimiento e de buen recabdo e de buen esfuerço, e fallávase muy menguado sin él.

E otro día desçendieron al ribaldo del castiello para le judgar ante los alcalles. E quando le preguntaron quién le diera aquella bolsa, dixo que un ome gela diera en encomienda quando conprara el faisán, e que non sabía quién era, pero si lo viese que cuidava que lo conosçería. E mostráronle muchos omes si lo podría conosçer, e non pudo açertar en él, ca estava ascondido aquel que gela diera, por miedo de lo que avía fecho. E sobre esto mandaron los alcalles que lo levasen a enforcar, ca en aquella tierra era mantenida justiçia muy bien, en manera que por furto de çinco sueldos o dende arriba mandavan matar al ome. E atáronle una cuerda a la garganta e las manos atrás, e cavalgáronle en un asno, e iva muy grant gente en pos él a ver de cómo fazían dél justiçia. E iva el pregonero delante él, desciendo a grandes bozes: «Quien tal faze, tal prenda.» E es grant derecho, que quien al diablo sirve e cree, mal galardón prende; comoquier que este non avía culpa en aquel furto, mas ovo culpa en resçebir en encomienda cosa de ome que non conosçie, nin veye lo que le dava en acomienda; ca ciertamente quien alguna cosa quiere resçibir de otro en encomienda, deve catar tres cosas: la primera, quién es aquel que gelo acomienda; la segunda, qué cosa es lo quel da; la tercera es si la sabrá o podrá bien guardar; ca podría ser que gela daría algunt mal ome, e que gela daría con engaño la cosa quel acomendase, e por aventura resçebiese que non sería en estado para lo saber guardar: así como contesçió a aqueste, que el que gelo dio era mal ome e ladrón, e la cosa que le dio era furtada, e otrosí, el que non estava en estado para poder resçibir depósito de ninguno. E aunque el ome esté en estado que lo pueda guardar, mucho deve estrañar de non resçebir en guarda depósito; ca de tal fuerça es el depósito que deve ser guardado enteramente así como lo ome resçibe, e non deve usar dello en ninguna manera sin mandado del que gelo da en guarda; si non, puede gelo demandar por furto porque uso dello contra voluntad del señor.

E quando llevavan a enforcar a aquel ribaldo, los que ivan en pos él avían muy grant piedat dél porque era ome estraño e era mançebo mucho apuesto e de buena palabra e fazía salva que non feziera él aquel furto, mas que fuera engañado de aquel que gelo acomendara. E estando el ribaldo al pie de la forca, cavallero en el asno, e los sayones atando la soga a la forca, el Cavallero Zifar, pues que non podía aver a su conpañero, rogó al huésped quel mostrase el camino del regno de Mentón, e el huésped doliéndose dél porque perdiera a su conpañero, salió con él al camino. E desque salieron de la villa vio el cavallero estar muy grant gente en el canpo en derredor de la forca, e preguntó al su huésped que «¿a qué está allí aquella gente?». «Çertas», dixo el huésped, «quieren enforcar un ribaldo que furtó una bolsa llena de oro». «¿E aquel ribaldo», dixo el cavallero, «es natural desta tierra?». «Non», dixo el huésped, «e nunca paresçió aquí si non agora, por la su desventura, quel fallaron con aquel furto». El cavallero sospechó

que aquel podría ser el su compañero, e díxole: «Ay amigo, la fe que devedes; ayúdame a derecho; aquel ome sin culpa es». «Çertas», dixo el huésped, «muy de grado si así es».

E fuéronse para allí do avían atado la soga en la forca e querían mover el asno. E el cavallero llegando conosçio el ribaldo, e dando grandes bozes dixo: «Señor, señor, véngasevos emiente del serviçio que vos fize oy a terçer día, quando los ladrones vos venían para degollar!» «Amigo», dixo el cavallero, «¿e qué es la razón por que te mandan matar?». «¡Señor», dixo el ribaldo, «a tuerto e sin derecho, si me Dios vala!». «Atiende un poco», dixo el cavallero, «e iré fablar con los alcalles e con la justiçia, e rogarles he que te non quieran matar, pues non feziste por qué». «¡E qué buen acorro de señor!», dixo el ribaldo, «para quien está en tan fuerte paso como yo estó. ¿E non vedes señor, que la mi vida está so el pie deste asno, en un harre sólo con quel muevan, e dezides que iredes a los alcalles a les demandar consejo? Çertas los omes buenos e de buen coraçón, que tienen razón e derecho por sí, non deven dudar nin tardar el bien que han de fazer; ca la tardança muchas vezes enpesçe». «Çertas amigo», dixo el cavallero, «si tú verdat tienes non estará la tu vida en tan pequeña cosa como tú dizes». «Señor», dixo el ribaldo, «por la verdat e por la jura que vos prometí, verdat vos digo». E el cavallero metió mano al espada e tajó la soga de que estava ya colgado, ca avían ya movido el asno. E los omes de la justiçia quando esto vieron, presieron al cavallero e tomáronlos amos ados e leváronlos ante los alcalles, e contáronles todo el fecho en como acaesçiera. E los alcalles preguntaron al cavallero que cómo fuera atrevido de cometer atan grand locura de quebrantar las presiones del señorío, e que non conpliese justiçia. E el cavallero escusando a sí e su compañón dixo que qualquier que dixiese que su compañón feziera aquel furto, quel metería las manos, e quel cuidava vençer; ca Dios e la verdat que tenía le ayudaría; e que era sin culpa de aquel furto quel ponían a su compañón.

De cómo prendieron al que avía furtado la bolsa con el oro e de cómo lo llevavan a colgar

E aquel que ovo furtado la bolsa con el oro, después que sopo que aquel a quien él la bolsa acomendó era levado a enforçar, cuidando que era enforcado e quel non conosçería ninguno, fuese para allá do estavan judgando los alcalles; e luego quel vio el ribaldo conosçio e dixo: «Señor, mandat prender aquel que allí viene, que aquel es el que me acomendó la bolsa». E mandaron lo luego prender, e el ribaldo traxo luego testigos a aquel de quien avía conprado el faisán, e los alcalles por esto e por otras presunçiones que dél avían, e por otras cosas muchas de que fuera acusado, e maguer non se podían provar, pusiéronlo a tormento; de guisa que ovo a conosçer que él feziera aquel furto, e porque ivan en pos él por le prender, que lo diera aquel ribaldo que gelo guardase, e el que se ascondiera fasta que oyera dezir que le avían enforcado. «¡Ay falso traydor!», dixo el ribaldo, «que ¿dó fuye el que al huerco deve? Çertas tú non puedes fuir de la forca, ca esta ha de ser el tu huerco, e a ti espera para ser tu huésped; e ve maldicho de Dios porque en tan grant miedo me metiste; que bien çierto só que nunca oiré dezir harre que non tome gran espanto. E gradesco mucho a Dios porque en ti ha de fincar la pena

conplida e con derecho, e non en mí». E levaron al ladrón a enforcar, e el cavallero e su conpañón fuéronse por su camino, gradesçiendo mucho a Dios la merçed que les feziera.

De cómo colgaron al que furtó la bolsa e de cómo el ribaldo se fue con su señor el Cavallero Zifar

«Señor», dixo el ribaldo, «quien a buen árbol se allega, buena sonbra le cubre; e par Dios fallome bien porque me a vos allegué; e quiera Dios que a buen serviçio aún vos yo dé la rebidada en otra tal, o más grave». «Calla amigo», dixo el cavallero, «que fío por la merçed de Dios que non querrá que en tal nos veamos; que bien te digo que más peligrosa me semejó esta que el otro peligro por que pasamos ante noche». «Çertas, señor», dixo el ribaldo, «non creo que con esta sola escapemos». «¿E por qué non?», dixo el cavallero. «Yo vos lo diré», dixo el ribaldo. «Çertas quien mucho ha de andar, mucho ha de provar, e aun nos lo más peligroso avemos a pasar».

E ellos yendo a una çibdat do avían de albergar, acaesçioles que a cabo de una fuente fallaron una manada de çievros, e entrellos avía çervatillos pequeños. E el ribaldo metió mano al estoque e lançolo contra ellos e ferió uno de los pequeños e fue lo alcançar e tomolo e tráxolo a cuestas; e dixo: «¡Ea, ea, don cavallero ca ya tenemos que comer!» «Bien me plaze», dixo el cavallero, «si mejor posada oviéremos e con mejores huéspedes que los de anoche». «Vayámosnos», dixo el ribaldo, «ca Dios nos dará consejo».

E ellos yendo, ante que llegasen a la çibdat fallaron un comienço de torre sin puertas, tan alto como una asta de lança, en que avía muy buenas camas de paja de otros que avían ý albergado, e una fuente muy buena ante la puerta, e muy buen prado. «¡Ay amigo!», dixo el cavallero, «¡qué grant vergüença he de entrar por las villas de pie! Ca como estraño están me oteando e faziéndome preguntas, e yo non les puedo responder. E fincaría aquí en esta torre esta noche, ante que pasar las vergüenças de la çibdat». «Folgad», dixo el ribaldo, «ca yo iré e traeré pan e vino de la çibdat, e con la lleña deste soto que aquí está, después que veniere aguisaré de comer». E fizolo así. E después que fue aguisado de comer, dio a comer al cavallero. E el cavallero se tovo por bien pagado e por viçioso estando çerca de aquella fuente en aquel prado. Pero que despues que fueron a dormir llegaron atantos lobos a aquella torre, que non fue sinon maravilla; de guisa que después que ovieron comido los lobos aquella carniça que fincara de fuera, querían entrar a la torre a comer a ellos, e non se podían defender en ninguna manera. E tanto los aquexaron que levaron al ribaldo la una falda de la saya, que tenía untada de la sangre del çievro, de manera que en toda esa noche non podieron dormir nin folgar, feriéndolos muy de rezio.

E en esto estando, arremetiose un lobo grande al cavallero, que estava en derecho de la puerta, e fue lo travar de la espada con los dientes e sacogela de la mano e echola fuera de la torre. «¡Santa María val!», dixo el cavallero, «levádome ha el espada aquel traidor de lobo e non he con qué defenderme». «Non temades», dixo el ribaldo, «tomad este mío estoque e defendet la puerta, e yo cobraré la vuestra espada». E fue al rencón de la torre do avía cozinado, e tomó toda quanta brasa ý falló, e púsolo en pajas e con lleña, e parose

a la puerta e derramolo entre los lobos; e ellos con miedo del fuego redránse de la torre, e el ribaldo cobró el espada e diola al cavallero. E demientra que las brasas duraron del fuego, a la puerta de la torre, non se llegaron y los lobos; ante se fueron yendo e apocando. E çertas bien sabidor era el ribaldo, ca de ninguna cosa non han los lobos tan grant miedo como del fuego. Pero que era ya çerca de la mañana, en manera que quando fue el alva non fincó y lobo ninguno. «Por Dios», dixo el cavallero, «mejor fuera pasar las vergüenças de la çibdat que non tomar esta mala noche que tomamos». «Cavallero», dixo el ribaldo, «así va ome a paraíso, ca primeramente ha de pasar por purgatorio e por los lugares mucho ásperos ante que allá llegue; e vos ante que lleguedes a grant estado al que avedes a llegar, ante avedes a sufrir e a pasar muchas cosas ásperas». «E amigo», dixo el cavallero, «¿quál es aquel estado a que he de allegar?» «Çertas non sé», dixo el ribaldo, «mas el coraçón me da que a grant estado avedes a llegar e grant señor avedes a ser». «Amigo», dixo el cavallero, «vayámosnos en buen ora e punemos de fazer bien; e Dios ordene e faga de nos lo que la su merçed fuere».

De cómo se escusó el ribaldo del señor de la huerta quando lo falló cogiendo los nabos e los metía en el saco

Andudieron ese día tanto fasta que llegaron a una villeta pequeña que estava a media legua del real de la hueste. E el Cavallero Zifar, ante que entrasen en aquella villeta vio una huerta a un vall muy fermoso, e avía allí un nabar muy grande. E dixo el cavallero: «¡Ay amigo! ¡qué de grado conbría esta noche de aquellos nabos si oviese quien me los sopiese adobar!». «Señor», dixo el ribaldo, «yo, vos los adobaré». E llegó con el cavallero a una alberguería e dexole y, e fuese para aquella huerta con un saco; e falló la puerta çerrada, e sobió sobre las paredes e saltó dentro, e començó de arrancar de aquellos nabos, e los mejores metía en el saco; e arrancándolos, entró el señor de la huerta, e quando lo vio fuese para él e díxole: «Çertas, ladrón malo, vos iredes comigo preso ante la justiçia, e darvos han la pena que mereçedes porque entrastes por las paredes a furtar los nabos». «Ay señor», dixo el ribaldo, «si vos de Dios buena andança, que lo non fagades, ca forçado, entre aquí». «¿E cómo, forçado?», dixo el señor de la huerta, «ca non veo en ti cosa por que ninguno te deviese fazer fuerça, si vuestra maldad non vos la fiziese fazer». «Señor», dixo el ribaldo, «yo, pasando por aquel camino, fizo un viento torbilliño atan fuerte que me levantó por fuerça de tierra e me echó en esta huerta». «Pues ¿quién arrancó estos nabos?», dixo el señor de la huerta. «Señor», dixo el ribaldo, «el viento era tan rezió e tan fuerte que me soliviava de tierra, e con miedo que me echase en algunt mal lugar, traveme a los nabos e arrancávanse mucho». «Pues ¿quién metió los nabos en este saco?», dixo el señor de la huerta. «Çertas señor», dixo el ribaldo, «deso me maravillo mucho». «Pues tú te maravillas», dixo el señor de la huerta, «bien das a entender que non has en ello culpa. Perdónote esta vegada». «¡Ay señor!», dixo el ribaldo, «¿e qué mester ha perdón al que es sin culpa? Çertas mejor fariades en me dexar estos nabos por el lazerío que leve en los arrancar, pero que contra mi voluntad, faziéndome el grant viento». «Plázeme», dixo el señor de la huerta, «pues atan bien te defendiste con mentiras apuestas; e toma los nabos e vete tu carrera, e guárdate de aquí adelante que non te contesca otra vegada, si non tú lo pagarás».

Fuese el ribaldo con los nabos, muy alegre porque atan bien escapara. E adobolos muy bien con buena çeçina que falló a conprar, e dio a comer al cavallero. E desque ovo comido contole el ribaldo lo quel contesçiera quando fue coger los nabos. «Çertas», dixo el cavallero, «e tú fueste de buena ventura en así escapar, ca esta tierra es de grant justiçia. E agora veo que es verdat lo que dixo el sabio, que a las vegadas aprovecha a ome mentir con fermosas palabras; pero amigo, guárdate de mentir, ca pocas vegadas açierta ome en esta ventura que tú açertaste, que escapeste por malas arterías». «Çertas señor», dixo el ribaldo, «de aquí adelante más querría un dinero que ser artero, ca ya todos entienden las arterías e las encobiertas. El señor de la huerta por su mesura me dexó, que luego me entendió que fablava con maestría. E non se quiera ninguno engañar en esto, ca los omes deste tienpo luego que nasçen son sabidores más en mal que non en bien. E por ende ya uno a otro non puede engañar, por arterías que sepa, comoquier que a las vegadas non quieren responder nin dar a entender que lo entienden. E esto fazen por encobrir a su amigo o a su señor, que fabla con maestría e artería de mal, e non por lo non entender nin porque non oviese ý respuesta qual convenía. Onde muy poco aprovecha el artería al ome pues que la entienden».

De cómo se acordaron el Cavallero Zifar y el ribaldo de cómo entrarían a la villa

E el cavallero preguntó al ribaldo: «Amigo, ¿qué te semeja que avemos a fazer, que ya çerca de la hueste somos?» «Çertas», dixo el ribaldo, «yo vos lo diré. El rey de Ester, ese que tiene çercado al rey de Mentón, tiene en poco las cosas, porque es señor del campo; mas la onra e el brío quien lo ganar quiere, con los de dentro que menos pueden ha de estar, para los defender e para los anparar e para los sacar de la premia en que están. E ende seméjame que es mejor de vos meter con los de la villa que non fincar acá do non catarán por vos». «¿E cómo podría yo entrar», dixo el Cavallero, «a la villa sin embargo?». «Yo vos lo diré», dixo el ribaldo. «Vos me daredes estos vuestros vestidos, e vos tomaredes estos míos que son viles; e pornedes una guirnalda de fojas de vides en vuestra cabeça e una vara en la mano, bien como sandio, e maguer vos den bozes vos non dedes nada por ello; e en la tarde idvos allegando a la puerta de la villa, ca non catarán por vos. E si estudiere ome alguno en los andamios, dezirle hedes que queredes hablar con el mayordomo del rey. E desque vos acogieren, idvos para el mayordomo, ca dizen que es muy buen ome, e demostralde vuestra fazienda lo mejor que podierdes, e endresçevos Dios a lo mejor. E yo dicho vos he aquello poco que yo entiendo», dixo el ribaldo, «si más sopiese más vos diría, mas non ha en mí más seso de quanto vos vedes; e acorredvos de aquí adelante del buen seso que Dios vos quiso dar, e andemos nuestro camino e lleguemos aína al real».

De cómo el Cavallero Zifar se vistió los paños del ribaldo, e se metió dentro con los de la villa, e el ribaldo se finco de fuera

«Amigo», dixo el cavallero, «tomar quiero vuestro consejo, ca non tengo nin veo otra carrera más segura para entrar a la villa». Quando fue en la mañana desnuyó sus paños el cavallero e desnuyó los suyos el ribaldo, e vestiose el cavallero los paños del ribaldo, e puso una guirnalda de fojas en la cabeça, e fuese para la hueste. E quando entraron por la hueste començaron a dar bozes al cavallero todos, grandes e pequeños, como a sandio, e deziendo: «Ahé aquí el rey de Mentón, sin caldera e sin pendón». Así que aqueste ruido andido por toda la hueste, corriendo con él e llamándole rey de Mentón. E el cavallero, comoquier que pasava grandes vergüenças, fazía enfinta que era sandio, e iva saltando e corriendo fasta que llegó a una choça do vendíen vino e mal cozinado, que estava en cabo de la hueste e contra los muros de la villa. E entró dentro en aquella choça e demandó del pan e del vino. El serviente venía en pos él a trecho, deziendo a todos que era sandio, e fuese a la choça do vendían el vino e dixo: «O sandio rey de Mentón, ¿aquí eres? ¿Has comido oy?» «Çertas», dixo el sandio, «non». «¿E quieres que te dé a comer por amor de Dios?», dixo el ribaldo. Dixo el sandio: «Querría». Metió mano el serviente a aquello que vendían mal cozinado, e diole de comer e beber quanto quiso. E dixo el serviente: «Sandio, ¿agora que estás beodo cuidas que estás en tu regno?» «Çertas», dixo el sandio. E dixo el tavernero: «Pues sandio, defiende tu regno». «Déxame dormir un rato», dixo el sandio, «e verás cómo me iré luego a dar pedradas con aquellos que están tras aquellas paredes». «¿E cómo», dixo el tavernero, «el tu regno quieres tú combatir?» «O nesçio», dixo el sandio, «¿e non sabes tú que ante debo saber que tengo en mí que non deva ir contra otro?» «¿Qué quiere dezir eso?», dixo el tavernero. «Dexatle», dixo el serviente, «que non sabe qué se dize; duerma, ca ya devanea». E así se dexaron de aquellas palabras e el sandio dormió un poco. E desde que fue el sol yendo, levantose e fízole el serviente del ojo que se fuese escontra las puertas de la villa. E él tomó dos piedras en las manos e su espada so aquella vestidura mala que traía e fuese, e los omes quando le veían dábanle bozes, llamándole rey de Mentón; así que llegó a las puertas de la villa, e a uno que estava en los andamios dixo: «Amigo, fázeme acoger allá, ca vengo con mandado al mayordomo del rey». «¿E cómo te dexaron pasar los de la hueste?», dixieron los que estavam en los andamios. «Çertas», dixo él, «fisme entrellos sandio, e dábanme todos bozes, llamándome rey de Mentón». «Bien seas tú venido», dixo el de los andamios, e fízole acoger. E desde que fue el cavallero dentro en la villa, demandó dó era la posada del mayordomo del rey, e mostrárongela.

E quando fue allá, el mayordomo quería cavalgar, e llegó a él e dixo: «Señor, querría fablar conbusco si lo por bien toviésedes». E apartose con él e díxole así: «Señor, yo só cavallero fijo dalgo e de luengas tierras, e oí decir de vos mucho bien, e vengo vos servir si lo por bien tenedes». «Bien seades vos venido», dixo el mayordomo, «e plázeme conbusco. Pero ¿que sabredes usar de cavallería?». «Sí», dixo el cavallero, «con la merçed de Dios, si guisamiento toviese». «Çertas yo vos lo daré», dixo el mayordomo. E mandó le dar muy bien de vestir, e buen cavallo e buenas armas e todo conplimiento de cavallero, e desde que fue vestido el cavallero pagose mucho el mayordomo dél, ca bien le semejó en sus fechos e en sus dichos que era ome de grant seso e de grant lugar.

E estando un día con el mayordomo en su casa en su solas, dixo el cavallero: «Señor, ¿qué es esto? que de la otra parte de la hueste sale uno a uno a demandar si ha quien quiera lidiar con ellos, e de acá non ay ninguno que salga a ellos, aviendo aquí tantos

omes buenos». «Çertas cavallero», dixo el mayordomo, «escarmentados son los nuestros; ca aquellos dos cavalleros que vos vedes que sale uno a uno son fijos del rey, e son muy buenos cavalleros de sus armas, e aquellos mataron ya dos condes, por que non osa ninguno salir a ellos». «¿Cómo?», dixo el cavallero, «¿pues así avedes a estar envergoñados e espantados dellos? Çertas si vos quesierdes, yo saldré allá, quando alguno dellos saliere, e lidiaré con él». «Mucho me plaze de lo que dezides», dixo el mayordomo, «mas saberlo he ante del rey mío señor». E cavalgó luego el mayordomo e fuese para el rey e díxole: «Señor, un cavallero estraño vino a mí el otro día e díxome que quería bevir conmigo a la vuestra merçed, e resçebilo e mandé le dar de vestir e aguisar de cavallo e de armas; e agora pediome quel dexase salir a lidiar con aquellos de la otra parte que demandavan lidiadores; e yo díxole que lo non faría a menos que lo vos sopiésedes». «¿E qué cavallero vos semeja», dixo el rey, «que es aquese?» «Señor», dixo el mayordomo, «es un cavallero mucho apuesto e de buena palabra, e muy guisado para fazer todo bien». «Veámoslo», dixo el rey. «Muy de grado», dixo el mayordomo. E enbió por él. El cavallero entró por el palacio e fuese para el rey do estava él e su fija, e el mayordomo con ellos, e entró muy paso e de buen continente, en manera que entendió el rey e su fija que era ome de prestar. E el rey le preguntó e díxole: «Cavallero, ¿ónde sodes?» «Señor», dixo, «de tierra de las Indias». «¿E atrevervos hedes», dixo el rey, «a lidiar con aquellos que salen allí a demandar lidiadores?» «Sí», dixo el cavallero, «con la merçed de Dios, una vez con el uno e otra vez con el otro, ca ningund atrevimiento malo non querría acometer». «Id en buen hora», dixo el rey, «e ayúdevos Dios».

De cómo el Cavallero Zifar mató al un fijo del rey de Ester que los tenía çercados

E otro día en la grant mañana aguisose el cavallero muy bien de su cavallo e de sus armas, así que non le menguava ninguna armadura, e fuese para la puerta de la villa. E el mayordomo enbió con él un ome, e mandó a los que estaban a la puerta de la villa quel dexasen salir e quel acogiesen quando él quesiese. Quando començó el sol a salir, salió un fijo del rey de Ester a demandar lidiador, e un ome que estava en los andamios començó a dar bozes diziendo: «Ya es salido de la hueste el lidiador, e viene se çercando contra acá». E el cavallero quando lo oyó, dixo al portero que le dexase salir, e el portero dixo que lo non faría si le non prometiese quel diese algo si Dios le ayudase. El cavallero dixo que si Dios le ayudase acabar su fecho, quel daría el cavallo del otro si lo podiese tomar. E el portero le abrió la puerta e dexolo salir. E quando fue en el canpo con el otro, díxole el fijo del rey: «Cavallero, mal consejo ovistes en vos querer atrever a lidiar comigo. Creo mejor fiziérades en vos fincar en vuestra posada». «Non me metades miedo», dixo el cavallero, «mas de quanto yo me tengo, e fazet lo que avedes a fazer». E desí dexáronse correr los cavallos el uno contra el otro, e ferieronse de las lanças en manera que pasaron los escudos más de señas braçadas. Mas así quiso Dios cuidar al cavallero que non le enpesçió la lança del fijo del rey; e la lança del cavallero pasó las guarniçiones del fijo del rey e echógela por las espaldas, e dio con el muerto en tierra. E tomó el cavallo del fijo del rey e tráxolo e diolo al portero así como gelo prometiera, e fuese luego para su posada a desarmarse.

De cómo el rey de Mentón sopo que un cavallero estraño avía matado a un fijo del rey de Ester

El ruido e llanto fue muy grande por la hueste por el fijo del rey que era muerto, e las nuevas eso mismo fueron por toda la villa, pero que non sabíen quién lo matara; salvo los condes dezía cada uno que él lo matara. E el rey enbió por su mayordomo e preguntó quién mató el fijo del rey. «Señor», dixo el mayordomo, «el vuestro cavallero que vino ayer aquí a vos; e avemos çiertas señales ende», dixo el mayordomo, «ca el cavallo del fijo del rey que mató, dio a los porteros, e bien lo conosçen ellos e los que estavan en las torres e sobre las puertas». «En el nonbre de Dios sea bendicho», dixo el rey, «ca por aventura Dios traxo a este ome por su bien e el nuestro. E ¿qué faze ese cavallero?», dixo el rey. «Señor», dixo el mayordomo, «después que se desarmó non salió de la posada, ca se encubre mucho e non quiere que lo conosçan». «Plázenos por ello», dixo el rey, «e dexémoslo folgar, e veremos cras lo que fará». «Señor», dixo el mayordomo, «çierto só que cras saldrá allá, ca ome es de buen coraçón e de buen seso natural».

La infante, fija del rey, avía grant sabor de lo ver, e dixo: «Señor, bien fariades en enbiar por él e falagarle e castigarle que faga lo mejor». «E si el mejor lo faze», dixo el rey, «¿en qué lo podremos nos castigar? Deseémosle e vaya con su buen andança adelante».

De cómo el Cavallero Zifar mató al otro cavallero, que era sobrino del rey de Ester

E quando fue otro día en la mañana ante del alva, el cavallero fue armado e cavalgó en su cavallo e fuese para la puerta de la villa, e dixo a los otros de las torres que si algunt lidiador saliese, que gelo feziesen saber. E de la hueste non salió ningunt lidiador, e dixo uno de los que estavan en las torres: «Cavallero, non sale ninguno, e bien podedes ir si quesierdes». «Plázeme», dixo el cavallero, «pues Dios lo tiene por bien». E en yéndose el cavallero, vieron salir los de las torres dos cavalleros armados de la hueste, que venían contra la villa dando bozes si avía dos por dos que lidiasen. E los de las torres dieron bozes al cavallero que se tornase, e él vínose para la puerta e preguntoles qué era lo que querían, e ellos le dixieron: «Cavallero, mester aviades otro conpañón». «¿E por qué?», dixo el cavallero. «Porque son dos cavalleros bien armados e demandan si ay dos por dos que quieran lidiar». «Çertas», dixo el cavallero, «non he aquí conpañón ninguno, mas tomaré a Dios por conpañón, que me ayudó ayer contra el otro, e me ayudará oy contra estos dos». «¿E qué buen conpañón escogiste!», dixieron los otros. «Id en nombre de Dios, e él por la su merçed vos ayude».

Abrieron las puertas e dexáronle ir, e quando fue fuera en el canpo, dixieron los otros dos cavalleros muy soberviamente e como en desdén. «Cavallero, ¿dó el tu conpañón?» «Aquí es comigo», dixo el cavallero. «¿E paresçe?», dixieron los otros. «Non paresçe a vos», dixo el cavallero, «ca non sodes dinos de lo ver». «¿Cómo?», dixieron los cavalleros, ¿invisible es, que se non puede ver?» «Çertas invisible», dixo el cavallero, «a

los muy pecadores». «¿E cómo», dixieron los cavalleros, «¿más pecadores tienes que somos nos que tú?» «A mi creencia es», dixo el cavallero, «que sí; ca vos con muy grand sobervia tenedes çercado este rey en esta çibdad, non vos faziendo mal nin meresciendo por qué. E bien creo que si lo desçercádes que faríades mesura e bondat, e fazervos ya Dios bien por ende». «Çertas», dixieron los otros, «bien cuida este cavallero que desçercaremos nos este rey por sus palabras apuestas. Bien creedes que lo non faremos fasta quel tomemos por la barva». «Palabras son de sobervia esas», dixo el cavallero Zifar, «e parad mientes que Dios vos lo querrá acaloñar».

E destos dos cavalleros era el uno el fijo del rey de Ester, e el otro su sobrino: los más poderosos caballeros que eran en la hueste, e los mejores de armas. Todos los que eran en la hueste e en la çibdat estaban parando mientes a lo que fazían estos cavalleros e maravillávanse mucho en que se detenían; pero que les semejava que estaban razonando, e cuidavan que fablavan en alguna pletesía. E eso mesmo cuidava el rey de Mentón, que estava en su alcáçar con su fija e con su mayordomo mirándolos. E el rey dixo a su mayordomo: «¿Es aquel el nuestro cavallero extraño?» «Señor», dixo el mayordomo, «sí». «¿E cómo?», dixo el rey, «¿cuida lidiar con aquellos dos cavalleros?». «Yo non lo sé», dixo el mayordomo. «¡Dios Señor!», dixo el rey, «¡ayude a la nuestra parte!». «Sí fará», dixo la infante, «por la su merçed, ca nos non lo merescemos por que tanto mal nos feziesen».

Los dos cavalleros de la hueste se tornaron contra el cavallero e dixieronle: «Cavallero, ¿dó es tu conpañón? Loco eres si tú solo quieres conusco lidiar». «E ya vos lo dixen», dixo el cavallero, «que conmigo está mi conpañón, e cuido que está más çerca de que non sodes amos uno de otro». «¿E eres tú, cavallero», dixieron los otros, «que mateste el nuestro pariente?». «Matolo su sobervia e su locura», dixo el cavallero, «lo que cuido que matará a vos. Amigos, non tengades en poco a ninguno porque vos seades buenos cavalleros de alta sangre. Çertas devezes pensar que en el mundo ay de más alta sangre e de más alto logar que non vos». «Non lo eres tú», dixo un cavallero dellos. «Nin me yo pornía en tan grandes grandías», dixo el cavallero, «como pongo a vos, e bien sé quién só; e ninguno non puede bien judgar nin conosçer a otro si ante non sabe conosçer e judgar a sí mesmo. Pero que vos digo que ante judgue a mí que a vos, e por ende non ay de errar en lo que dixen. Pero comoquier que cavalleros buenos sodes, e de grant logar, non devezes tener en poco los otros cavalleros del mundo así como fazedes con sobervia. Çertas todos los omes del mundo deven esquivar los peligros, non solamente los grandes mas los pequeños, ca do ome cuida que ay muy pequeño peligro a las vegadas es muy grande; ca de pequeña çentella se levanta a las vegadas grant fuego, e maguer que el enemigo omildoso sea, non le deven tener en poco; ante lo deve ome temer». «¿E qué enemigo eres tú», dixo el fijo del rey, «para nos a ti temer?». «Non digo yo por mí», dixo el cavallero, «mas digo que es sabio el que teme a su enemigo e se sabe guardar dél, maguer non sea buen cavallero nin tan muy poderoso; ca pequeño can suele enbargar muy grant venado, e muy pequeña cosa mueve a las vegadas la muy grande e la faze caer». «¿Pues por derribados nos tienes?», dixo el fijo del rey. «Çertas non por mí», dixo el cavallero, «ca yo non vos podría derribar nin me atrevo atanto en mí». «Querría saber», dixo el fijo del rey, «en cuyo esfuerço salistes acá, pues en vos non vos atrevedes». «Çertas», dixo el cavallero, «en el esfuerço de mi conpañón». «Mal acorrido serás dél», dixieron los otros,

«quando fueres en nuestro poder». «Bien devedes saber», dixo el cavallero, «que el diablo non ha ningunt poder sobre aquel quien a Dios se acomienda, e por ende non me veredes en vuestro poder». «E mucho nos baldonas», dixieron los otros; «este cavallero, vayamos a él». E fincaron las espuelas a los cavallos e dexáronse ir contra el cavallero, e él fizo eso mesmo.

Los cavalleros dieron seños golpes con las lanças en el escudo del Cavallero Zifar, de guisa que quebrantaron las lanças en él, mas non podieron abatir al cavallero, ca era muy cavalgante. E el cavallero dio una lançada al sobrino del rey que le metió la lança por el costado e falsó las guarniçiones e dio con el muerto en tierra. E desí, metieron mano a las espadas el cavallero e el fijo del rey. E dábanse tamaños golpes ençima de los yelmos e de las guarniçiones que traían, en manera que los golpes oía el rey de Mentón ençima del alcáçar do estava. E que buen abogado avía el cavallero en la infante, que si él fuese su hermano non estava más devotamente faziendo sus pregarías a Dios por él, e demandando muchas vegadas al mayordomo e deziendo: «¿Cómo va al mi cavallero?» fasta quel vino dezir por nuevas que avía muerto el un cavallero de los dos, e que estava lidiando con el otro. «¡Ay Nuestro Señor Dios!», dixo ella, «bendito sea el tu nonbre, que tanto bien e tanta merçed fazes por este cavallero. E pues buen comienço le has dado a su fecho, pídotte por merçed quel des buen acabamiento». E luego se tornó a su oraçión como ante estava, e los cavalleros se andavan feriendo en el campo de las espadas muy de rezio, en manera que les non fincó pedaço en escudos.

De cómo el Cavallero Zifar mató al otro fijo del rey e se llevó los cavallos

E el Cavallero Zifar veyendo que se non podían enpesçer por las guarniçiones que tenían muy buenas e muy fuertes metió mano a una misericordia que traía e llegose al fijo del rey e púsole el braço al cuello e baxole contra sí, ca era muy valiente, e cortole las correas de la capellina e un baçinete que tenía so ella, e tirógelas e començolo a ferir en la cabeça de muy grandes golpes con la misericordia sobrel almofa, fasta que se despuntó la misericordia. E metió mano a una maça que tenía e diole tantos golpes en la cabeça fasta que lo mató.

De cómo el ribaldo se entró con el cavallero dentro en la villa con los cavallos

E ellos estando en aquella lid, el ribaldo que venía por el camino con el Cavallero Zifar e estava mirando con los otros de la hueste qué fin abría aquella lid, paró mientes e semejole en la palabra que el que lidiava por los de la villa, que era su señor, e quando el cavallero dava alguna bos, que él era de todo en todo. E porque oviese razón de ir allá a lo saber, dixo a los de la hueste: «Señores, aquel cavallo del sobrino del rey que anda por el campo, temo que se irá a la villa si alguno non lo va tomar; e si lo por bien toviédeses iría yo por él». «Çertas», dixieron los de la hueste, «dízeslo muy bien, e ve por él». E el ribaldo se fue para allá do lidiavan estos dos cavalleros, e quando fue çerca dellos

conosçiole el Cavallero Zifar en los paños quel avía dado, e díxole: «Amigo, ¿aquí eres?» «Señor», dixo el ribaldo, «aquí a la vuestra merçed; ¿e cómo estades», dixo el ribaldo, «con ese cavallero?». «Çertas», dixo el cavallero, «muy bien, mas espera un poco fasta que sea acortado, ca aún está resollando». «¿Pues qué me mandades fazer?», dixo el ribaldo. «Ve a tomar aquel cavallo que anda en aquel campo», dixo el cavallero, «e vete para la villa comigo».

El ribaldo fue tomar el cavallo e cavalgó en él. E el cavallero, pues que vio aquel otro era muerto, dexolo caer en tierra e tomó el cavallo por la rienda e fuese para la villa e el ribaldo con él. E quando llegaron a la puerta, llamó al portero el cavallero e dixo que los levasen a una casa do se podiesen desarmar, e que le daríe el caballo que le prometiera. E entraron a una casa e çerraron la puerta. E dióle el cavallo que fue del fijo del rey; e desarmaron el cavallero e el cavallo que traía el ribaldo. E el cavallero demandó al portero quel enprestase sus vestiduras fasta que llegase a su posada, por quel non conosçiesen, e el portero emprestógelo. E cavalgó en su cavallo e el ribaldo en el otro e fuéronse por otra puerta mucho encubiertamente para su posada.

*De cómo el rey enbió saber quién era el otro cavallero que entró a la villa con el
Cavallero Zifar*

E toda la gente estava a la puerta por do entró el cavallero, esperándolo quando saldría por lo conosçer, tan bien los condes como los otros omes grandes; ca tenían que ningunt cavallero del mundo non podría fazer mejor de armas que este feziera en aquel día. E quando les dixieron que era ido por otra puerta encubiertamente, pesoles muy de coraçón e preguntaron a los porteros si lo conosçíen, e ellos dixieron que non, que era un cavallero estraño, en no les semejaba que era de aquella tierra. Los condes e los omes buenos se partieron ende con muy grant pesar porque non le avían conosçido, fablando mucho de la su buena cavallería, e loándolo.

E esta lid destos dos cavalleros duró bien fasta ora de bísperas; e el rey e la infante e el mayordomo, quando vieron que la lid era ya acabada e el su cavallero se tornava, maravilláronse mucho del otro que venía con él en el otro cavallo. E dixo el rey a su mayordomo: «Idvos para la posada e sabet de aquel cavallero en cómo pasó todo su fecho e quién es el otro que con él vino; e nos entretanto conbremos, ca tienpo es ya de comer, e venirvos hedes luego con las nuevas que dél sopierdes». «Muy de grado», dixo el mayordomo.

De cómo el rey dixo a la infante su fija que le convenía de casar con aquel cavallero

«Par Dios señor», dixo la infante, «vos yantastes oy muy bien, e ovistes por huésped a Nuestro Señor Dios, que vos non quiso desanparar; ante vos ayudó contra vuestros enemigos muy bien, tovistes vitoria contra ellos, e bendito sea el nonbre de Dios que vos

tal cavallero quiso acá enbiar. Fío yo por la merçed suya que por este será la çibdat desçercada e nos fuera desta premia». E el rey se asentó a comer e dixo a la infante otrosí que se fuese a comer, e ella dixo que lo non faría fasta que oyese nuevas de aquel cavallero, si era sano; ca tenía, de tan grandes golpes que ovo como en aquella batalla, de la una parte e de la otra, que por aventura sería ferido. «¿E cómo, fija?», dixo el rey, «¿e tanto de bien lo queredes vos a aquel cavallero que así vos doledes dél?». «Par Dios, señor», dixo ella, «grand derecho fago en quererlo bien, ca lidia por vos e por el vuestro reino defender, e lidia por mí otrosí, por me dexar heredera después de vuestros días». «Fija», dixo el rey, «¿queredes que él vençiese e deçercase esta çibdat e nos sacase desta premia en que somos?». «Señor», dixo ella, «querría, si a Dios ploguiese, esto mucho aína». «¿E non parades mientes, mi fija», dixo el rey, «que a casar vos conviene con él?». «Çertas señor», dixo ella, «si lo Dios tiene por bien, muy mejor es casar con un cavallero fijo dalgo e de buen entendimiento e buen cavallero de armas para poder e saber anparar el regno en los vuestros días e después de vuestros días, que non casar con infante o con otro de grant lugar que non sopiese nin podiese defender a sí nin a mí». «Par Dios, fija», dixo el rey, «mucho vos lo agradezco porque atan bien lo dezides; e bien cuido que este cavallero de más alto lugar es de quanto nos cuidamos».

De cómo el mayordomo troxo al rey nuevas del cavallero e del otro su compañero que vino con él

E ellos estando en esto, ahevos dó venía el mayordomo con todas las nuevas çiertas. E quando la infante le vio dixo así: «¿El mío cavallero, si non es ferido?». «Non», dixo el mayordomo, «loado sea Dios, ante esta muy leído e muy sano». «¿E quién era el otro que venía con él?», dixo el rey. «Un su sirviente que vino con él por el camino», dixo el mayordomo; quel dixiera que un su serviente que veniera con él fasta en la hueste. «E aún díxome el cavallero una cosa que yo ante non sabía: que este su servidor le avía aconsejado ante que entrasen en la hueste, que si él quería entrar a la çibdat, quel darie aquellas sus vestiduras e que tomase las suyas que valían poco, e que pasase por la hueste así como sandio, non faziendo mal a ninguno; e que desta guisa podría venir a la çibdat sin embargo; e aún dixo más el serviente, que quando venía por la hueste quel davan bozes como a sandio, e llamando rey de Mentón, que así entró en la çibdat». E dixo el rey: «Estas palabras non quiere Dios que se digan de balde, e alguna onra tiene aparejada para este cavallero». «Dios gela dé», dixo la infante, «ca mucho lo meresçe bien». E él començó de reír e dixo al mayordomo que fuese fazer pensar muy bien del cavallero». El mayordomo se fue e mandó a su serviente que pensasen del cavallero muy bien, e fuese asentar a comer, que non avía comido en aquel día.

De cómo dixo el rey de Mentón que aquellos que el Cavallero Zifar matara, que eran los dos fijos del rey de Ester, e el otro que era su sobrino

E quando fue otro día en la mañana, venieron los condes e los grandes omes a casa del rey, e preguntoles el rey: «Amigos, ¿quién fue aquel cavallero tan bueno que tanto bien fizó ayer? Por amor de Dios, mostrádmelo e fagámosle todos aquella onra que él meresçe, ca estrañamente de bien me semeja que usó de sus armas». «Çertas», dixieron los condes, «señor, non sabemos quién es, e bien nos semejó que ningunt cavallero del mundo non podría fazer mejor de armas quél faze. E nos fuemos a la puerta de la villa por saber quién era, e fallamos que era entrado a una casa a se desarmar. E nos esperando a la puerta por lo conosçer quando saliese, e salió por otra puerta muy encobiertamente, e fuese, de guisa que non podriemos saber quién era». «Çertas», dixo el rey, «cuido que sea cavallero de Dios, que nos ha aquí enbiado para nos defender e lidiar por nos. E pues así es que lo non podemos conosçer, gradescámoslo a Dios mucho por este acorro que nos enbió, e pidámosle por merçed que lo quiera levar adelante; ca aquel cavallero de Dios ha muerto los más sobervios dos cavalleros que en todo el mundo eran; e aún me dizen que el terçero es sobrino del rey, que le semejava mucho en la sobervia». «Verdat es», dixieron los otros condes, «ca así lo apresiemos nos a la puerta de la villa quando allá fuemos, e nunca tan grant llanto viemos fazer por ome del mundo como por estos fizieron esta noche, e aún fazen esta mañana». «Dios les dé llanto e pesar», dixo el rey, «e a nos alegría, ca asas nos han fecho de mal e de pesar, non gelo meresçiendo». «Así lo quiera Dios», dixieron los otros. E de allí adelante le dixieron el Cavallero de Dios.

«Amigos», dixo el rey, «pues tanta merçed nos ha fecho Dios en toller al rey de Ester los mejores dos braços que él avía, e a un su sobrino el terçero, en quien él avía grant esfuerço, e pensemos en cómo podamos salir desta premia en que nos tienen». «Muy bien es», dixieron todos, «e así lo fagamos».

De cómo el Cavallero de Dios dixo al mayordomo del rey que por qué non salían a pelear con los de fuera del real

El Cavallero de Dios estando con el mayordomo en su solas, preguntó el mayordomo en cómo podrían salir de aquella premia en que eran porque el rey les tenía çercados. «Çierto», dixo el Cavallero de Dios, «el que non se quiere aventurar non puede grand fecho acabar, ca la ventura ayuda a aquel que se quiere esforçar e toma osadía en los fechos; ca non da Dios el bien a quien lo demanda, mas a quien obra en pos la demanda». «¿E cómo?», dixo el mayordomo, «ya vemos muchas vegadas atreverse muchos a tales fechos como estos e fállanse ende mal». «Non digo yo», dixo el cavallero, «de los atrevidos, mas de los esforçados; ca grant departimiento ha entre atrevido e esforçado, ca el atrevimiento se faze con locura e el esfuerço con buen seso natural». «¿Pues cómo nos podriemos esforçar», dixo el mayordomo, «para salir desta premia destes nuestros enemigos?». «Yo vos lo diré», dixo el Cavallero de Dios. «Çertas de tan buena conpañía como aquí es con el rey, devían se partir a una parte quinientos cavalleros e a la otra parte otros quinientos, e salir por sendas partes de la villa, e ante que amanesçiese ser con ellos al tienpo que ellos en la su folgura mayor soviesen. E esto faziendo así a menudo, o los farán derramar o irse por fuerça, o los farán grant daño, ca se enojarán con los grandes daños que resçebiesen e se abrían a ir: ca mientre vos quesierdes dormir e folgar, eso

mesmo se querrán ellos. E aún vos digo más», dixo el Cavallero de Dios, «que si me dierdes quinientos cavalleros desta cavallería que aquí es, que les yo escogiese, esforçarme ya a acometer este fecho, con la merçed de Dios».

Del consejo que pidió el rey de Mentón a los condes sobre lo que dixo el Cavallero de Dios al su mayordomo

«Plázeme», dixo el mayordomo, «de quanto dezides». E fuese luego para casa del rey, e quando llegó preguntole el rey qué fazía el Cavallero de Dios. «Señor», dixo el mayordomo, «está a guisa de buen cavallero e ome de buen entendimiento, e semeja que siempre andido en guerra e usó de cavallería, atan bien sabe departir todos los fechos que pertenesçen a la guerra». «¿Pues qué dize desta guerra en que somos?», dixo el rey. «Çertas», dixo el mayordomo, «tiene que quantos cavalleros e quantos omes buenos aquí son, que menguan en lo que han de fazer». E contole todo lo que con él pasara. «Bien es», dixo el rey, «que guardemos entre nos aquellas cosas que dixo el Cavallero de Dios; e veremos lo que nos responderán los condes e los nuestros omes buenos e toda la gente que ay aquí cras conbusco». «Por bien lo tengo e por vuestro serviçio», dixo el mayordomo.

E otro día en la grant mañana fueron llegados los condes e los omes buenos e toda la gente de la çibdat en casa del rey. E después que llegó y el rey, preguntoles si avían acordado alguna cosa por que podiesen salir de premia destos enemigos. E mal pecado, tales fueron ellos que non avían fablado en ello nin les veniera emiente. E levantose uno e dixo al rey: «Señor, datnos tiempo en que nos podamos acordar, e respondervos hemos». E el rey con grant desdén dixo: «Cavallero, quanto tiempo vos quesierdes; pero mientras vos acordades, si lo por bien tovierdes, datme quinientos cavalleros de los que yo escogiere entre los vuestros e los míos, e començaremos alguna cosa por que después sepamos mejor entrar en el fecho». «Plázenos», dixieron los condes, «e vaya el mayordomo e escójalos».

E enbió el rey por el mayordomo e por el cavallero que se veniesen para él. E desque venieron mandoles que escogiesen quinientos cavalleros de los suyos e de los otros. Ellos fiziéronlo así, e quales señalava el Cavallero de Dios tales escrivía el mayordomo, de guisa que escrivieron los mejores quinientos cavalleros de aquella cavallería; e mandoles el mayordomo que otro día en la grant mañana que saliesen a la plaça a fazer alarde, muy bien aguisados e con todas sus guarniçiones.

De cómo el Cavallero de Dios e los otros de la villa desbarataron al rey d'Ester que los tenía çercados, e lo vençieron

E otro día salieron y todos aquellos cavalleros armados, en manera que semejava al rey que era muy buena gente e bien guisada para fazer bien e acabar grant fecho, si buen

caudiello oviesen. E un cavallero dellos dixo: «Señor, ¿a quién nos daredes por cabdiello?» «El mío mayordomo», dixo el rey, «que es muy buen fidalgo e es buen cavallero de armas, así como todos sabedes». «Mucho nos plaze», dixieron los cavalleros, «e por Dios señor, lo que avemos a fazer, que lo fagamos aína, ante que sepan de nos los de la hueste e se aperçiban». «Gradéscovoslo mucho», dixo el rey, «porque lo tan bien dezides, e sed de muy grant madrugada, cras ante del alva, todos muy bien guisados, a la puerta de la villa, e fazet en como mandare el mío mayordomo». «Muy de grado lo faremos», dixieron ellos.

E otro día en la grant mañana, ante del alva, fueron a la puerta de la villa los quinientos cavalleros muy bien aguisados, e tres mill omes de pie con ellos muy bien escudados, que avía aguisados el mayordomo. E guisose el Cavallero de Dios e tomó su cavallo e sus armas, pero que levava las sobreseñales del mayordomo; e fuese con el mayordomo para la puerta de la villa; e el mayordomo dixo a los cavalleros: «Amigos, aquel mío sobrino que va delante, que lieva las mis sobreseñales, quiero que vaya en la delantera, e vos seguitle e guardatle; e por do él entrare entrad todos; e yo iré en la çaga e recudré conbusco, e non catedes por otro si non por él». «¡En el nonbre de Dios!», dixieron los cavalleros, «ca nos lo seguiremos e lo guardaremos muy bien». E abrieron las puertas de la villa e salieron todos muy paso unos en pos otros.

E el Cavallero de Dios puso los peones delante todos e tornose a los cavalleros e díxoles: «Amigos, nos avemos a ir derechamente al real do el rey está, ca si nos aquel desbaratamos lo al todo es desbaratado». E castigo a los peones que non se metiesen ningunos a robar, mas a matar tan bien cavallos como omes, fasta que Dios quesiese que acabasen su fecho. E esto les mandava so pena de la merçed del rey; e ellos prometieron que conplirían su mandado. E quando ellos movieron tornose el mayordomo, que así gelo avía mandado el rey.

E el Cavallero de Dios metiose por la hueste con aquella gente, feriendo e matando muy de rezió, e los peones dando fuego a las choças, en manera que las llamas sobían fasta el çielo. E quando llegaron a las tiendas del rey, el ruido fue muy grande e la priesa de matar e de ferir quantos fallavan, pero non era aún amanesçido, e por ende non se podieron aperçibir los de la hueste para armarse. E quando llegaron a la tienda del rey, combatiéronla muy, de rezió, e cortavan las cuerdas, de guisa que el rey non oyó ser acorrido de los suyos nin se atrevió a fincar, e cavalgó en un cavallo quel dieron, e fuese. E los otros fueron en pos él en alcançe bien tres leguas, matando e firiendo. La gente del real cuando venieron a la tienda e preguntavan por el rey e les dezían que era ido, non sabían qué fazer si non guaresçer e irse derramados, cada uno por su parte. E el Cavallero de Dios con la su gente, como los fallauan que ivan derramados, matávanlos todos, que ninguno dexavan a vida. E así se tornaron para el real, do fallaron muy grant aver e muy grant riqueza, ca non lo pudieron levar nin les dieron vagar, ca los de la villa después que amanesçió e vieron que se ivan, sallieron e corrieron con ellos.

De cómo el Cavallero de Dios vençió el real, e el rey de Mentón preguntó a su fija si le plazía de otorgar en aquel casamiento

El Cavallero de Dios enbió dezir al rey que enbiase poner recabdo en aquellas cosas que eran en el real, porque se non perdiesen. E el rey enbió a su mayordomo; e bien podía el mayordomo despender e tener palaçio, ca muy grant ganança era e muy rico fincava. Pero que con consejo del Cavallero de Dios fizo muy buena parte aquellos quinientos cavalleros e a los tres mill peones que fueron en el desbarato. E el Cavallero de Dios se vino para su posada mucho encubiertamente que lo non conosçiesen, e los otros todos para las suyas a desarmar. El rey estava en su posada gradesçiendo mucho a Dios la merçed que les avía fecho, e dixo a la infante su fija: «¿Qué vos semejó deste fecho?» «Par Dios señor», dixo ella, «seméjame que nos faze Dios grant merçed, e este su fecho semeja, e non de ome terreñal, salvo ende que quiso que veniese por alguno de la su parte con quien él se tiene». «Pues fija, ¿qué será?, ca en juizio abremos a entrar para saber quién desçercó esta villa, e aquel vos abremos a dar por marido». «¡Ay padre señor!», dixo, «non avedes vos por qué dudar en este, que todos estos buenos fechos el Cavallero de Dios los fizo; e si non por él, que quiso Dios que lo acabase, non podiéramos ser desçercados tan aína». «¿E creedes vos fija, que es así?» «Çertas señor», dixo ella, «sí». «¿E plaze vos», dixo el rey, «de casar con aquel cavallero de Dios?». «Plázeme pues lo Dios tiene por bien». E el rey enbió dezir luego a los condes e a todos los otros que fuesen otro día mañana al su palaçio, e ellos venieron otro día al palaçio del rey, e el rey gradesçió mucho a Dios, esta merçed quel fizo, e desí, los quinientos cavalleros que fueron en el desbarato.

De cómo un cavallero de los quinientos dixo al rey que aquel Cavallero de Dios avía desçercado la villa e non otro cavallero ninguno

Un cavallero bueno de los quinientos se levantó e dixo así: «Señor, nos has por qué gradesçer a ninguno este fecho si non a Dios primeramente, e a un cavallero que nos dio tu mayordomo por que nos guiásemos, que dezía que era su sobrino; que bien me semeja que del día en que nascí non vi un cavallero tan fermoso armado, nin tan bien cavalgante en un cavallo, nin que tan buenos fechos fiziese de sus armas como él fizo en este desbarato, e tan bien esforçase su gente como él esforçava a nos; ca quando una palabra nos dezía semejávanos que esfuerço de Dios era verdaderamente. E dígotte, señor, verdaderamente, que en lugares nos fizo entrar con el su esfuerço que si yo dos mill cavalleros toviese, non más atreverme ya a entrar y. E si cuidas que yo en aquello miento, ruego a estos cavalleros que se açertaron y, que te lo digan si es así». «Señor», dixieron los otros, «en todo te ha dicho verdat, e non creas señor, que en tan pequeña ora como nos avemos aquí estado se podiesen contar todos los bienes deste cavallero que nos en él viemos». «¿Pues qué será?», dixo el rey: «¿quién diremos que desçercó este lugar?». «Non lo pongades en duda, señor», dixo el cavallero de los quinientos, «que este la desçercó de que agora fablamos, por su ventura buena». «Mas segunt esto», dixo el rey, «seméjame que le abremos a dar la infante mi fija por muger». «Tuerto farías», dixo el cavallero bueno, «si gela non dieses; ca bien lo ha meresçido a ti e a ella».

De cómo un fijo de un conde dixo al rey que oviese su acuerdo si gela daría

Un fijo de un conde, e muy poderoso, que era y, levantose en pie e dixo: «Señor, tú sabes que muchos condes e muchos omes buenos de alta sangre fueron aquí venidos para te servir, e demás para mientes a quien das tu fija; ca por aventura la darás a ome de muy baxo lugar que non sería tu onra nin del tu regno; piensa más en ello e non te arrebatos». «Çertas», dixo el rey, «yo pensado lo he de non faller en ninguna manera de lo que prometí, nin fallería al más pequeño ome del mundo». «Señor», dixo el fijo del conde, «sabe ante de la infante si querrá». «Çerto só», dixo el rey «que ella querrá lo que yo quisiere, mayormente en guarda de la mi verdat». «Señor», dixieron todos, «enbía por tu mayordomo e que traga al cavallero que dezía que era su sobrino». E el rey enbió por el mayordomo e por el Cavallero de Dios, e ellos venieron muy bien vestidos, e como quier que el mayordomo era mucho apuesto cavallero, toda la bondat le tollía el Cavallero de Dios. E quando entraron por el palacio do toda la gente estava, atan grant sabor avían de lo ver que todos se levantaron a él, e a grandes bozes dixieron: «Bien venga el Cavallero de Dios». E entró de su paso delante el mayordomo; ca el mayordomo por le fazer onra quiso que veniese en pos él. El cavallero iba inclinando la cabeça a todos e saludándolos, e quando llegó allí do estava el rey asentado en su siella, dixo: «Cavallero de Dios, ruégovos, fe que devedes a aquel que vos acá enbió, que me digades ante todos aquestos si sedes fijo dalgo o non». «Verdad vos digo, señor», dixo el Cavallero de Dios, «que só fijo dalgo e fijo de dueña e de cavallero lindo». «¿Venides», dixo el rey, «de sangre real?». Calló el cavallero e non respuso. «Non ayades vergüença», dixo el rey, «dezitlo». Dixo el cavallero: «Señor, vergüença grande sería a ninguno en dezir que venía de sangre de reyes andando así pobre como yo ando; ca si lo fuese, abiltaría e desonraría a sí.» «Cavallero», dixo el rey, «dizen aquí que vos desçercastes este lugar». «Desçercolo Dios», dixo el cavallero, «e aquesta buena gente que allá enbiastes». «¿Avemos así a estar?», dixo el rey. «Vayan por la infante e venga acá.» La infante se vino luego con muchas dueñas e donzellas para allí do estava el rey, mucho noblemente vestida ella e todas las otras que con ella venían. E traía una guirnalda en la cabeça llena de robís e de esmeraldas, que todo el palacio alunbrava.

FIN